

Analía Argento

LA GUARDERÍA MONTONERA

La vida en Cuba de los hijos de la Contraofensiva





Argento, Analía

La guardería montonera: la vida en Cuba de los hijos
de la Contraofensiva. - 1a ed. - Buenos Aires : Marea, 2013.
248 p. ; 24x16 cm. - (Historia urgente / Constanza Brunet; 39)

ISBN 978-987-1307-61-6

1. Investigación Periodística. 2. Dictadura Militar.
CDD 070.4

Edición: Constanza Brunet
Coordinación editorial: Virginia Ruano
Corrección: Marisa Corgatelli
Diseño de tapa e interior: Hugo Pérez

Foto de tapa: Amor Perdía en la guardería cubana.
Agradecemos a los entrevistados la gentil cesión de las fotografías
que se reproducen en este libro.

© 2013 Analía Argento

© 2013 Editorial Marea SRL
Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina
Tel.: (5411) 4371-1511
marea@editorialmarea.com.ar
www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-1307-61-6

Impreso en Argentina
Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

*Nadie escribió poemas de la nada,
si su palabra era sincera.
Solo los falsos escriben,
cuando su corazón no late.*
De la libreta roja de Joaquín Areta

*A los que luchan. A los que lloran. A los que se levantan.
A Caterina y Maia, mis hijas.
Y a Santiago y Marta, mis padres.*

PRIMERA PARTE

Siboney (1979)

“**N**unca subestimes el poder de la negación”. Miguel me lo dijo cuando estábamos sentados frente a frente en un café del barrio de San Telmo una mañana en que llovía torrencialmente sobre Buenos Aires. Él tomaba café con leche y comía un alfajor de chocolate. Yo pedí un café con un copo gigante de crema espolvoreado con trocitos de chocolate y saborizado con unas gotas de vainilla. Mi alfajor era blanco y con nuez. Los dos elegimos azúcar: yo dos sobrecitos, él solo medio. Tomamos cada cual su vasito de agua gasificada completo mientras hablábamos y mirábamos fotos. No probamos los huevitos de chocolate. Él se llevó el suyo al partir mientras que yo olvidé el mío sobre la mesa.

Miguel hablaba y sonreía a la vez. Sin embargo contaba cosas tristes. Mencionó heridas, lugares vacíos. Algo que perdió, algo que le quitaron, algo que le faltó, alguien que eligió correr riesgos y que lo acompaña desde que tiene recuerdos. Es un vacío que no se puede llenar, alguien que le falta, que le faltó durante mucho tiempo, es la necesidad de sus abrazos, de sus besos, de su cálida mirada, de tenerla cerca como los otros chicos, en la escuela, en cada cumpleaños, necesidad de escuchar su voz leyéndole un cuento.

Faltaban exactamente diez días para que me fuera a

La Habana cuando conocí, por fin, a Miguel. Terminaba los preparativos para hacer el mismo viaje que había hecho él, como hicieron tantos otros de aquellos niños, solo que yo lo haría seis años después.

Me mostró cada lugar que visitó y, a diferencia de lo que hace la mayoría de los que vivieron en el exilio o clandestinos, mencionó el nombre de cada calle y precisó las direcciones. Manía de ingeniero, tal vez. Necesidad de aferrarse a algo, puede ser. Lo cierto es casi todos están acostumbrados a ir y venir de memoria, sin anotar coordenadas, aun hoy, aun sin razones para no llevar direcciones en la agenda.

Así vimos las fotos de antes y las de mucho antes también. Parado Miguel frente a una casa en La Habana, en la calle 222, esquina Novena, donde supone que vivió. Las versiones eran contradictorias pero a él le señalaron una casa y se fotografió. Lo mismo hizo con la segunda en la calle 14, en Miramar.

Miguel no recuerda pero tenía un año y cuatro meses cuando su papá dejó la guardería de La Habana y también su mamá. Se iban solo por unos días y luego se reencontrarían en Brasil. Ese era el plan. Luego ambos volverían a la guardería donde esperaban sus niños. Solo volvió su papá que les habló y se los llevó a Acapulco a encontrarse con los abuelos que les darían consuelo a Edgardo Binstock y a sus niños, Ana, de cuatro años, y Miguel. Miguel tiene un solo recuerdo de esos días, la pileta de un hotel donde lo miraron sus abuelos paternos. No recuerda que regresaron a La Habana a pasar unos meses más en la guardería donde en lugar de sus papás ya había otros adultos a cargo. Su memoria arranca en Barcelona donde vivirían durante dos años. Allí su padre, que no dejó todo pero sí cambió la forma de militancia, se hizo cargo de la política de Derechos Humanos de Montoneros en el exterior y no se separó más de los chicos

hasta 1982, cuando emprendieron el regreso a la Argentina y los chicos volvieron con los abuelos, como muchos otros hijos de montoneros, mientras Binstock esperaba en Brasil para poder entrar en el país seis meses después.

Así Miguel, con su año y cuatro meses, perdió a su mamá. Mónica Susana Pinus (“Lucía”) fue secuestrada en Brasil y para él se convertía en una mamá desaparecida, una categoría que solo con el paso de los años entendió. Porque no estaba muerta, no. Ni viva.

En la cabeza de Miguel niño –y en sus fantasías– creyó que podía dejar de ser eso que le decían que era, una desaparecida. Y buscaba, sin encontrarla, por las calles, en los colectivos, en las estaciones de tren, a la salida de la escuela. En México, en Barcelona, en Argentina al volver. Por si aparecía esa madre desaparecida, por si dejaba de ser lo que le decían que era.

Cuando nos vimos en ese café de San Telmo Miguel tenía ya 34 y su primer hijo once meses. Miguel era mucho más chiquito que su bebé cuando viajó clandestino de Argentina a México y luego a Cuba, cuando lo llamaban “Francisco” –porque su hermanita Ana así le decía– y a su papá “Julián Del Valle”, para ocultar su identidad.

Nos juntamos para que me contara lo que él creía que yo debía buscar en La Habana. Insistí en saber cuál era la casa donde estuvo la guardería en la que él vivió y como él –con la misma manía de ingeniero aunque sea una desordenada periodista– escribí en mi cuaderno de viaje cada dirección que me dio con una caligrafía que solo yo descifro.

Entonces nos saludamos, empezamos a despedirnos, me fui poniendo de pie y del otro lado de la mesa se paró Miguel, me miró a los ojos sin pestañear y me advirtió, dulcemente, como si a nuestro lado durmiera un bebé: “La guardería no es una casa. No vayas a buscar una casa, Analía”.

-¿No?

-No.

-Quiero contar cómo era, dónde estaba, qué hacían. Quiero ver las casas de las que tanto hablan.

-Es que la guardería no es un espacio físico.

-¿Y qué es la guardería, Miguel?

-Lo que para cada uno significó. Eso es.

-¿Y para vos qué significó la guardería Miguel?

-Para mí es el lugar donde estuvimos mi papá, mi hermana, yo... y mi mamá.

Hizo un silencio y agregó:

-Es el último lugar donde estuvimos los cuatro juntos.

Entonces me mostró la foto de su mamá con los dedos índice y mayor de la mano derecha en V y en la izquierda un trapeador con el que acababa de lavar el piso de la guardería de Siboney, la primera guardería, la de Novena y 222. En la foto, Mónica sonríe.

Hijos de la Contraofensiva

Ya nadie recuerda el día exacto, pero para fin de marzo o principios de abril de 1979 un matrimonio y doce niños llegaron en un avión de Cubana de Aviación a La Habana. Héctor Dragoevich (“Pancho”) y Cristina Pfluger (“Laura”), fueron recibidos por dos cubanos que no se separarían más de todos ellos desde el primero al último día de la guardería: Jesús Cruz, del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, y Saúl Novoa, “El Gaita”, nada menos que de Tropas Especiales, cuerpo de élite de las milicias cubanas.

De la docena de chicos que llegaron con Pancho y Cristina solo dos eran sus hijos: Leticia y Ernesto. El mayor del grupo tenía apenas siete años. Se trataba de Carlitos Olmedo,

hijo del dirigente montonero (ex FAR, Fuerzas Armadas Revolucionarias) Osvaldo Olmedo.

Los bebés eran dos: María de las Victorias Ruiz Dameri, a punto de cumplir un año, y Claudia Calcagno, de nueve meses. Los deambuladores que apenas despegaban del piso eran cuatro: Leticia; Malena Olmedo, “La Pelirroja”; Carolina Calcagno y otro niño muy menudo llamado Gabriel. El grupete que rondaba los cuatro años estaba formado por Marcelo Ruiz Dameri, “Luche” Allocati, María Olmedo, Ernesto y una niña llamada Laurita.

Antes de partir, y según hoy recuerda, Pancho fantaseó con que se trataba de un vuelo secreto porque no podría resultar tan fácil que un matrimonio joven volara de un continente al otro con doce supuestos hijos de la mano. Para cuidar de los niños durante el viaje, los acompañaban la mamá de uno de ellos y otra dirigente montonera. Ninguno de los cuatro adultos había preguntado cómo sería la logística del viaje, sino cuándo y dónde, y allí estuvieron listos para partir.

Fue más o menos por los mismos días en que en Madrid se organizaba el primer grupo de niños, cuando a Edgardo Binstock lo convocó el comandante “Roque” (Raúl Yäger). Binstock estaba en la Argentina y en una situación complicada. Había salido del país y había regresado para hacer interferencias de radio y televisión. En Morón Sur había “levantado” junto a su mujer y sus dos hijos la casa en la que vivió durante mucho tiempo y de pronto tenía que dejar la nueva de Los Hornos, esa desde donde había intentado rearmar Montoneros en La Plata. Les pasó la casa y el auto a otros compañeros, según el método habitual en la Organización. Pero circular por ahí, con esa información, sabiendo de esa casa y que seguiría siendo usada por algunos compañeros no era seguro. Ni para él ni para los que la ocupaban. Quedarse o irse era un riesgo, pero la disyuntiva no la resolvería él. Desde

México le llegó la orden y en los primeros días de 1979 volvió a salir del país. Estaba jugado, especialmente desde que se había reenganchado en Montoneros tras la desaparición de Miguel “El Chufo” Villarreal, casado con Silvia Tolchinsky, prima de su esposa Mónica Pinus.

Al llegar a México, Yäger habló con Edgardo. Le explicó sobre la decisión de poner en marcha la Contraofensiva. Y que necesitaban alguien de confianza como él. Le dijo lo mismo que habían informado y discutido en los distintos encuentros en México y Europa, la ofensiva de los militares había alcanzado su techo, los integrantes de las Fuerzas Armadas estaban divididos en dos: unos programaban una profundización de la represión mientras otros solo apuntaban a consolidar lo hecho en materia económica, política y social. Había una posibilidad de terminar con la dictadura, le dijo, si agrandaban esa grieta con acciones de relevancia y con la fuerza del sector sindical.

El Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero, durante una reunión en Roma, había dispuesto poner en marcha la Contraofensiva popular. Como explicó Yäger a Edgardo, supusieron que si empujaban una resistencia social, las Fuerzas Armadas entrarían en contradicción y no podrían repetir la ofensiva de los dos primeros años de la dictadura militar. Suponían también –erradamente, a la luz de los resultados– que había en Argentina posibilidades de insertarse en fábricas, villas y otros sectores, y replicar un plan de propaganda y acciones guerrilleras como atentados a figuras destacadas que simbolizaran el saqueo a la economía argentina y la represión. Imaginaban que con esas acciones sembrarían semillas en tierra fértil para estimular una resistencia social que ellos no percibían aniquilada por el miedo generado por el implacable terrorismo de Estado instaurado desde 1976. No alcanzaba, pensaban, con las operaciones menores que

estaban haciendo como las interferencias a las señales de radio y televisión que el mismo Edgardo acababa de realizar.

“De alguna manera se suponía que con un golpe muy fuerte en puntos vitales del sistema, este se podría desmoronar, abriendo camino a una generación contraofensiva del conjunto de las organizaciones populares”, sostiene Roberto Perdía, número dos en la Conducción Nacional de Montoneros, más de treinta años después. Lo escribió incluso a modo de autocrítica en su libro *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*.

Bajo esos supuestos, en la segunda mitad del año 1979 ingresarían en el país grupos de militantes montoneros en forma clandestina, de a pares o de a tres, y se reagruparían en casas desde donde pondrían en marcha cada una de las acciones planificadas para golpear en esos “puntos vitales” a los que Perdía hacía referencia.

Durante la extensa charla que tuvo con su jefe, Binstock supo que algunos compañeros ya estaban entrenando para la Contraofensiva. Le explicó Yáger que varios, quizá la mayoría, tenían hijos, como él y Mónica. “Chiquitos, como los pibes tuyos, como los nuestros”, le dijo. Y agregó que con los pibes no se podía volver, que había información de que los militares se estaban quedando con los chicos y que los usaban para sacar datos a los padres, incluso torturando a los niños.

Le habló del matrimonio que ya estaba pronto a viajar desde España con una docena de niños cuyos padres recibían formación política en ese país y luego entrenamiento militar en El Líbano y en Siria. Le reveló que en México se reuniría otro grupo de niños, en Cuernavaca, 85 kilómetros al sur del Distrito Federal. Y que después se sumarían al grupo de España en la guardería de Cuba. Le explicó que sería sólo por unos meses, el tiempo necesario para desarrollar algunas actividades de las que no le brindaría más detalles, por supuesto,

pero que antes de fin de año los militantes volverían, algunos quizás antes, para reencontrarse con sus hijos. Entonces Edgardo pensó que le encomendarían alguna nueva tarea en Argentina y que su jefe estaba buscando la manera de decirle que con Mónica debían separarse de Ana y de Miguel. Cómo le pediría a su mujer que se fuera con él y dejara a los niños no lo sabía, y tampoco si se atrevería a convencerla. Pensó que debía aprestarse para un duro entrenamiento. Y no pudo imaginarse una despedida. Todo eso pensaba cuando Yäger volvió a hablar:

–Vos vas a ser el responsable.

–¿Responsable de las operaciones?

–No. Responsable político de la guardería. Tenés que irte con Mónica y los chicos para Cuba.

Y le contó que la Conducción había resuelto que debía convocar a matrimonios que se ocuparan de los niños, para quienes ir a la guardería fuera una solución, no un problema. La idea era además que aun llamándolos “tíos”, como harían los chicos con los adultos a cargo y con todos los demás compañeros de sus padres, hubiera figuras que representaran los roles materno y paterno.

Binstock era de los leales a la Conducción, como todos los demás que volaron a Cuba. Tal vez por eso no se hizo mención en esa reunión sobre lo que ocurría puertas adentro de la Organización.

Más o menos por los mismos días en que los doce chicos se preparaban en España para volar a Cuba, y cuando Binstock se enteraba de su nuevo rol, ocurrió una importante escisión en Montoneros. En la edición del 25 de febrero de 1979, el diario *Le Monde* publicó un comunicado firmado por Rodolfo Galimberti y Juan Gelman en el que anunciaban la renuncia de un grupo de militantes, sacaban a la luz los problemas internos de la organización y cuestionaban

el “prolongado alejamiento de la Conducción Nacional del Partido del territorio argentino, y, en consecuencia, de las condiciones reales en que se desarrolla la Resistencia Argentina”. En ese marco se daba la Contraofensiva, que para el capitán Galimberti y el teniente Gelman eran parte del “resurgimiento del militarismo de cuño foquista que impregna todas las manifestaciones de la vida política de las estructuras a las que renunciamos”. Hablaban también de “sectarismo maniático que pretende negar toda representatividad en el campo popular a quien no esté bajo el control estricto del partido”, de la “burocratización” de la conducción y de la “ausencia de democracia interna.”

La respuesta fue divulgada en el mes de marzo. La resolución número cuarenta y cinco fue firmada por los comandantes Mario Firmenich, Raúl Yáger, Fernando Vaca Narvaja, Roberto Perdía, Horacio Mendizábal y el segundo comandante Domingo Campiglia. Los seis hombres más fuertes del Ejército y del Partido Montonero. El análisis y la resolución final terminaron con la expulsión de los nueve “desertores” y “traidores”. En el texto se apuntó también a que el capitán Rodolfo Galimberti, el teniente 1° Pablo Fernández Long, el teniente Roberto Mauriño, el Teniente Juan Gelman, la subteniente Julieta Bullrich (esposa de Galimberti), y los milicianos “afectados voluntariamente a tareas partidarias” Miguel Fernández Long, su esposa Di Fiorio, Victoria Elena Vaccaro (esposa de Pablo Fernández Long) y Claudia Genoud (esposa de Roberto Mauriño) “no han hecho saber en ningún caso y por ningún conducto orgánico su decisión de renuncia publicitada en Francia y que tampoco han reintegrado el dinero que tenían en su poder destinado a diferentes tareas en curso, ni los materiales políticos, de servicios y de seguridad que se hallaban circunstancialmente en su poder. Agregando a las sustracciones mencionadas

los presupuestos que Galimberti, Pablo Fernández Long y sus esposas habían recibido para viajar a instalarse en la Argentina, el total de lo hurtado asciende a U\$S 68.750". Afirmaban los jefes en la resolución que "el lanzamiento de la Contraofensiva fue aprobado por unanimidad en la reunión del Consejo Nacional del Partido, reunido en octubre próximo pasado, publicitado sucintamente en el órgano partidario *Evita Montonera* n° 23 y ratificado plenamente en la reunión de la Conducción Nacional del Partido del último mes de enero".

En el documento se explicitaron públicamente los fundamentos del retorno a la Argentina que protagonizarían los papás de los chicos de la guardería y al que estaban renunciando Galimberti y los demás que lo acompañaban: "La Contraofensiva es una maniobra de características ofensivas, en la que se debe mantener la integralidad de la lucha y cuyo eje principal de desarrollo es la movilización de los trabajadores y la reconquista del poder sindical, siendo la resistencia de los trabajadores el espacio político propio, principal del peronismo montonero, representatividad ganada con el acierto político y heroísmo consecuente con que nuestro Partido inició e impulsó la resistencia a la actual dictadura, habiéndonos constituido en el único sector político nacional que promovió, apoyó con su entrega generosa de sangre y reivindica con absoluta claridad la masificación y el triunfo de la resistencia sindical y popular".

Entre otras consideraciones, se detallaba que "Galimberti y Pablo Fernández Long, junto a sus esposas, habían recibido la directiva de retornar al país en forma inmediata e iniciar las tareas correspondientes para su aproximación, sin haber manifestado ni diferencias políticas ni objeciones de carácter personal a esta resolución".

Además de las operaciones armadas previstas, tres

militantes integrantes del Consejo Superior del Movimiento debían organizar el Movimiento Peronista Montonero dentro del país “debiendo agregarse a los viajes inmediatos mencionados en el considerando anterior, la instalación definitiva de Juan Gelman en pocos meses más”.

Por lo tanto, los comandantes acusaron a los renunciados de desertores y les atribuyeron “un sabotaje consciente y premeditado a los planes de Contraofensiva en marcha, constituyendo un elemento de objetiva coincidencia con la necesidad que tiene el enemigo de hacer fracasar la Contraofensiva popular”. Acusaron a Galimberti de desertar justo cuando le habían impartido la orden de regresar al país, lo cual ponía en riesgo al resto de los que sí volvían.

Montoneros y Cuba (1976-1979)

Antes de volver, se fueron. Se exiliaron del país para salvarse y reorganizarse. Eso resolvió el Consejo Nacional de la agrupación Montoneros en noviembre de 1976. Los integrantes de la Conducción y los referentes históricos del peronismo debían dejar el país. Algunos irían y vendrían pero se instalarían en el exterior. Sólo el número uno –Mario Eduardo “Pepe” Firmenich– no volvería a entrar y también sería el primero en salir. Su caída sería un golpe imposible de remontar, sería el final de la Organización, concluyeron después de extensos y calientes debates.

Dos años antes habían pasado a la clandestinidad. La agrupación Montoneros había retomado la acción desde el día mismo día en que Mario Eduardo Firmenich hizo el anuncio, el 6 de septiembre de 1974. Desde 1973 avanzaba, implacable y mortal, la fuerza paraestatal Triple A, que acrecentó su poder tras la muerte de Juan Domingo Perón el 1° de julio

de 1974 y la consecuente asunción de su vicepresidenta y viuda María Estela Martínez.

Durante casi un año y medio los montoneros habían dejado de lado la lucha armada, enrolados en el triunfo de Héctor Cámpora el 25 de mayo de 1973. Fueron solo 49 días los que estuvo en la presidencia, los suficientes para habilitar con su renuncia la vuelta de Juan Domingo Perón a la Argentina, una nueva elección y el regreso del General, por tercera vez, a la Casa Rosada.

Muerto Perón, en la misma conferencia de prensa de Montoneros en la que Firmenich, junto a otros referentes, anunció el pase a la clandestinidad, el comandante montonero hizo pública la decisión de “volver a la resistencia”, a la lucha armada contra un gobierno que consideraron “ni popular ni peronista” y contra la intervención de los sindicatos, la legislación laboral que calificaron como “antidemocrática”, el infructuoso Pacto Social entre gobierno, la CGT y los empresarios de la CGE y las nuevas detenciones por causas políticas, un paso en reversa sobre lo dispuesto por Cámpora quien en contrario había solicitado una rápida amnistía en el Congreso y dispuesto la liberación de los presos políticos.

No es motivo de este relato enumerar las acciones armadas emprendidas en los dos años que transcurrieron hasta el golpe del 24 de marzo de 1976 aunque no pueden obviarse los secuestros de los empresarios Jorge Born y Enrique Metz que reportarían 70 millones de dólares con los que la Organización financiaría gran parte de sus movimientos y acciones futuras.

En aquel tiempo el Ejército Revolucionario del Pueblo fue prácticamente aniquilado y durante los primeros siete meses de 1976 Montoneros sufrió centenares de bajas en manos de los represores de las fuerzas armadas y la Policía, y suponían que habría más. A fin de ese año precipitó la salida del país

de la Conducción el enfrentamiento en el barrio de Floresta en el que murieron cuatro integrantes de la secretaría política de la Organización y una mujer, Victoria Walsh, la hija del periodista y oficial montonero Rodolfo Walsh.

El 28 de diciembre de 1976 Firmenich dejó el país. Salió del territorio argentino también su hija María Inés de la mano de la tía Soledad, hermana de su mujer, “La Negrita” María Elpidia Martínez Agüero que acababa de dar a luz a su segundo hijo cuatro días antes, en el penal de Devoto donde estaba detenida. Lo siguieron, cada uno con su familia, Fernando Vaca Narvaja, en febrero de 1977, y Roberto Perdía en el mes de abril.

Desde México y Europa, Montoneros organizó la resistencia y realizó gestiones frente al Vaticano y otras naciones denunciando a la dictadura. México, Panamá, Perú y Costa Rica daban apoyo logístico a la Organización al igual que España, donde tenían permitido ingresar y salir sin inconvenientes pero con la condición de no hacer allí ninguna acción. Otro punto neurálgico fue Italia; de hecho, en 1977, mientras en Argentina realizaban unas 130 operaciones, en su mayoría contra grupos económicos, se lanzaba en Roma el Movimiento Peronista Montonero (MPM) para sumar a referentes peronistas más allá de los miembros del Ejército Montonero. Roberto Perdía recuerda: “Era diferencial a Montoneros, quisimos crear eso con la idea de algo que le quitara el aspecto militar y fuera un referente más amplio para mantener con más fuerza las luchas políticas en la Argentina, compañeros que no repudiaran la acción militar pero no fueran parte de la acción militar. Eso permitió incorporar a ex gobernadores como Ricardo Obregón Cano (Córdoba) y Oscar Bidegain (Buenos Aires) en el Consejo Superior”.

Cuando en junio de 1978 se jugó el Mundial de Fútbol en Argentina ingresaron en el país tres montoneros para liderar

una campaña de prensa. Volvieron los periodistas y escritores Norberto Habegger y Juan Gelman. También Armando Croatto, sindicalista y quien en representación del Frejuli, en marzo de 1973, se convirtió en el diputado nacional más joven de la Cámara. Tenía entonces 28 años y uno más cuando confrontó con el mismísimo Perón, y en desacuerdo con el aumento de medidas represivas contra la subversión –agregadas al Código Civil– renunció a su banca el 25 de enero de 1974 junto a otros siete diputados. En la Organización era capitán y volvería a la Argentina al año siguiente con su mujer y sus hijos que luego, en 1980, irían a la segunda guardería en Cuba.

Pero antes de las guarderías, a mediados de ese mismo año 1978, Montoneros convocó a una reunión en el exterior para evaluar la situación y discutir lo que llamarían la Contraofensiva. “Entre septiembre y noviembre se aprueba la idea y se empieza a armarla”, cuenta Perdía, que estuvo a cargo del reclutamiento de militantes en Europa. Hubo charlas y debates en España, Suiza, Suecia, a los que asistieron decenas de exiliados de la Organización, que además estaban en permanente contacto entre sí. Desde Europa, México y Cuba se planificaron los ingresos en la Argentina, los entrenamientos y la logística. Hubo, según Perdía, al menos treinta militantes, integrantes del Ejército Montonero, encargados de enviar o trasladar vía barco, avión o automóvil el armamento que utilizarían los grupos que integraban las TEA y las TEI, Tropas Especiales de Agitación y las Tropas Especiales de Infantería, respectivamente.

El comandante Raúl Clemente Yäger votó en contra de la “Campaña Contraofensiva Estratégica Comandante Carlos Hobert”. Pero aunque perdió la votación, la condujo. “En una democracia se vota, y si se pierde, se acepta la elección de la mayoría. Yo perdí y voy al frente ahora”. Textuales

palabras le dijo Yäger a Héctor Dragoevich, uno de los responsables, precisamente, de la guardería a la que fueron los hijos de quienes volverían a la Argentina en el segundo semestre de 1979. A diferencia de los que habían renunciado –o habían sido expulsados, según quien cuente la historia– con Galimberti y Gelman, en este caso se trataba de cuadros que hacían sus cuestionamientos puertas adentro pero eran leales a las resoluciones que se tomaban. Por eso la Contraofensiva quedó al mando de Yäger y Horacio Mendizábal, secretario militar y jefe de estado mayor del Ejército Montonero, respectivamente.

Además se había discutido qué hacer con los hijos. Una parte importante de aquellos que estaban dispuestos a reingresar en la Argentina tenían niños pequeños. Algunos planteaban participar pero llevándolos con ellos. Los comandantes a cargo de la planificación fueron estrictos en su negativa. No se podía volver con chicos. En España y México funcionaban ya guarderías montoneras, eran casas a cargo de militantes que cuidaban a los hijos de aquellos que tenían que viajar a realizar algún tipo de acción y que fueron los primeros lugares donde quedaron los chicos cuando sus papás fueron a entrenar para la Contraofensiva. La idea se amplió y se planificó una guardería única, más grande y mejor provista. La Conducción de Montoneros evaluó que La Habana, donde ya la Organización contaba con una estructura considerada “segura”, sería el mejor lugar para armarla.

La relación de Montoneros con Cuba databa del año 1973 y aunque ambivalente respecto del peronismo, el gobierno de la revolución mantenía estrechos vínculos con la izquierda del justicialismo. Ya anteriormente, en 1972, los presos políticos que habían logrado huir de la cárcel de Rawson, entre ellos Fernando Vaca Narvaja, habían volado a Chile y desde allí habían buscado refugio en la isla que los acogió hasta

que regresaron a la Argentina. También las tropas revolucionarias habían brindado entrenamiento a integrantes de fuerzas guerrilleras argentinas a fines de la década de los 60. Y había referentes importantes con estrechos vínculos. Uno de ellos, que además fue el primer dirigente en ocuparse de las relaciones exteriores de Montoneros, fue el periodista y poeta Juan Gelman. El psicólogo Juan Carlos Volnovich, quien vivió en La Habana y se ocupó de supervisar la guardería, recuerda una idea prematura de Gelman para preservar a los hijos de los militantes.

El 24 de marzo de 1976 Gelman se encontraba en el exterior, en una misión que le había encomendado la Organización: denunciar la violación de los derechos humanos en la Argentina durante el gobierno de Isabel Perón. Pasó por Cuba y allí, sentado en el *lobby* del hotel Habana Libre en El Vedado, había compartido sus preocupaciones con Volnovich, quien a su vez se encontraba de paso por la isla para participar de un congreso sobre psicología. “Habrà por lo menos 400 o 500 huérfanos de guerra, ¿qué vamos a hacer con ellos? ¿Si hablamos con el gobierno cubano para que los traigan?”, sugirió entonces Gelman sin saber que su propia nieta sería una de las víctimas años después, cuando fueran secuestrados sus hijos Nora Eva, de apenas diecinueve años; Marcelo Ariel, de veinte; y su nuera María Claudia Iruretagoyena, de diecinueve. María Claudia estaba embarazada y su bebé y ella desaparecerían. El bebé, Macarena Gelman, es una de las mujeres que recuperó su identidad y eso ocurrió recién en el año 2000.

La idea así expresada en aquella charla no se puso en marcha entonces pero mientras tanto Cuba dio asilo y auxilio a niños y adultos que escapaban de procesos represivos en varios países. La denuncia de Edgar “Tucho” Valenzuela decidió la “mudanza” en 1978 a La Habana de la plana mayor de Montoneros. Secuestrado en Argentina junto a su

mujer (quien quedó como rehén), fue trasladado por los militares a México para colaborar en el secuestro de Firmenich, pero huyó de sus captores y puso sobre aviso a los comandantes de la Organización, que no lo premiaron sino que lo degradaron por poner en riesgo a su mujer. Aunque el plan fue desbaratado por el gobierno mexicano, Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía, Yäger y Mendizábal se instalaron en la isla.

“Básicamente había acuerdos con los gobiernos de la socialdemocracia. Implicaban no llevar ni trasladar la lucha armada a esos países y fuimos respetuosos de ese acuerdo. Inclusive públicamente no hacíamos propaganda como grupos armados”, recuerda Perdía antes de explicar que evidentemente no alcanzaba para evitar la llegada de militares detrás de sus pasos. La isla de Cuba en cambio era más segura para operar, estaban estrictamente controlados los ingresos y egresos, allí había dinero montonero en depósitos bancarios y se contaba con el apoyo logístico del gobierno de la revolución. Por las mismas cuestiones logísticas y de seguridad, sería un lugar óptimo para la guardería, consideraron.

“Al principio la idea era que los niños se quedaran con algún amigo en España, pero era un problema y un riesgo que los chicos estuvieran sueltos y otros no tenían algún amigo”, justifica Perdía.

Casi todos los testimonios coinciden en la evaluación. Daniel Zverko, quien integraba el círculo íntimo de la Conducción montonera y vivió y tuvo su oficina en La Habana, a menos de 50 metros de la llamada Comandancia donde tenían sus oficinas Firmenich, Vaca Narvaja, Perdía y Yäger, recuerda: “La guardería está en el marco de la política de robo de niños implementada por los militares y las fuerzas de seguridad, brazo armado de la oligarquía argentina. Hubiera sido mucho mejor, de ser posible, dejar a los niños con sus abuelos, pero entonces era muy posible que los niños fueran

igualmente robados o usados como rehenes, como fue el caso del segundo hijo de Firmenich”.

María Cecilia Calcagno participó de la Contraofensiva en 1979, entrenó en España y en El Líbano y junto a su compañero en ese momento, Emilio Pérsico, dejaron en la guardería española a sus dos hijas, Carolina, nacida en Córdoba en 1976, y Claudia, nacida en Suecia en junio de 1978, que no llevan el apellido del dirigente pero son sus hijas. El relato de Cecilia coincide con el de otras madres y padres entrevistados para este libro y con las razones que los que murieron explicaron en cartas a sus hijos para que entendieran sus intenciones en caso de faltarles: “Sabíamos los riesgos que corríamos y elegimos que los chicos estuvieran salvaguardados, quizás hoy es difícil de entender pero los dejábamos con quienes los iban a cuidar como si fueran sus propios hijos, había una razón superior a la individualidad”. Muchas de las militantes montoneras fueron madres muy jóvenes. Cecilia tuvo a Carolina a los dieciséis años. “Cuando te enterabas de que estabas embarazada eras inmensamente feliz, tener hijos era parte del proyecto, era una continuación de la lucha, porque si no en cualquier proyecto revolucionario no se tendrían hijos –dice y subraya–: “era parte del hombre nuevo en el que creíamos”. Ante la repregunta responde: “Tal vez hoy pueda verse como algo inconsciente pero no era así, queríamos construir una familia y los hijos eran parte de esta lucha, y la pareja no era una pareja sino compañeros en la vida y en la militancia”.

Estar en la clandestinidad en Argentina en medio de operaciones de riesgo no dejaba margen para reingresar con chicos. Fueron contadísimas excepciones. De hecho, en 1979 quizás solo Horacio Mendizábal haya vuelto con niños. Todos los demás dejaron a sus hijos en manos de compañeros en los que confiaban aun sin conocerlos. El primer grupo que volvería a la Argentina dejó a sus niños durante un mes en la

casa que funcionaba como guardería en España. Durante ese mes cada sábado y domingo llevaban a los niños a visitar a sus papás que recibían instrucción política en una casa de la que no podían entrar ni salir y cuya ubicación ignoraban. Otros niños, hijos de otro grupo que volvería a la Argentina (en total eran tres), fueron dejados con Pancho y Cristina, encargados luego de llevar a todo el grupo de doce niños a Cuba.

Los padres de todos esos chicos partieron más tarde en distintos vuelos hacia El Líbano, muchos sin dar a conocer jamás sus verdaderas identidades. Montoneros tenía un acuerdo para brindar entrenamiento militar a sus “soldados”. Fernando Vaca Narvaja detalla en su biografía autorizada escrita por su hermano Gustavo: “Uno de los problemas que nosotros teníamos en la Argentina era la imposibilidad de desarrollar un entrenamiento militar de mayor especialización. Entonces nuestra estructura militar, lo que era en ese momento la secretaría militar o el ejército montonero, llegó a tener en el Líbano una estructura de compañeros, pero con absoluta independencia de lo que eran los palestinos... Teníamos un pequeño destacamento con jefatura e instrucción de los Montoneros por una razón muy sencilla: la instrucción militar en ese momento en El Líbano nada tenía que ver con lo que nosotros requeríamos para una acción armada en la Argentina, eran dos mundos aparte”.

Fueron precisamente Vaca Narvaja, Firmenich y Perdía quienes solicitaron al gobierno cubano ayuda con los niños. Personalmente “Pepe” habló con Celia Sánchez, jefa de despacho de Fidel Castro, una mujer que imponía respeto solo con ser, con aparecer, porque toda ella era un ejemplo, eso decían los que habían combatido a su lado, los que trabajaban con ella, los que la podían conocer. Así la describen los cubanos que aún hoy la recuerdan vistiendo con el mismo

charme el uniforme revolucionario y los borceguíes como un vestido elegante con zapatos de taco. Fumaba, mucho y siempre, todo el tiempo fumaba. Había ayudado a los hijos de los que cayeron en Sierra Maestra a quienes llevó a La Habana a estudiar y recibirse de médicos, los primeros médicos de la Revolución, a quienes ella misma les sirvió helado con un cucharón gigante el día del festejo por la graduación, sentada en el piso de una carpa de campaña. Quienes estuvieron en la guardería, hoy no recuerdan haberla conocido. Pero en aquel momento desde la Conducción de Montoneros se la mencionaba como una especie de madrina que se ocuparía de los hijos de los montoneros argentinos, como había hecho con niños de movimientos de liberación de Chile y Angola, entre otros.

“En la escuela tenía compañeros rusos, chilenos, nicaragüenses y angolinos. De hecho era muy flaquito y los angolanos, que eran muy fibrosos, me cuidaban y protegían como si fueran guardaespaldas”, se ríe en la actualidad Gustavo Sabino Vaca Narvaja, el hijo mayor de “El Vasco”.

Para Montoneros la guardería era parte de su proyecto político y de resistencia, y para Cuba se trataba de una cuestión de Estado y la manera de solidarizarse con los movimientos de izquierda de América Latina. Si bien Cuba daba refugio a hijos de otros militantes latinoamericanos, la de los argentinos fue la única experiencia colectiva. Los chilenos, por ejemplo, organizaron en 1978 el Proyecto Hogares, en el marco del cual unos sesenta niños quedaron al cuidado de veinte adultos a los que llamaron Padres Sociales. Eran matrimonios con sus hijos que sumaban a dos o tres chicos de otros compañeros. Vivían todas esas “familias” en departamentos ubicados en un mismo edificio que había sido prestado por el gobierno cubano a los militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) exiliados en Europa, que

regresaron a Chile a luchar clandestinamente contra la dictadura en lo que llamaron el “Operativo Retorno”.

Cuando se iniciaron los preparativos para la guardería de los argentinos hacía ya dos años que la Conducción tenía una oficina en la calle Primera casi esquina Doce.

Pero no estaban solo los montoneros, había también en Cuba una especie de sistema paralelo. Por cuestiones comerciales, el gobierno de la revolución no rompió relación con Argentina, ni siquiera durante los años de la dictadura. En paralelo, el Ministerio del Interior daba asistencia y protección a los montoneros que debían ingresar en la isla con documentación que los acreditaba como uruguayos. Además coexistían la embajada argentina (con representación de la dictadura) y la embajada montonera. A cargo de la “sede diplomática” estuvo un tiempo como “embajadora” la única sobreviviente de la masacre de Trelew, María Antonia Berger. También fueron “embajadores” María Amelia Belloni de Giraudó (“Popi”) y Juan Carlos Carullo. En el primer piso tenía una oficina Vaca Narvaja, en la que mantenía reuniones de carácter “oficial” mientras repartía su tiempo entre México y Nicaragua, país en donde la Organización participó activamente de la Revolución Sandinista. Incluso allí hubo épocas en las que los montoneros fueron con sus hijos y hasta otra casa guardería para cuidar de ellos como se había hecho en España y México.

Aunque Firmenich participaba de actos oficiales del gobierno cubano o del Partido Comunista, solía haber grandes debates internos hasta que la invitación se concretaba, al menos según recuerdan algunos memoriosos que prefieren el *off the record*. Hubo una vez, incluso, en que el propio Fidel Castro habría expresado al jefe montonero esta disyuntiva en la que se encontraba.

Ocurrió en la inauguración de la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, el 3 de septiembre de 1979.

En su discurso como anfitrión, el comandante en jefe Fidel Castro Ruz, primer secretario del Comité Central de Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, apuntó al “imperialismo” de los Estados Unidos como causante de los principales problemas en los países subdesarrollados, cuestionó a China y agradeció la “solidaridad” de la Unión Soviética y las “relaciones fraternales con la comunidad socialista”. También se refirió a la “política de estrecha solidaridad con los movimientos de liberación nacional y todas las causas justas de nuestra época” de parte de su gestión, frase que le valió efusivos aplausos.

Castro enumeró diversos conflictos y reclamos de pueblos aliados que “tienen mucho que agradecer a la solidaridad socialista”, como Vietnam, “los países árabes agredidos, los pueblos de las antiguas colonias portuguesas, los procesos revolucionarios en muchos países del mundo, el movimiento de liberación que lucha contra la opresión, el racismo, el sionismo, el fascismo, en Sudáfrica, en Namibia, en Zimbabwe, en Palestina, y en otras partes”.

Condenó además el “régimen títere de Muzorewa” en Zimbabwe y a Sudáfrica porque “veinte millones de africanos son oprimidos, explotados, discriminados y reprimidos por un puñado de racistas”. Se refirió a la pobreza en los países subdesarrollados y a “la crisis económica mundial, la crisis energética, la inflación, la depresión, el desempleo, de una forma u otra, agobian a los pueblos y a los gobiernos de una gran parte de la tierra”.

De Argentina no dijo una sola palabra, aun cuando el jefe montonero Mario Firmenich estaba allí presente y cuando la Organización denunciaba en cada oportunidad en el exterior la violación a los Derechos Humanos por parte de la dictadura.

Antes de retirarse del hotel, Castro se cruzó con Firmenich.

Lo saludó y en voz baja –aunque lo oyeron los que los rodeaban– se excusó:

–Algún día entenderás por qué estamos obligados a hacer ciertas cosas.

Se refería seguramente a que la dictadura argentina había quebrado el bloqueo estadounidense de granos a la entonces Unión Soviética y cuadruplicaba la exportación de granos y, por ende, Cuba se solidarizaba.

Es más, al año siguiente Cuba y la Unión Soviética volverían a dar la espalda a los reclamos y denuncias en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ginebra. El estadounidense Jimmy Carter impulsaba una moción de condena a la Junta Militar que finalmente fue suavizada.

Los hermanos Ruiz Dameri

Es una simple coincidencia numérica pero fueron doce los fundadores de Montoneros en el año 1968 y fueron doce los primeros niños de la guardería en La Habana. A causa de aquellos primeros doce comencé a escribir este libro. La historia de los hermanitos Ruiz Dameri me la contaron ellos con lo poco que recuerdan y a través de las memorias de terceros, como le ocurre a la mayoría de los que estuvieron allí cuando eran muy pequeños. Los dos, junto a su hermanita nacida en cautiverio en la ex ESMA, son protagonistas de mi libro *De vuelta a casa. Historias de hijos y nietos restituidos*. Fue para saber más sobre ellos y sus papás y sobre los otros chicos y los suyos que la guardería se transforma en miles de caracteres con espacios incluidos después de kilómetros de viajes y horas y horas de entrevistas.

Uno de los doce niños que voló de Madrid a La Habana junto a Héctor Dragoevich y Cristina Pfluger es Marcelo Ruiz

Dameri. Él no recuerda los meses que pasó en la guardería pero ni los niños más grandes ni los adultos se olvidan de él. Era “un personaje” y “un cuida” de su hermanita, coinciden varios que no dudan en la definición.

Marcelo festejó su segundo cumpleaños en Suiza, en octubre de 1978. Allí había nacido su hermanita María de las Victorias el 25 de marzo de ese mismo año en que la dictadura organizó el Mundial de Fútbol en Argentina mientras Montoneros hacía una tregua y se limitaba a realizar pintadas y denuncias fronteras adentro y en el exterior. Se habló de un pacto, improbable aún en estos días. Dirigentes montoneros en cambio aseguran que consideraron que era un buen síntoma que la gente saliera a la calle y gritara por una Argentina campeona como ocurrió aquel 25 de junio porque sería un paso para que esa misma gente se animara a salir a la calle y eso, pronto, devendría en protesta y movilización, sostenían.

Lejos del país y del Mundial, la familia Ruiz Dameri vivía en la tranquilidad del exilio en Suiza, adonde había llegado con otras familias luego de un largo periplo que la llevó a atravesar la frontera argentina con dificultades y peligros y a buscar auxilio en Brasil para desde allí partir finalmente a Europa.

Vivían en un pequeño departamento en Neuchâtel, compartían picnics en la orilla del río y festejaban con amigos y compañeros cumpleaños y navidades. Silvia Dameri (“Victoria”) y Orlando Ruiz (“Chicho”) se habían ido del país, por primera vez, en 1977. Los dos militaban en Montoneros.

En Suiza trabaron gran amistad con el “Profe” Falaschi y su familia, un dirigente montonero que los había ayudado ya en Río de Janeiro en aquel caserón del barrio Lapa al que había llegado el matrimonio sin ropa ni comida ni dinero. Solo llevaban trozos de toallas sacadas de un hotel con los que improvisaban los pañales que usaba Marcelo. En viajes escalonados todos se fueron a Suiza bajo el amparo de Amnistía



Antes del comienzo de la Contraofensiva y de que los chicos partieran hacia Cuba, los Ruiz Dameri vivieron un tiempo en España. Aquí posan María de las Victorias y Marcelo en el balcón del departamento. Es una de las fotos que su papá Orlando Ruiz enviaba a su familia en la Argentina.

Internacional y la Obra Suiza de Ayuda Obrera. Primero se fue el “Profe” Falaschi, que también volvió a ser su anfitrión en Winterthur, una bella ciudad medieval al noroeste del país helvético. Silvia estaba embarazada otra vez y ya cursaba por lo menos el quinto mes. Cuando llegó la fecha del parto Cecilia Falaschi, hija del “Profe”, la acompañó al Hospital Pourtalès donde nació María de las Victorias, porque ella hablaba muy bien francés y los demás no entendían más que unas pocas palabras.

Había pasado medio año desde el nacimiento de la niña cuando Orlando escuchó la propuesta y la evaluación que hacía el comandante Perdía y decidió junto a su compañera que tenían que sumarse a la Contraofensiva.

Todo lo que argumentó el “Profe” Falaschi para hacerlos desistir fue en vano.

Los Ruiz Dameri vivían en Boudry, y hasta allí fue el “Profe” a tomar mates durante todo un día. “Chicho” estaba convencido y Falaschi también. Le dijo que iban a una muerte segura, que no era inteligente el plan de la cúpula de Montoneros, que no había margen para volver a luchar, que la dictadura seguía firme y que la gente no acompañaba, que había

ganado el miedo, que los informes que hablaban de focos posibles de insurgencia no eran acertados, que los iban a matar, a los cuatro. “¡Los van a matar!”, le advirtió ahogando su propio grito para que los vecinos no oyeran la discusión.

“Chicho” no dejó margen para la duda y sólo le pidió a su amigo que guardara el secreto y le anticipó el día de su partida. Falaschi tendría que simular que no sabía nada, agradeció la confianza y la amistad y volvió a su casa frustrado, intranquilo y abatido también.

Los Ruiz Dameri se fueron en silencio y dejaron una nota sobre un televisor, despidiéndose de los amigos. En España los esperaba un entrenamiento de veinte días en una casa “cerrada” en la Sierra de Guadarrama. Luego partirían al Líbano. Pero antes de todo eso debían dejar a sus niños.

En Madrid los hijos de Pancho y Cristina, comenzaron a compartir a sus padres con los otros hijos de montoneros que volverían al país para la Contraofensiva. Leticia y Ernesto tenían más o menos la misma edad que Marcelo y María de las Victorias. Y un periplo bastante parecido. En su caso habían llegado con sus papás desde Suecia.

La familia Dragoevich vivía en las afueras de Estocolmo y desde allí el matrimonio trabajaba con la Social Democracia en acciones de solidaridad con la Argentina y denunciaban las violaciones a los Derechos Humanos. Sabían lo que ocurría en los centros clandestinos de detención y habían seguido desde allá y sin alegría el Mundial 78. Esperaban una carta del gobierno sueco que los confirmara como exiliados políticos, pero antes asistieron a las reuniones en las que se debatía cómo hacer para terminar con la dictadura. Cuando los máximos referentes de Montoneros les plantearon volver a luchar, previo entrenamiento, regresaron a su casa y discutieron puertas adentro, como era su costumbre cuando había que tomar una decisión. Cristina puso un único reparo: no volvería sin sus hijos.

“¿Qué estamos haciendo acá?”, se preguntaron Pancho y su mujer que nunca habían estado muy convencidos de haber dejado la Argentina luego de analizar el proyecto político en marcha. Todavía no olvidaban a un compañero que se había quedado en el país y que al despedirlos les dijo: “¿Si nos vamos todos, quién hace la resistencia a los grupos económicos?”.

Pero los dos se sintieron acorralados y se fueron en diciembre de 1976. Se escondían desde el 28 de marzo y ya no tenían casi adónde hacerlo. Militaban ambos en la Zona Oeste y así se habían conocido. Cristina era delegada en el Hospital Nacional Profesor Alejandro Posadas, creado por una iniciativa de la Fundación Eva Perón para atender enfermos con afecciones pulmonares crónicas y pacientes afectados por tuberculosis. Tras el triunfo de Héctor Cámpora en 1973 –luego de que se levantara la proscripción al peronismo–, los trabajadores del hospital se organizaron para desplazar a las autoridades nombradas por el régimen militar del general Alejandro Agustín Lanusse. Un mes después de esas elecciones, los trabajadores del Posadas tomaron el lugar y designaron una comisión colegiada para conducirlo hasta el mes de julio, cuando eligieron a su propio director que coordinaba los proyectos consensuados e integradores.

El hospital funcionó con la gestión de los trabajadores y la comunidad hasta el 28 de marzo de 1976, cuatro días después del golpe cívico militar. El hospital fue ocupado militarmente con el argumento de que allí se atendía a guerrilleros, que se escondían armas y se adoctrinaba ideológicamente. Incluso se dijo que había un túnel por el que se sacaban armas y uniformes. Las fuerzas a cargo del general Reynaldo Benito Bignone ocuparon el Posadas con tanques, helicópteros y se apostaron por los menos cien soldados para acabar con las “actividades subversivas”. Hubo listas negras y personal seleccionado para

ser sometido a interrogatorios y sesiones de tortura. Se requisó todo el predio y en los siguientes tres días cincuenta trabajadores fueron detenidos ilegalmente y así permanecieron algunos por días y otros hasta fin de año. Once de ellos siguen desaparecidos. En cambio a Cristina la salvaron sus jefes. Primero la jefa del servicio social la llamó y le dijo: “Mañana ni aparezcas en el hospital, está lleno de soldados, esperá”.

Ella, que ya había sido amenazada por la Triple A, se sintió un blanco fácil. Hizo caso a la recomendación y esperó hasta el lunes 29. Temprano llamó a su lugar de trabajo desde la estación de Ituzaingó. Iba con Ernesto a upa porque si volvía a trabajar tenía que dejarlo en la guardería que habían organizado con los demás empleados. “Señora, su trámite no está y no va a estar por mucho tiempo”, le respondió una voz conocida que acentuó el trato formal de usted.

Entonces empezaron a enterarse de vecinos y amigos que eran secuestrados. Pancho y Cristina construían una casita y mientras tanto vivían con los padres de él. En la madrugada del martes 30 el papá de Cristina fue a casa de sus suegros con un millón de pesos. Le dijo a su hija y a su yerno que las fuerzas de seguridad habían ido a buscarlos a su casa. Les dio la plata y los mandó a Mar del Plata en colectivo. Aguantaron en la playa apenas dos semanas. No se sentían seguros y volvieron, porque además necesitaban plata, por lo que Pancho se reincorporó a la pequeña fábrica de su suegro en la que trabajaba. Se instalaron en la casa a medio construir y se llevaron a vivir con ellos a “La Tucu”, una compañera separada que estaba en la calle con sus hijas y que no tenía dónde quedarse. “La Tucu” salía de la casa dos veces por semana para llevar a las niñas a visitar al padre que no compartía con ella sus ideas políticas. Después de un mes decidió que eso no era seguro ni para ella ni para sus amigos y se fue. No pudieron convencerla de lo contrario. Apenas

“La Tucu” llegó a casa de sus padres con las niñas un grupo de militares apareció y la secuestró. “Pancho” iba a trabajar escondido en el auto de su suegro y en cada reunión política a la que iba, las pocas veces que salía, le contaban de alguien más que había sido secuestrado.

Se convencieron de partir luego de una cita frustrada de Pancho. Quedó en comer un asado con un amigo en casa de su padre. Pactaron encontrarse en una parada de colectivo y hacia allí fue el día señalado. A una cuadra del punto convenido se topó con otro vecino, también conocido del barrio. “Acá no se puede vivir más”, le dijo el joven a Pancho y agregó: “¿Viste a quién se llevaron anoche?”. El nombre que pronunció fue el del compañero con el que Pancho debía encontrarse justo cien metros adelante, así que saludó y apuró el paso hacia la casa de su padre. “Dejemos el asado para otro día”, le pidió. Al rato, él y su mujer hablaban con los Pfluger y quedaban en intentar vender la casa prefabricada. Con plata prestada compraron los pasajes más baratos que les consiguió un amigo para embarcarse en el *Cristóforo Colombo*. Además de que la plata no les alcanzaba para viajar en avión, pensaron que los quince días sobre el océano que duraba el trayecto les ayudarían a asimilar la huida. A bordo del barco se encontraron con otros tres matrimonios del Hospital Posaídas y al llegar a España se enteraron de que los habían ido a buscar a su casita prefabricada de Ituzaingó.

Partieron con la idea de volver y así lo acordaron con su responsable en la Zona Oeste. Por eso los atrajo tanto la idea de sumarse a la Contraofensiva. Ante el referente al que debían darle su respuesta Cristina insistió con su pedido de que les permitieran regresar al país con sus hijos. Como a todos los que hacían tal planteo se les dijo que no, que era demasiado peligroso. Les propusieron en cambio que se ocuparan de los hijos de quienes estaban dispuestos a reingresar en la

Argentina sin niños. Después de tres reuniones, su referente les transmitió que necesitaban un matrimonio sólido como el de ellos. Y así se fueron a España y recibieron a diez hijos de otros montoneros hasta que les indicaron el día y hora del vuelo para partir. Para entonces Cristina tenía 24 años y Pancho, 26.

Los que sobrevivieron a aquellos años y que dejaron a sus hijos en esta primera guardería y en la que la siguió, recuerdan que el momento en que se dejaba a los chicos en todos los casos fue el peor.

Silvia Dameri y Orlando “Chicho” Ruiz conocieron a Cristina y a Pancho en España el mismo día en que tuvieron que separarse de sus hijos. Otros ni siquiera los vieron o los conocieron en Cuba al ir a buscar a los niños después de sus respectivas operaciones. Silvia aquel día apretaba contra su pecho a María de las Victorias y cuando empezaba a aflojar se arrepentía y volvía a apretarla más y más. Casi no hablaban las dos mujeres. Cristina, bajita, rubia y con un pelo lacio que la hacía angelical, la miraba con sus ojos claros, entre celestes y grises, y trataba de darle tranquilidad. Entendía lo que le pasaba a su compañera y esperó hasta que Silvia pudiera desprenderse de la bebé, una niña flaquita con los rulos hechos un remolino. Junto a Cristina, Pancho miraba sin hablar. Intentaron tranquilizar al matrimonio porque sabían lo que se sentía. Habían tenido que dejar a sus hijos solo por un rato y les había costado tanto... Había sido en una esquina que olvidaron y en las manos de una compañera a la que no conocían. “Confiábamos plenamente en esa compañera”, recuerdan hoy los dos porque confiaban en la estructura de Montoneros y en los lazos entre los distintos integrantes de la Organización de la misma manera que confiaron en el operativo montado para volar de Madrid a La Habana. Les dijeron a los Ruiz Dameri que pronto se volverían a ver, que todo

saldría bien, que ellos cuidarían de los niños como si fueran sus propios hijos.

Los cuatro estaban convencidos de que eso era lo que debían hacer. Los hombres parados uno frente al otro y lo mismo la mujer de cada uno.

Silvia seguía sin soltar a la pequeña. Orlando en cambio fue mucho más firme que su mujer. A su lado Marcelo permanecía de pie. El papá se agachó, lo miró a los ojos, lo tomó de los hombros y le pidió: “Cuidá a tu hermanita”. Su seguridad le dio confianza a Silvia que por fin pasó a su hijita a los brazos de Cristina. Después de eso, se fueron.

Novena y Doscientos veintidós

Como ocurrió con cada uno de los que fueron llegando a Cuba, a Pancho y a Cristina los sorprendió el tremendo calor, más cuando arribaban del invierno europeo.

Poco menos de una hora les tomó el trayecto del aeropuerto a la casa con el frente de ladrillos rojos que el Ministerio del Interior había puesto a disposición de Montoneros. Los vehículos en los que viajaban subieron por la entrada en U, empedrada, que permitía el acceso en auto al 22 204 de la calle Novena. Detuvieron los coches, bajaron los adultos con los bebés a upa y corrieron detrás los chicos mayores.

Los cubanos Saúl y Jesús –que habían estado detrás de los preparativos así como otros miembros de Tropas Especiales– les mostraron las instalaciones. Sobre la izquierda, en el interior de la casa, había una especie de oficina para charlas o encuentros de adultos y a la derecha un inmenso comedor donde estaban dispuestas las mesas para los niños. Siguiendo hacia la izquierda, una cocina pequeña cuyas ventanas miraban hacia la casa de los vecinos del 22 206. Había una mesada

de piedra y una pileta profunda. Allí estaba Mirella, una cubana que los recibió con una enorme sonrisa y les indicó cómo llegar al baño a través del pasillo con piso de granito color claro.

Las habitaciones eran cuatro, y eran grandes. Alcanzaban para distribuir a los chicos según sus edades y así se los indicó Mirella, una mujer que pisaba los cincuenta y que se convertiría para los niños en algo así como una abuela. Desde ese mismo momento y en adelante superó ampliamente su rol de cocinera. Sobre el piso había preparado algunos juguetes porque sabía que los niños llegaban con casi nada de equipaje. Ellos le hicieron honor a tanto preparativo y apenas traspasaron la puerta se precipitaron sobre los juguetes mientras los adultos hablaban. Hacía rato que los niños no tenían tiempo para el entretenimiento.

Mirella fue solícita también con los adultos. Les alcanzó un jugo de mango en lata a cada uno. Los jugos estaban a temperatura ambiente pero, sedientos por el calor, los recién llegados los tomaron de un solo trago. Fue la primera y última vez que Pancho tomó ese jugo. Todavía recuerda los retorcijones de estómago que la bebida le provocó.

Al rato llegó Amor Amati de Perdía a dar una mano como lo haría casi todos los días durante el resto del año. Le gustaban mucho los bebés y tenía ganas acumuladas de volver a ser mamá. Le había costado la primera vez y tanto deseaba volver a serlo que, incluso en la clandestinidad y en los distintos países por los que pasó, hizo tratamientos –sin suerte– para tener otro hijo.

Ese día Amor no llevó a su hija Amorcito. Pero sí el día siguiente. Fue un momento tan importante en la vida de la niña que más de treinta años después se le llenan los ojos de lágrimas cuando recuerda cada detalle de su primera visita a la guardería.

Al volante del Lada blanco iba Adolfo, un mulato cla-

ro, bajito, callado y, sobre todo, extremadamente reservado. Había combatido en Playa Girón y a medida que fue ganando confianza frente a los montoneros les fue contando sobre las 72 horas que duró el combate. Les habló de cómo las fuerzas de Fidel Castro vencieron a unos 1500 exiliados cubanos que –impulsados por los Estados Unidos– invadieron la Ciénaga de Zapata, esa playa ubicada en el margen oriental de la Bahía de Cochinos. Incluso una vez llevó a Pancho y a Cristina con sus hijos a ese sitio histórico al que pocos años antes Silvio Rodríguez dedicara una canción.

Adolfo se convirtió pronto en un guía, un compañero, un amigo. Era el chofer de los comandantes, pero iba y venía a Siboney llevando y trayendo niños. Había sido seleccionado entre los agentes de Tropas Especiales –cuerpo de élite de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) cubanas– y formaba un trío de asistencia permanente junto a Jesús Cruz y Saúl Novoa que, entre otras funciones, eran los encargados de buscar a cada uno de los que arribaban a la isla para facilitar los trámites de migraciones y el traslado en la ciudad. Dependían del viceministro del Interior Manuel Piñeiro Losada, más conocido como el comandante “Barbarroja”, uno de los principales hombres de la Revolución Cubana, que tenía a cargo los aparatos de seguridad de la isla y el apoyo a organizaciones de izquierda de América Latina. También realizaban actividades de asistencia política y hasta de enlace en el exterior cuando hacía falta.

El día posterior al arribo de los primeros niños a la guardería, a Adolfo le tocó conducir al “Pelado Carlitos” (Perdía), a su mujer Amor y a su hija Amorcito. Iban desde Playa hacia Siboney, en dirección a Mariel y Santa Fe.

La niña iba mirando por la ventanilla del auto ruso mientras atravesaban la Avenida Quinta. Sus ojitos marrones intentaban atrapar las residencias que a los 60 kilómetros de la

velocidad exigida en la Avenida de las Embajadas desaparecían una detrás de la otra antes de que las alcanzara a mirar. Probó fijar la vista adelante, en algunos enormes jardines, apoyó la nariz en el vidrio y vio mejor. Imaginaba que la casa que iba a conocer sería parecida a una de esas sedes diplomáticas, residencias que le parecían magníficas comparadas con las que había visto en otros barrios de La Habana. “Algunas de estas residencias las confiscó la Revolución”, escuchó una voz que de lejos se metía en sus pensamientos y acentuaba la última palabra. “Residencias que ‘los gusanos’ que huyeron a Miami abandonaron y se quedó el gobierno de la Revolución”, siguió la voz.

Desde que habían llegado a Cuba el sustantivo que más veces había escuchado había sido, precisamente, Revolución. No había que hablar bajito para pronunciar esas cuatro sílabas. No. En Cuba los hombres que navegaron a bordo del *Granma*, aquellos que bajaron de la Sierra Maestra al mando de Fidel Castro, Camilo Cienfuegos y de Ernesto Che Guevara, entre otros, habían triunfado con su Revolución. Y sus padres le decían que cuando ellos triunfaran en Argentina, volverían a casa, los tres. Y ella se imaginaba a su papá –y a su mamá incluso– héroe de la talla de Fidel, de Camilo o el Che.

Con Adolfo al volante el auto seguía su marcha por el *boulevard* en el que cada vez había más árboles, más grandes y más tupidos.

Amorcito ya no escuchaba lo que le decían y solo prestó atención al pasar frente al Coney Island Park. Pero Adolfo se adelantó a sus sueños: el parque estaba cerrado y esas calesitas y esa vuelta al mundo gigante no estaban en funcionamiento. Había sido uno de los primeros parques temáticos de Latinoamérica. “Hay muchas calesitas en otros parques, y está el Parque Lenin lleno de ponys y juegos”, la tranquilizó.

Amorcito hoy es adulta y madre de dos niños y cuenta



Día de la Madre. Amor Perdía cursaba tercer grado y "estaba feliz de que mi vieja estuviera conmigo, lo recuerdo bien... me cansé de las fotos, pero estaba feliz de tenerla ahí".

que aquel día arriba del Lada soñaba despierta y que con los ojos abiertos bien grandes ya no veía el paso de las casonas y los palacetes, marca indeleble de otra Cuba, la que convivía con las casas humildes y una burguesía habanera que se había ido mudando progresivamente hacia el Oeste, desde el casco histórico primero hacia Miramar y luego al Country, que ahora llamaban Siboney.

Amor nació un mes y cuatro días después de las elecciones presidenciales del 11 de marzo de 1973 en las que el candidato justicialista Héctor Cámpora, acompañado por Vicente Solano Lima como candidato a vicepresidente, obtuvo el 49,5% de los sufragios en la primera vuelta. La fórmula de la Unión Cívica Radical, Ricardo Balbín - Eduardo Gamond apenas

había logrado el 22% y aunque al FREJULI no le alcanzaba para acceder a la presidencia, el radical se dio por vencido y Cámpora asumió el gobierno. Fue por esa elección que la niña, además de llevar el nombre de su madre, fue llamada Victoria luego de un doloroso, agotador y extenso trabajo de parto que duró casi dos días.

En Santa Fe sí hubo segunda vuelta electoral como en otras catorce provincias argentinas. Doce provincias fueron al *ballotage* para gobernador y vice y en catorce fueron a la segunda vuelta para la elección de senadores nacionales.

Ese domingo 14 de abril de 1973 en que Amor decidió nacer, además de ser fin de semana, se votaba.

Su abuela no se decidía a coserle alguna muñeca por si nacía varón. Y tenía una advertencia para su hija:

“Si te toca parir un domingo o un feriado no vas a conseguir a nadie que te atienda, hasta te podés morir en este país”, palabras más, palabras menos, presagió Avelina, la abuela materna.

El pronóstico se cumplió. Mientras a Amor la paralizaban las contracciones, junto a su marido Roberto iban de clínica en clínica en plena madrugada buscando quien la atendiera. Finalmente la aceptaron en la tercera clínica a la que llegaron pasadas las seis de la mañana. Roberto se despidió, tenía que irse a votar y luego viajar a Buenos Aires a una entrevista con el presidente electo. Amor se quedó con su madre. Le colocaron suero y le pidieron que aguantara. Ya había roto bolsa antes de salir de su casa y no sabía cómo podría retener a la criatura dentro suyo.

—Hasta mañana a las ocho, mamita, cuanto todos se reintegren al servicio —le pidió la enfermera.

Amor, a los 31 años, por fin sería mamá. Dolorida aguantaba cuando escuchó la marcha peronista sonar en una radio a través de los pasillos.

Ganamos, pensó, y apenas dormiría esa noche hasta que, por fin, la llevarían a la sala de partos, lo que efectivamente ocurrió después de que el primer médico y una partera ficharan su horario de trabajo.

Amor dijo que no sentía que la niña estuviera por nacer. “Háganme cesárea, no la siento”, insistió sin que le hicieran caso.

Mucho rato después Amor sintió que la cabeza de su niña la desgarraba entre las piernas, pero cuando el médico la alzó, solo se oyó silencio. Tres palmadas le dieron en la cola y tampoco lloró. Todos estaban serios. Amor quiso incorporarse y una fuerte mano se lo impidió. Entonces oyó un leve ruido, algo así como una arcada sin fuerza y alcanzó a ver cómo salía de la boca de su hija un poco de vómito, el meconio que había tragado, dijeron. Y entonces sí Amorcito se hizo oír y lloró.

Un año y medio después Montoneros retomó la lucha armada y pasó a la clandestinidad. Desde septiembre de 1974 a principios de 1977 los Perdía vivieron de casa en casa por el Conurbano bonaerense. Así Amorcito perdió su triciclo pero de tanto que lloró su mamá decidió ir a buscarlo a la casa de la que se habían ido. Se acercó y vio movimientos sospechosos por lo que regresó al nuevo escondite con las manos vacías.

Desde enero a abril de 1977 se instalaron en Haedo, en el primer piso de una casa de El Ceibo 1175 en la que antes y después se alojaron varios dirigentes de la Organización.

En la planta baja vivían Héctor Vasallo y su mujer. La casa quedaba a solo 50 metros de la avenida General Pueyrredón y permitía una rápida salida hacia la estación de la línea Sarmiento que los llevaba directo al barrio de Once. Rodeada por casas bajas, con ventanas hacia el frente y hacia atrás, desde el primer piso podía mantenerse bajo vigilancia toda el área.

Sentados en la cocina de ese primer piso y con un ojo en el exterior, Perdía y su mujer clasificaron durante sus últimos días allí el material que recolectaron entre sus compañeros que no partían y fotografiaron decenas de documentos de la Organización, escondieron en un doble fondo en sus bolsos lo imprescindible y quemaron el resto, todo lo que por seguridad no podían llevar y que era riesgoso que quedara dando vueltas en Argentina.

Como tantos otros, se fueron vía Uruguay y de ahí pasaron a Brasil. Perdía suponía que salía y volvía a entrar.

Al amparo del gobierno mexicano, los montoneros organizaban muchas de sus reuniones en el Distrito Federal. En una de ellas cambiaron el orden de regreso y en lugar de Perdía fue Julio Roqué quien volvió a la Argentina. Lo llamaban “Iván”, “Lino” o “Mateo”. En la Conducción, y por debajo también, coincidían en que era uno de los mejores cuadros intelectuales de la Organización. Licenciado en Ciencias de la Educación, cordobés, soñaba con fundar junto a su mujer una escuela para chicos necesitados. Pero cambió ese anhelo por las armas y explicó sus razones en una carta a sus hijos María Inés y Martín. Les contó que a los ocho o nueve años, un día de invierno, de frío intenso, uno de sus compañeritos cayó casi congelado en la puerta de la escuela junto a él. Vestía apenas una camisa rota y un guardapolvo. “Sentí una profunda vergüenza por mis ropas abrigadas, por mis zapatos y medias de lana. Sentí como si yo le hubiese quitado la ropa a ese chico. Su frío fue para mí un sufrimiento concreto. Sus manos y su cara morada y sus articulaciones rígidas me espantaron como la misma muerte”, escribió en la carta que dejó en manos de Azucena, su primera compañera, que le advirtió que no pasaría a la clandestinidad con él porque no estaba de acuerdo con la lucha armada ni con cualquier tipo de violencia.

Roqué no tenía miedo de morir. O si lo sentía, hacía caso

omiso a ese sentimiento. En la misma carta y para que sus hijos entendieran por qué estaba lejos de ellos, Roqué escribió también que “descubrir el dolor ajeno y sentirlo como propio es el primer paso para convertirse en revolucionario; desconfiar de las apariencias y buscar tenazmente la verdad, el segundo paso” y “vencer el miedo”, el tercero. Cartas parecidas se les pidieron a cada uno de los padres y madres que dejaron a sus hijos en la guardería para volver a la Contraofensiva. Las cartas se guardaron bajo llave en la planta baja de la oficina de la Conducción en la calle Primera.

Roqué había sido uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en Córdoba y había recibido instrucción militar en Cuba. Fue allí donde logró una puntería certera. Cuando reingresó en la Argentina desde México, en 1977, se instaló en la casa de El Ceibo en la que habían estado los Perdía. En ese momento era el número uno de Montoneros fronteras adentro. El 29 de mayo de 1977, le “cantaron” una cita o lo “marcaron” compañeros secuestrados en la ex ESMA. Los hechos conocidos arrancan con la detención de Vasallo, el hombre que vivía en la planta baja. Ocurrió a pocas cuadras de la estación y de ahí un grupo de tareas fue por Roqué. Él los vio desde el primer piso y resistió a los tiros durante horas. Tiraba a través de la ventana del fondo, y alternadamente a través de la ventana del frente hasta que, acorralado, quemó todos los documentos que tenía encima y tomó la pastilla de cianuro o se voló con una granada, aún hoy no se sabe con certeza porque sacaron su cuerpo inerte y nunca más se supo de él. Los testigos no hablan. O tal vez mienten.

Roqué era un símbolo fuerte para la dictadura, y su manual –pequeño y con tapas rojas– era fuente de estudio entre los montoneros y lo sería especialmente para quienes se instalaran en Cuba y para quienes recibieran entrenamiento e instrucción política y militar para la Contraofensiva.

La muerte de Roqué fue noticia de tapa de los diarios que publicaron una fotografía en la que se veía parte del interior de la casa y una pared ennegrecida sobre la que permanecían los restos de una cortina quemada. La cortina había sido cosida por “La Gorda Elena”, que no era otra que Amor Perdía. Y sobre esa cortina aún colgaban las muñecas de trapo de Amorcito cosidas por su abuela Avelina tras su nacimiento.

Amorcito había llegado a Cuba sin juguetes y sin recuerdos de esas muñecas. Por eso, con ilusión, imaginaba arriba del Lada, mientras el mulato Adolfo le hablaba, que los niños la recibirían con alegría. Confiesa que si su mamá tenía ganas de volver a quedar embarazada, más ganas tenía ella de tener un hermanito y recuerda: “Hasta pensé que me harían una fiesta”.

Sin sus juguetes y con poca ropa, como los demás niños. Así llegó Amorcito a la isla, pero llevaba muchos libritos. En los aeropuertos por los que pasó rezongaba al intentar levantar la maleta y no podía de tanto que pesaba. Su madre la miraba y le decía: “Entonces dejá algún libro, pesan más que tu ropa”. Y ella en lugar de dejarlos cada vez que abría la valija tomaba su ejemplar de *El Principito* y le hacía un dibujito con lápiz negro.

A diferencia de los demás, ella no solo cambiaba el apellido sino que había llegado con otro nombre de pila. Su nombre verdadero era llamativo y poco común y era el mismo de su mamá. Por eso la llamaban “Silvia” o “Carolina”, según el país en el que estaban. A veces ni ella sabía cómo se llamaba. “Un día estaba mi mamá internada en Perú, donde vivimos un tiempo. Hacía un tratamiento para quedar embarazada y junto a ella había una parturienta que le preguntaba qué nombre ponerle a su bebé. Yo la miré y le respondí: ¿Qué importa el nombre, si después uno se lo cambia? Yo antes era Carolina y ahora soy Silvia”. Amor madre se puso blanca como el papel. “Ay, estos chicos, ¡cuánta fantasía!”, exclamó.

Después de eso fueron a México y luego a Cuba. Cuando llegaron a Las Habana, a Amorcito le faltaban cuatro meses para cumplir los seis años y estaban terminando las clases, pero arrancó primer grado porque hacía rato sabía leer. Había ido al “párvulo” en España donde temía a sus maestros porque, le contaba a su mamá, les pegaban a los chicos que se portaban mal. La maestra tenía un palote y a algunos les ponían orejas de burro y los paseaban por los grados cuando les costaba aprender. Amorcito era demasiado aplicada y nunca la llamaron “bruta” como lo hacían con algunos niños, pero le daba mucha rabia igual. Y más rabia le daba que su mamá, profesora en Ciencias de la Educación, al principio no le creyera. “Carolina, no puede ser”, le decía cada vez que ella le contaba. Finalmente un día le creyó, entonces habló con otras mamás de la Organización y juntaron a los chicos en una casa. Así se armó algo parecido a una guardería en España, como luego también habría en México y Nicaragua. A diferencia de la guardería cubana, que funcionó exclusivamente para los hijos de quienes se anotaron en la Contraofensiva, estas otras experiencias estaban abiertas a los chicos de los montoneros en general.

En México fue donde Amorcito aprendió a leer impulsada por la promesa que le hacían sus maestros. Si todos los alumnos terminaban la tarea podían ir a la “alberca”, uno de sus lugares favoritos, que en Cuba aprendería a llamar “piscina”. Si alguno no terminaba la tarea, nadie se iba a bañar y eso, como el palote español, también le pareció injusto.

Al llegar a Cuba sintió que todo era coherente. Que por fin sabía su nombre y que no debía mentir: “Coincidió lo que me decían en mi casa con lo que me decían en la escuela, adonde entré llamándome Amor Victoria Perdía y sabiendo –muy a mi pesar porque incluso lloré al enterarme allá– que mi papá se llamaba Roberto Cirilo”, dice hoy con una sonrisa.

Con esa sensación de libertad y felicidad iba Amorcito al encuentro de los primeros doce niños que habían llegado a la guardería. El auto comenzó a aminorar la velocidad, dobló en una esquina hacia la derecha y cinco metros adelante subió por un caminito. Ahí estaba el frente de ladrillos rojos y a Amorcito se le aceleró el corazón. Nunca más se sentiría sola, pensó. Tendría con quién jugar. No iría más de acá para allá. Eso también le habían dicho la última vez que armaron las pequeñas valijas para mudarse a la planta baja de 28 y Tercera, en Playa, a pocas cuadras de la Comandancia y de las casas de muchos otros compañeros exiliados o refugiados, como ellos.

Saltó del auto y corrió detrás de su mamá y su papá. Entró en la casa y no oyó nada. ¿Estarían en los cuartos? Salió Mirella y les dijo que no había nadie. Grande fue la desilusión de la niña. Habían llevado a todos los chicos a vacunar, una medida preventiva extremadamente necesaria porque los argentinos no tenían defensas para algunas enfermedades de la isla.

Cuando ya se aburría de esperar, oyó el ruido de un motor y vio a través de la ventana del frente un auto que estacionaba. Y entonces vio bajar a Pancho y Cristina, cada uno con un bebé a upa y a los demás pequeñitos saltando detrás.

La guardería

Los primeros días en la guardería sirvieron para acomodarse y aclimatarse. Camas, cuchetas y cunas se amontonaban según las edades en las tres habitaciones de los niños. En la entrada de cada una colocaron pizarras con fotos de los niños y sus papás y cada noche se las mostraban y les hablaban de ellos como si los conocieran. También había pegadas notitas

o pequeñas esquelas que les mostraban o les leían. Unos pequeños percheros ayudaban a mantener el orden.

A través de las persianas americanas de madera de los cuartos, sin vidrios como en ese entonces la mayoría de las casas en la isla, se veía el patio lateral, un poco más chico que el trasero pero mucho más pintoresco. En medio del patio había un árbol de flamboyán, que en el trópico mantiene siempre verdes sus pequeñas hojas, y el de esta casa tenía flores con sus cuatro pétalos bien rojos y un quinto pétalo amarillo ve-teado justo en medio de los otros cuatro. Debajo, un arenero en el que al día siguiente de llegar los chicos se zambulleron para jugar. Al rato varios tenían una reacción alérgica en la piel. Alarmados, Pancho y Cristina acudieron, como lo harían a menudo, a sus amigos cubanos: a Mirella y Bella primero, y a Saúl y Jesús, de Tropas, quienes casi a diario los visitaban. Enseguida advirtieron lo que había ocurrido, el arenero tenía arena de construcción, que es más dura y raspa al tacto. Saúl, joven, alto, apuesto y decidido, se acomodó los anteojos y les dijo que dejaran todo en sus manos y que los chicos no jugaran en el arenero hasta que él volviera. Alguna rápida gestión hizo porque en pocos días mientras unos compañeros cubanos sacaban paladas de arena de debajo del flamboyán, un camión llegaba trayéndoles arena de la playa.

El incidente debe haber quedado registrado en las notitas informativas que cada viernes Saúl Novoa escribía en un pequeño papelito. Era un informe sobre los chicos en la guardería en el que decía cómo estaban, lo que necesitaban, las enfermedades que aparecían. Lo doblaba como si fuera un abanico y lo enviaba al comandante Fidel Castro. Así fue desde el primer viernes en que estuvieron los chicos, hasta el último, más de tres años después.

Durante el día solían ir y venir tanto dirigentes montone-ros como cubanos que estaban autorizados y que conocían

la ubicación de la casa. Los visitaba periódicamente el médico Martín Valdés y a veces lo acompañaba una psicóloga del hospital. Esa mujer fue la que un día les dijo: “Que cada niño tenga sus cositas, una cajita donde conserven recuerdos propios que se lleven al irse de aquí, para que no sientan un vacío cuando se vayan de este lugar, para que tengan también algo de qué aferrarse y sentirse en compañía. Cuando se vayan pónganles ahí una pelotica, un recuerdito, lo que hayan querido acá”.

Para esa época aún no habían organizado la escolaridad de los pequeños por lo que de día Pancho y Cristina, y quienes por allí pasaran, jugaban a la pelota, se disfrazaban, entretenían a los niños como si se tratara de una familia de vacaciones en ese lugar o como si fuera un jardín de infantes en el que habían armado rincones para jugar, como el rincón de la casita, el del papá y la mamá o la cocina.

A Pancho le tocaba el fútbol. Lo mismo que a Roberto Perdía cada vez que iba de visita. Durante ese rato se olvidaban de todo lo que ocurría afuera y en Argentina. Al que le encantaba patear “el balón” –como le decía– era a Marcelito Ruiz Dameri, que corría decidido.

Además, para los chicos no había jerarquías, por lo que bien podían tirarse encima de Perdía y volverlo loco en cada visita.

Esos primeros tiempos tampoco salían, excepto por cuestiones de salud. Y tenían incluso prohibido jugar o hablar con los vecinos, aunque en la casa de al lado, pegada a la guardería, vivían varias familias de integrantes de la inteligencia cubana y eran personas que sin tener información sobre ellos, los protegían. En la residencia de enfrente vivía un piloto de Fidel Castro mientras que el comandante tenía –y tiene todavía– su residencia a no más de un kilómetro de allí, en un área casi despoblada y con extremas medidas de seguridad y restricciones de circulación.



Guardería en
La Habana en 1979.
Eva Rubio come torta
en el festejo de su
cumpleaños número
cuatro. Lo celebró con
su mejor amiguito,
Ernesto Dragoevich.
Son las fotos que les
enviaban a los papás
“al territorio”.
Así también les
mandaron las fotos
de cada niño
con Firmenich.

Por eso también se había elegido esa casa, por comodidad, por seguridad y porque muy cerca había una central de Tropas Especiales desde donde a diario les alcanzaban víveres e incluso muchas cosas ya preparadas en la misma cocina donde cocinaban los alimentos para los integrantes de esa fuerza. Mirella y Bella completaban lo que faltaba y Amor Perdía intentaba darle un toque argentino. Cuando había, aplastaba la carne para hacer algo parecido a milanesas y a veces bromeaba: “Acá nunca se puede hacer un puchero porque nunca tenés todo lo que necesitás al mismo tiempo”.

Con latas de leche condensada las cubanas hacían dulce de leche, pero si alguien viajaba traía el original. “Esto es

nostalgia”, decía el cubano Cruz cada vez que ponía una cucharada en su paladar y recordaba los tiempos en que estuvo en la embajada de Cuba en Buenos Aires y cuando pusieron en marcha la agencia de noticias Prensa Latina. Diabético, Saúl, en cambio, debía contenerse. Una vez se tentó con una cucharadita del dulce tradicional argentino y se tiró en una mecedora a saborearlo. Una de las niñas, aprovechando el momento de relax, le pidió jugar a la peluquería y comenzó a pasarle el peine por su cabello castaño claro mientras el cubano tiraba la cabeza para atrás, cerrando los ojos, y retenía el dulce todo el tiempo que podía en su lengua.

“La guardería era como un bálsamo en medio de todo lo que estaba pasando. Había un cariño tan grande, comidas tan ricas, era como que ibas a la guardería y encontrabas una familia, era como un hogar y mientras estabas ahí te desprendías del drama. Ahí eran felices”, recuerda María Elena Duarte, que trabajaba en la oficina de la calle Primera y en esa época todavía estaba casada con Juan Martín Guevara, uno de los hermanos del Che y preso político en Argentina entre 1975 y 1983.

Las primeras semanas los organizadores intentaron sistematizar los horarios, comidas y actividades de tal manera que la guardería se convirtiera en una suerte de rincón argentino. Fue un error. El primero. Insistieron en mantener las cuatro comidas en los horarios que hubieran tenido lugar en la Argentina. La primera cena fue a las ocho contra el consejo de Mirella que les decía que el calor haría fermentar los alimentos en la pancita de los niños. Amanecieron todos los chicos con diarrea, a la que se sumó la varicela con la que llegó Leticia y que pronto pasó como efecto dominó a casi todos los demás niños. El segundo día la cena fue a las seis y día tras día los chicos fueron adaptando sus aparatos digestivos a la comida cubana que básicamente era a base de

pollo y puerco, más arroz blanco y frijoles y alguna verdura según la estación.

El aprendizaje fue abrupto. Sobre todo en lo concerniente a las cuestiones de salud que se multiplicaban por una docena y los obligaron a tomar recaudos en forma urgente. Y lo más difícil era la noche, especialmente mientras Pancho y Cristina estuvieron solos. Si había una emergencia médica, debían llamar a algún compañero para que los fuera a relevar mientras ellos corrían al hospital, principalmente a los de pediatría, el Centro Habana o el William Soler.

La experiencia de Cristina en el Hospital Posadas la ayudó en esta organización y como con tantos niños casi siempre había alguno enfermito (o más bien varios al mismo tiempo), ella llegaba a las habitaciones con una bandeja en la que acomodaba los remedios y jugaba a ser una enfermera que pasaba de cama en cama a atender a los “pacientes”.

Al principio las noches no fueron fáciles. Pocas veces conciliaban todos el sueño. Las bebas requerían atención si se hacían pis, si tenían hambre o lloraban. Y también hubo situaciones complicadas entre los más grandecitos. Alguno tenía miedo y pedía dormir con luz. Las cubanas, no para mimar a los niños sino para fortalecerlos en sus costumbres, opinaban: “Un hijo de la revolución puede dormir en cualquier lado, incluso con luz, déjenlas prendidas”. Amor Perdía en cambio intentaba hacerlo al modo propio y apagaba todas las luces temprano para que los chicos conciliaran pronto el sueño y los adultos pudieran empezar a descansar antes de que los volvieran a interrumpir. Después se iba, con Adolfo al volante porque ella era de las mujeres que no manejaban, “criada a polleras”, decía y recordaba que a diferencia de las otras compañeras montoneras –casi diez años menores todas ellas– su papá no la había dejado andar en bicicleta de pequeña porque eso, para él y en aquellos tiempos, no era

“cosa que debieran hacer las niñas”. “Por eso tus pasos son más largos y los míos más cortos”, le decía a su hija cuando Amorcito se le adelantaba. “Vos sos criada a pantalones”, agregaba.

La ropa era un tema. Pocas cosas tenían los grandes y pocas cosas tenían los chicos. A veces incluso compartían las prendas, excepto algo que tuvieran reservado especialmente para fiestas de cumpleaños, algún vestido por ejemplo que las mamás hubieran dejado para sus niñas y por el que tenían algún afecto especial. Eva Rubio, una pequeña que llegaría un tiempo después desde México, me habló de su mejor amigo, que no sabía si se trataba o no de Ernesto Dragoevich. Le envié vía e-mail una foto colectiva. La vio y me respondió: “¡Es Ernesto! ¡Lo recuerdo usando siempre esa remera azul!”.

Los adultos, en cambio, supuestamente debían usar el uniforme montonero. Las mujeres se negaron y se pusieron firmes frente a los comandantes en la oficina de calle Primera. No lo usarían en la guardería, dijo alguna. Otra simplemente se rió de la cuestión, que era imposible de llevar a la práctica con tremendo calor y tantas tareas a cargo con los niños.

Durante los primeros dos meses, a la hora de caer el sol cuando Bella, Mirella, Amor y todos los demás se iban a sus casas, Pancho y Cristina tuvieron que aprender a calmar los miedos de los doce niños a su cargo. Algunos temores eran los habituales por la edad y otros seguramente surgían por la ausencia de los papás y las mamás. Los despertaban pesadillas y sufrían problemas de alergia, trastornos respiratorios y hasta alguna enfermedad provocada por el cambio de comidas o por la picadura de insectos nuevos para los que los chicos no tenían anticuerpos por no ser del lugar. Hubo incluso entre los niños de la guardería de Siboney un caso de algo parecido al autismo que con ayuda de los grandes y los chicos se pudo superar. Pancho y Cristina siempre les



Cristina Pfluger junto a sus hijos Leticia y Ernesto en el frente de la guardería de Siboney en 1979. Fueron los primeros en llegar, junto a diez niños más.

decían la verdad, en pocas palabras y sin muchos detalles, sobre dónde estaban sus padres y las razones de los adultos para estar lejos.

Por ser de las más grandes, Amorcito es de las que más recuerdos tiene de la guardería. A veces se quedaba a dormir, si su mamá y su papá tenían que viajar. “Cuando se iban sabíamos que podían no volver. Eso pasaba cotidianamente. Cada vez que uno se despedía de los padres sabíamos eso como sabíamos que si los abuelos iban a buscar a algún chico era porque sus papás no volverían. Algunos incluso contaban que su papá había desaparecido o que lo habían matado”. Lo dice y ella, que no perdió a los suyos, llora y agrega: “Vivíamos con la idea de que había una revolución que se estaba haciendo en

Argentina y esa era la razón por la cual no estábamos allá. Y sabíamos que una revolución es como la guerra, se gana, se pierde, se vive y se puede morir también”.

¡Feliz cumpleaños!

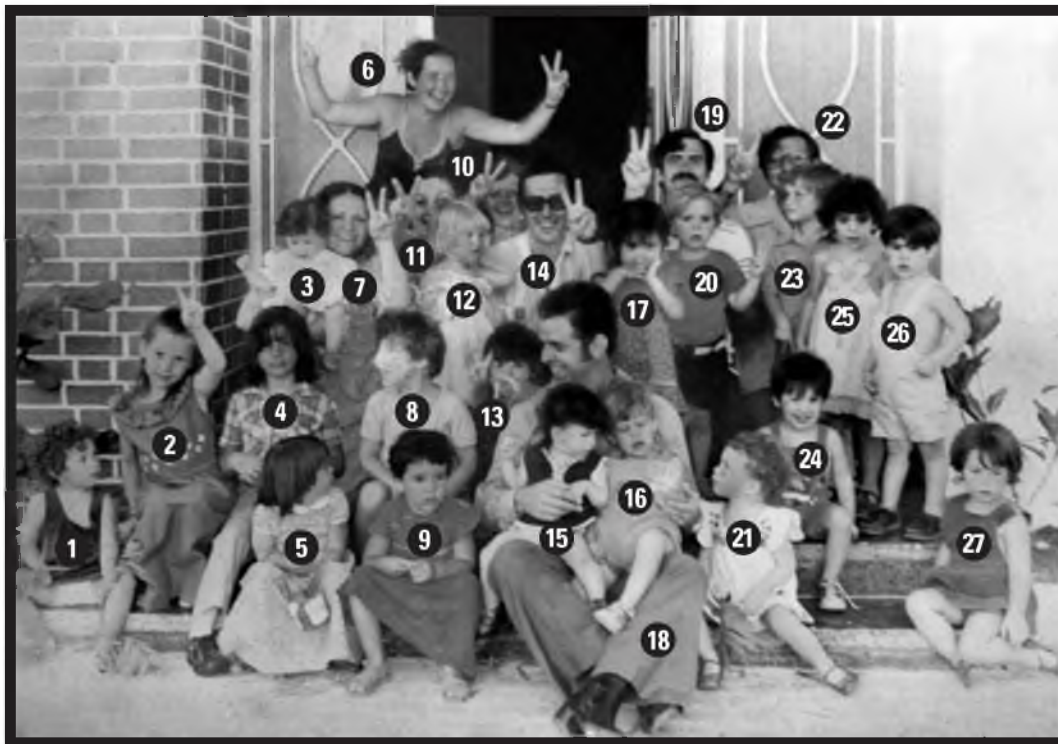
Una vez al mes festejarían los cumpleaños de los chicos. Así como también festejarían las fechas patrias y el Día del Montonero. Así sería en la oficina de Primera y así se replicaría en la guardería. Los ritos comenzaron desde que el primer grupo llegó a Siboney y con el primer festejo se estableció como norma que todos debían asistir a tales eventos. Todos los que estuvieran en la isla en ese momento, claro.

En abril de 1979, poco antes de que llegara desde México Edgardo Binstock con el segundo grupo de chicos, hubo fiesta de cumpleaños en la guardería. Todavía las normas de seguridad eran estrictas y los niños no estaban escolarizados, por lo tanto los únicos que allí estuvieron fueron los que vivían en la guardería, los hijos de los comandantes y de quienes trabajaban en la oficina. Como todo evento, fue registrado por quien se desempeñaba como fotógrafo oficial del grupo, Juan Daniel Zverko. Se ocupaba, entre otras cosas, de fotografías para documentación y tarea de prensa de la Organización junto con “Vilma”, su compañera, en una oficina ubicada en un departamento de un edificio de tres plantas en Primera y 16, a metros de la Playita 16. En ese mismo edificio había también departamentos que el gobierno cubano había puesto a disposición de montoneros exiliados o de paso.

De esa primera fiesta quedó el registro de Zverko en una foto que por años fue la única que se conoció de la guardería. Están los niños y están los “tíos” como llamaban a todos los dirigentes sin importar su rango.

La figura central en la foto es Firmenich, que además, como si fuera el jefe de familia, sostiene a dos de los niños más pequeños, Victoria Ruiz Dameri sobre su pierna derecha –aunque nadie recuerda con exactitud, probablemente era una de las homenajeadas ya que en marzo acababa de cumplir su primer año de vida– y Gabriel, sobre la izquierda. Los tres hijos de Olmedo están separados en la foto, mientras su papá se aprestaba para volver a la Argentina. También los tres hijos de Silvia Tolchinsky y del “Chufu” Villarreal, que como todos los chicos se trataban de “primos”, al igual que la hija de Perdía, sentada con un lindo vestido –a todos les ponían su mejor ropa los días de fiesta– y sonriendo en la foto con los dedos en V. También ella acababa de cumplir seis años. Están las pequeñas hijas de Cecilia Calcagno y Emilio Pérsico, una de ellas es la beba que aprieta bien fuerte Cristina con su mano derecha mientras alza los dedos de la izquierda en señal de victoria. La niña tenía puesto ese día un primoroso vestido con un lazo en el pecho que le había cosido su abuela materna, el mismo que se pondría un mes después, para festejar su primer cumpleaños.

No está Leticia, la hija mayor de Pancho y Cristina, quien se perdió la fiesta porque se encontraba internada con neumonía, aunque sí su hermanito Ernesto que no recuerda nada de esos días ni de ese lugar. De hecho, apenas terminaron la toma fotográfica, Cristina se fue al hospital a quedarse con su niña. De pie a la derecha de la imagen está Marcelo Ruiz Dameri junto a María Olmedo. La niña más rubia es Susana Vaca Narvaja a quien llamaban allí “Susu” o “Susa” y el niño que se mete la mano en la boca es su hermano mayor, Gustavo Sabino. Está el “Luche”, uno de los niños más recordados de la guardería de Siboney y de la segunda guardería que se armó posteriormente. Paradita detrás de Firmenich y con las dos manitos en su boca está la hija mayor de Zverko



En abril de 1979 se celebró la primera fiesta de cumpleaños en la guardería. Eran festejos colectivos a los que debían asistir todos los dirigentes y militantes que estaban en Cuba.

- 1-Carolina Calcagno
- 2-Amorcito Perdía
- 3-Claudia Calcagno
- 4-Julieta Villarreal
- 5-María Inés Firmenich
- 6-"Vilma" Carmen Courtaux
- 7-Cristina Pfluger
- 8- Carlos Olmedo
- 9-Laurita
- 10-Mery Fleming
- 11-Amor Perdía
- 12-Susana Vaca Narvaja
- 13-Gustavo Sabino Vaca Narvaja
- 14-Héctor "Pancho" Dragoevich
- 15-María de las Victorias Ruiz Dameri
- 16-Gabriel
- 17-Victoria Zverko
- 18-Mario Eduardo Firmenich
- 19-Fernando Vaca Narvaja
- 20-Ernesto Dragoevich
- 21-Malena Olmedo
- 22-Saúl Novoa
- 23-Juan Villarreal
- 24-"Lucho" Allocati
- 25-María Olmedo
- 26-Marcelo Ruiz Dameri
- 27-Laura Villarreal

y “Vilma” (la segunda nació más adelante allí en Cuba). “Vilma” es la única que está de pie, con las dos manos alzadas y una sonrisa gigante.

El resto de los adultos, sentados todos en el último escalón de la entrada de la guardería, son Cristina Pfluger, Amor Perdía, “Mery” Fleming de Vaca Narvaja, Pancho Dragoevich, Fernando Vaca Narvaja, y el cubano Saúl Novoa en el ángulo superior derecho. No podía no estar en esa foto él que compartía casi todos los días y casi todos los eventos con los habitantes de la guardería. De ascendencia asturiana, fue criado en el catolicismo y mantuvo su fe incluso después de la revolución. Además de apoyar política y logísticamente a los adultos, jugaba con los chicos y no dejaba pasar un día sin irse hasta Siboney para ver cómo andaban “los gauchitos” como solía llamarlos. También participaba de las fiestas patrias y de cada cumpleaños.

Sentada a la derecha de su padre y mirando hacia atrás se encuentra en la foto María Inés Firmenich, que pasó muchos días en la guardería y que para la mayoría de los niños fue como una hermana. A veces se quedaba a dormir o permanecía todo el día junto a Amor y Amorcito, porque además compartía con ellas y con su papá la casa en calle 28 en la que también vivían los Yäger y los Vaca Narvaja.

La foto fue sacada poco después de que “Vilma” y Daniel regresaran a Cuba. Habían ingresado en la Argentina al mismo tiempo que Horacio Mendizábal para llevar a los hijos del jefe montonero y de su compañera Sara Zermoglio. El viaje, con algunos cambios, es narrado en las primeras escenas de la película *Infancia clandestina* cuyo director, Benjamín Ávila, vivió en Cuba junto a su hermanito hasta poco antes de que arrancara la guardería. Fueron, según se sabe, los únicos niños que ingresaron con sus padres en 1979, cuando Mendizábal dirigiría la Contraofensiva.

La foto a muchos les trae buenos recuerdos. Otros preferirían que no fuera publicada. Hubo, por ejemplo, quien luego de dar una extensa entrevista para este libro, un testimonio importante entre los chicos de la guardería, pidió que su historia no fuera contada si la foto de Firmenich rodeado de todos los niños aparecía en la tapa del libro. Sobre sus razones –políticas o personales– podría haber muchas interpretaciones, pero lo que importa aquí es su negativa.

Las mismas contradicciones que genera en algunos esta foto provoca en otros la foto que el mismo Zverko tomó a cada niño en las faldas de Firmenich. Eva Rubio me preguntó desde España si podía confirmarle una imagen que tenía en su memoria: “Estaba a upa de Firmenich y me sacaron una foto que enviarían a mis papás, ¿les sacaron a todos?”, me preguntó en su caso con curiosidad sobre tal evento. Le dije que sí y que de hecho había visto la de un niño frente a un dibujo del 9 de Julio –a modo de lámina escolar– pero que hoy adulto no estaba dispuesto a que se publicara. Eva le preguntó entonces a su mamá por la foto, quien le confirmó que efectivamente cuando estuvieron en Argentina y ella se encontraba en la guardería en Cuba, durante la Contraofensiva, recibieron en forma clandestina la foto de la niña y otra de su hermana cada una a upa del jefe montonero. “Las queremos por seguridad”, le explicó la mamá.

Vía México

Eva Rubio integró el segundo grupo de chicos que llegó a Cuba, desde México. Edgardo Binstock y Mónica Pinus –como antes Pancho y Cristina– llevaron a la isla a sus hijos Anita y Miguel y a otro grupo similar al de España. Dos o tres meses después de que Yäger les hiciera la propuesta, volaron

en un avión de Cubana de Aviación. Llevaron con ellos a Evita y Gaby Rubio; Selvita, una pequeña rubia cuyos papás en ese momento estaban desaparecidos y había sido dejada por otros compañeros que la cuidaban; los hermanitos Facundo y María Eva Maggio, cuyo papá, Horacio Domingo, había huido de la ESMA pero lo habían vuelto a secuestrar mientras que su mamá, Norma Valentinuzzi, se había ido al exterior para retornar a la Contraofensiva. Maggio había sido el primero en escaparse de la ESMA, le decían “El Nariz” y había sido delegado general bancario. El 15 de febrero de 1977 lo habían marcado en la calle y un grupo en el que estaba Alfredo Astiz lo secuestró en Flores y lo llevó al centro clandestino en el barrio de Núñez. El 17 de marzo de 1978 un oficial le asignó un guardia para que lo acompañara a enviar unos sobres por correo. Como a muchos otros, lo mantenían cautivo al servicio de la Armada. Maggio engañó al guardia que lo acompañaba y pudo escapar y denunciar lo que ocurría dentro de la Escuela de Mecánica de la Armada. Estuvo con vida sólo unos meses más. El 4 de octubre fue acibillado por el Ejército, luego de haber participado en un atentado en abril de ese año contra el subsecretario de Coordinación del Ministerio de Economía, Miguel Padilla, hombre de confianza de Alfredo Martínez de Hoz. A los tiros primero resistió “El Nariz” y terminó defendiéndose a cascotazos. Una sobreviviente de la Escuela de Mecánica, Susana Ramus, reveló que el cadáver de Maggio fue exhibido en la ESMA y que los allí detenidos desaparecidos fueron obligados a pasar frente a su cuerpo para entender que no debían intentar una huida.

La novena niña que llevaron Mónica y Edgardo se llamaba Marina y no he podido obtener datos sobre ella.

Del avión, en La Habana, bajaron escoltados y los trámites se realizaron de la misma manera que con el grupo anterior.



Eva Rubio en la guardería en México antes de que la llevaran a Cuba junto a un contingente de niños.

Una vez más dos autos llenos de niños subieron el caminito hasta el pie de los tres escalones de la casa con frente de ladrillos rojos. Una vez más bajaron los adultos con los bebés y el resto de los niños detrás. Una vez más llevaban poco equipaje y algunas cartas y fotos para guardar.

La puerta, como siempre, estaba cerrada y adentro los adultos estarían ocupados porque tuvieron que golpear y esperar.

Les abrieron Pancho y Cristina, que ese día llevaba su pelo rubio trenzado sobre la cabeza y parecía una niña. Los cuatro se miraron sorprendidos.

“¡Son ustedes!”, exclamaron unos sobre los otros. A Pancho se le pasó por la cabeza aquel día en que salió a pintar los paredones de la Zona Oeste para exigir la libertad de Mónica en el año 1975, cuando ella militaba en Hurlingham y había recibido dos balazos antes de su arresto. Después fue

liberada pero dejaron de verse: no eran amigos en aquella época y solo se cruzaban en actos y otras actividades. Tuvieron que abandonar las concentraciones masivas y además Edgardo y Mónica se habían ido de la Zona Oeste y ya no se habían vuelto a ver hasta ese día de abril en la guardería de Siboney.

“Nosotros queremos vivir”

Mónica y Edgardo habían ido juntos el 1° de Mayo de 1974 a la Plaza de Mayo y juntos e indignados como sus compañeros se habían retirado cuando Juan Domingo Perón –ya presidente– los trató de “imberbes” y los comparó con los “dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya tronado el escarmiento”. La mitad de la plaza quedó vacía ese día.

Con la muerte de Perón, ocurrida dos meses después, y el accionar de la Triple A, se complicó la situación de la pareja. En marzo de 1975 Mónica recibió dos balazos en la pierna y estuvo una semana secuestrada en el hospital de Haedo. Tuvo suerte, la vio su padre y luego de que él también fuera amenazado, la Brigada de San Justo legalizó su detención. Intervino una abogada amiga que negoció con el jefe policial y logró su liberación.

En plena escalada de violencia, Mónica quedó embarazada. Anita había sido buscada y deseada. Como Miguel, que llegaría dos años después. La niña nació el mismo día en que murió su abuela materna, el 15 de mayo de 1976, en el Sanatorio Anchorena, a metros de la Recoleta, en Capital.

Mónica era por entonces “Lucía”, tenía 23 años, estudiaba sociología y militaba en la Juventud Peronista en el oeste

del Conurbano bonaerense. Estaba dispuesta a resistir y no acatar la “recomendación” a la “población” que oyó y leyó el 24 de marzo de 1976 a través de los medios de comunicación. “Extremar el cuidado y evitar acciones o actitudes individuales o de grupo que puedan generar la intervención drástica de las fuerzas de operaciones”. No sería algo que acatará ella.

El pediatra, que sabía de la militancia política de la reciente mamá, la miró fijo y le preguntó en tono de reproche:

—¿Para qué tuviste una hija?

Ella no dudó. Con Edy solían contestar que en el 55 fueron hombres los que hicieron la resistencia peronista. En los 70 había mujeres, había parejas. E hijos. Eran familias involucradas en la política. Incluso en las acciones armadas. Y Mónica era una de ellos, con su marido. Entonces le contestó al pediatra en primera persona del plural:

—Porque nosotros queremos vivir. —Y agregó—: ¿Por qué no?

Le expuso al doctor lo mismo que explicaban otras parejas como ellos, que siguen explicando tres décadas después, que los hijos estaban incluidos en esa militancia porque uno, nosotros, los dos “peleamos por un mundo mejor para todos, para ellos, para muchos”.

La segunda vez que fue mamá también buscó quedar embarazada incluso en medio de la mayor represión. Antes de nacer, el niño tenía su nombre elegido: llevaría el del primo de Susana, “El Chufo” Miguel Francisco Villarreal. De hecho, luego de haberse desenganchado un tiempo de la Organización, Mónica y Edgardo volvieron activamente impulsados por el ejemplo de “El Chufo”. Retomaron las actividades y ahí fue cuando se instalaron en una casa en las afueras de La Plata, en el barrio Los Hornos.

Miguel nació en noviembre de 1978. “El Chufo” había sido secuestrado el 9 de julio y trasladado a la ESMA. Sus tres hijos, Julieta, Juan Manuel y Laura, que por entonces



Miguel y Ana Binstock en la guardería de 1979. Su papá, Edgardo Binstock, era el responsable político de la guardería en Siboney. Su mamá, Mónica Pinus –que luego desaparecería en Brasil–, compartía allí el cuidado del grupo de niños.

tenían siete, cuatro y dos años, fueron a Cuba con su madre, Silvia Tolchinsky, secretaria de “Pepe” Firmenich en la oficina de la calle Primera y coordinadora de la guardería a la que su primo político Edgardo Binstock iba como responsable.

Así que cuando llegaron a La Habana, además de conocer a Pancho y a Cristina, Edgardo y Mónica tenían a su prima y a los hijos de su prima muy cerca. Su llegada alivió las tareas de la guardería aunque se duplicó el número de chicos, número que aumentaba cada vez que los dirigentes montoneros –incluso los comandantes– tenían una misión en Argentina o en otro país y dejaban a sus niños. Formalmente eran veintiuno y cuando el grupo se ampliaba podían llegar a ser una treintena, por lo menos.

Por ejemplo, no solo se quedaba en la guardería Ma-

ría Inés Firmenich, cuya madre seguía en el penal de Devoto y su hermanito en un orfanato en Córdoba, también los hermanos Gustavo y Susana Vaca Narvaja iban allí cuando se ausentaban sus papás. “Era terrible estar ahí sin ellos –admite Gustavo Sabino, el mayor de los hijos del ‘Vasco’ que solía encerrarse en el baño a gritar, llorar y patalear–. Pero descargué todo allá, no tengo deudas”, asegura y se esmera en ayudar a sumar voces para este libro. Su mamá, “Mery”, también confiesa que no era fácil para ella: “Cuandos los dejaba y entraba en la Argentina veía un chico en guardapolvo blanco y me largaba a llorar”, cuenta la misma mujer que en cambio, sin derramar lágrimas, vivió muchas situaciones de peligro como las que enfrentó su marido, varias veces al borde de la muerte.

“Pioneros” y montoneros

Después de un par de meses de jugar en el arenero debajo del flamboyán, en las hamacas del patio de atrás y en los rincones que simulaban un gran jardín de infantes, los chicos y los adultos cambiaron su rutina. Tropas Especiales había organizado la inscripción de los pequeños en los círculos infantiles, guarderías estatales para bebés y niños (hijos de madres trabajadoras) que no tienen aún edad para asistir al preescolar y en las escuelas.

Los más pequeñitos fueron a Caperucita Roja: María de las Victorias Ruiz Dameri, Miguel Binstock y Claudita Calcagno Pérsico. A Casita de Caramelo fueron Gabriel, Leticia y Ernesto Dragoevich, “Luche” Allocati, Selvita, Susana y Gustavo Vaca Narvaja. También María y Malena Olmedo, Eva y Gabriela Rubio, Laurita, Marcelo Ruiz Dameri y Anita Binstock. Los más grandes irían a la escuela

con el uniforme de short o pollera color bordó, tiradores, camisa, boina y siempre el pañuelo azul o rojo al cuello que según el color indicaba la edad escolar. Ninguno pasaba de primero o segundo grado en esa época. Los que arrancaban en la escuela primaria se sumaban, como todos los niños cubanos, a la Unión de Pioneros José Martí y su uniforme así lo indicaba.

A partir de entonces los días arrancaban bien temprano, con Cristina en camisión largo entrando en los cuartos y dando la medicina a los niños que lo requirieran. Junto a Mónica, los despertaban y los preparaban mientras Pancho y Edgardo se vestían y tomaban una tacita de café antes de llevarlos a la escuela. Tenían que alistarse para varios viajes, porque mientras no hubo otro vehículo hacían por lo menos dos de ida y lo mismo de regreso en el auto de Adolfo y en un Lada rojo que tenían en la casa. Lo que abundaba en Cuba eran autos rusos, y también autos argentinos en el marco del plan ideado por José Ber Gelbard, con aval de Perón, que al asumir como ministro de Hacienda y Finanzas de Cámpora reanudó las relaciones comerciales con Cuba.

A las ocho los chicos tenían que entrar en la escuela primaria y allí permanecían hasta las cuatro y veinte. Al ingresar, los chicos grandes se formaban en fila para escuchar la lectura de una noticia del diario. Entre los alumnos tenían un jefe de destacamento que era el responsable nombrado por el curso y entre todos ellos se elegía al jefe de escuela. Además había comisiones como la de prensa y otras en las que los chicos dividían tareas. El jefe de escuela solía decir algo, una reflexión acerca de la Revolución por ejemplo, una noticia, un evento, una poesía. Lo elegían o se turnaban. En ese “matutino” rotaban su participación los chicos y los cursos. Amorcito Perdía una vez tuvo que cantar y eligió el Himno Nacional Argentino, según anunció. Estaba en segundo

grado y ya era época de la segunda guardería. Lo que cantó enfrente de toda la escuela, convencida de que era la canción patria de la Argentina, fue la Marcha Peronista y no el himno de Vicente López y Planes. No era sin embargo la única del grupo que estaba convencida de lo mismo. La mayoría se sabía de memoria la marcha de Hugo del Carril con frases agregadas por los montoneros.

Los más chiquitos cumplían el mismo horario en los círculos pero con menos obligaciones. Jugaban, comían, y además dormían la siesta.

Los adultos sintieron un alivio en la casa de la calle Novena y 222. Hasta que se iban era un trajín, al punto que Cristina y Mónica tardaban en sacarse el camisón. Despeinada y en ropa de dormir oyó Cristina una mañana, un ratito antes de las ocho, que golpeaban la puerta. Creyó que su marido o Edgardo habían olvidado algo y abrió. El que estaba del otro lado era Firmenich y ella cerró fuerte de un portazo sin dar explicaciones hasta que se calmó y a través de la ventana le pidió que esperara a que se fuera a vestir. No era raro que él se apareciera por ahí, solo que nunca lo hacía tan temprano.

Cuando regresaban los hombres hacían los cuatro juntos la fajina y limpiaban toda la casa. Casi siempre después del mediodía se sentaban a la mesa para hablar de política y para estudiar y discutir de estrategia con el “Manual Roqué”, el legado de “Iván”, el dirigente que cayó en el enfrentamiento que duró toda la noche en aquella casa de Haedo donde antes habían vivido los Perdía. A esas reuniones que eran periódicas y metódicas y que como responsable político dirigía Binstock, se les sumó después María Elena Duarte de Guevara, cuñada del Che, que ayudaba en la oficina y que incluso fue una de las que quedó a cargo de la casa de Primera cuando Montoneros dejó la isla a mediados de la década de los 80. Era una actividad más, formal y obligatoria, que los

encontraba a todos alrededor de la mesa, manual en mano, leyendo y discutiendo acalorada y sistemáticamente.

El Manual Roqué era rojo y chiquito y explicaba cada tema según la visión propia y la “del enemigo”. Muchos tuvieron que quemar el suyo al ingresar en territorio argentino por seguridad, como quemaban tantos otros papeles y fotos. Claro que fotos estaba prohibido llevarse de Cuba, aunque había quien violaba la regla. Y se hacían envíos de cartas y fotografías con remitentes falsos y a direcciones que usaban como buzón. Después todo se destruía. En el caso de Cuba había dos normas: no se tomaban fotos con adultos, excepto las que quedaban en la isla y a resguardo, y las de los niños no debían tener referencia de lugar, eran casi siempre planos cortos que podrían haber sido tomadas en cualquier sitio. No debían dejarse indicios por si caían en manos “enemigas”.

A las cuatro y veinte había que estar otra vez en la puerta de las escuelas y círculos infantiles para recoger a los niños. Volvían a Siboney para la última rutina del día que en esa casa, con solo un baño, exigía otro rato largo de paciencia y esfuerzo. En fila iban pasando los niños uno detrás de otro a la ducha y luego sí se sentaban a cenar. A la hora de dormir se leían cuentos que les habían dejado sus respectivos papás, se les cantaban las canciones que ellos habían especificado por escrito que eran sus preferidas o se les mostraban fotos o cartas que les recordaran que pronto vendrían por ellos.

En esos primeros tiempos no había contacto con otros chicos, pero luego se socializarían de otra manera y participarían incluso de fiestas de cumpleaños de compañeros de colegio, aunque en tal caso previa discusión sobre quién llevaba y traía a los pequeños. Si se complicaba, lo que con tantos niños podía ocurrir, no había fiesta para los argentinos.

En algunas anécdotas coinciden varios de los protagonistas de la guardería. Muchos recuerdan a Marcelito Ruiz

Dameri, de regreso de su círculo, saltando los escalones casi sin pisarlos para escabullirse por el pasillo de piso de granito hasta el fondo. Buscaba a su hermanita María de las Victorias. Recién cuando la veía en la cuna o jugando en algún rincón se quedaba tranquilo. Muchas veces se paraba a su lado a mirarla o a cuidarla. Cruzaba los brazos y se ponía serio cuando oía algún reto para la niña. Y apretaba los dientes y miraba con el ceño fruncido al adulto que estaba reprendiendo a su hermana: “¡Malo, malo!”, le gritaba e interponía su cuerpecito entre el “tío” y la pequeña. Después se le pasaba y se iba a jugar a la pelota en el patio de atrás, a veces con Edgardo, a veces con Pancho, a veces con Perdía que no tenía hijo varón.

Una de esas tardes de juegos o quizás a la hora de la comida, a alguien se le ocurrió que además de hervir los cubiertos y las mamaderas, había que asignar a cada chico sus propios utensilios. ¿Pero cómo hacer con tantos que además no sabían aún leer ni escribir?

Entonces armaron una lista y a cada niño se le asignó un dibujito para vasos, percheros y sillas. Con témperas de colores pintaron un animalito en cada silla para cada niño. Se veían realmente coloridos y brillantes y les gustaban a los chicos. Aquel día en que pintaron hacía calor –como casi siempre o más– y todos traspiraban mucho. Los varones se habían sacado la remera cuando se sentaron a comer y se apuraron a tragar hasta el último bocado para salir rápido a jugar otra vez. Cuando se pusieron de pie, sobre las ropas de las niñas y la piel de los varones, cada cual llevaba grabada su nueva insignia. Hubo juegos con manguera y agua para quitar los restos de pintura mientras alguien proponía que volvieran a hacer los dibujos aunque más aburridos: sólo el contorno, con algún marcador negro y sin color. Y así se hizo y así quedó.

Como suele ocurrir entre julio y noviembre, hubo un ciclón. Y fue uno de los fuertes, de esos que se convierten en



Amor Perdía con el uniforme escolar de quinto grado y un cuaderno de la escuela forrado con el afiche de Montoneros. “Recuerdo perfectamente que me gustaba mucho esa imagen, me gustaba ver tanta gente junto a esa bandera... usé muchas veces ese afiche para mis cuadernos. Aunque otras veces utilizábamos las hojas del *Billiken* o *Anteojito*... era una forma de estar más cerca de la Argentina, un lugar que apenas conocíamos”, recuerda Amor.

comentario en todo el mundo. Tanto que hasta los montoneros, papás y mamás de los chicos, que estaban en Argentina en plenas operaciones de la Contraofensiva, supieron de él y temieron por sus hijos al oír las noticias. El mar avanzó en Playa y en la casa de los comandantes, en 28 y Tercera, las olas pegaban contra la pared y aunque no se veían grietas, el agua filtraba hacia el interior. Era difícil llegar desde la ciudad hacia Siboney y en la guardería estuvieron tres o cuatro días sin agua y sin luz. Los pañales fueron una montaña de putrefacción, no había manera de desinfectar los utensilios ni de lavar nada. No les faltó comida, eso no. La cercanía con un cuartel de Tropas facilitaba el abastecimiento de alimentos.

Hubo que agudizar el ingenio durante tres días para que la casa no fuera un caos y calmar los ánimos entre los adultos y divertir a los pequeños. Del otro lado, en Playa, sin poder cruzar para Siboney, empezaron los dirigentes a pensar si no sería mejor tener a los niños más cerca.

De todas maneras se suponía que pronto los volverían a buscar ya que las operaciones llegaban a su fin. Las cosas estaban a punto de cambiar en la casa de Siboney, a algunos les esperaban reencuentros y a otros solo malas noticias.

Desaparecidos

Era noviembre de 1979 cuando “Chicho” y Silvia aterrizaron juntos en La Habana. Iban a buscar a sus hijos. Silvia estaba muy sensibilizada. Los extrañó desde que los dejó y quienes compartieron el entrenamiento con ella en Medio Oriente la recuerdan acunando su fusil, con la mirada perdida y susurrando una canción como si sus niños la pudieran oír desde lejos. Estaban los dos ansiosos por ver a los chicos y eran de los que habían escuchado las noticias sobre el huracán. El reencuentro se hizo esperar. Marcelo y María de las Victorias estaban cada cual en su círculo infantil, él en Casita de Caramelo y ella en Carperucita Roja. Cuando volvieron los saludaron como extraños.

Pancho le pidió paciencia a “Chicho” que miraba de lejos cómo Marcelo jugaba al fútbol. Le dijo que durante ese poco más de medio año les habían hablado mucho de ellos, que les habían mostrado las fotos y que solo era cuestión de tiempo para que los niños volvieran a ganar confianza.

Tardaron, pero al final ocurrió. Y Silvia dijo después que nunca más volvería a separarse de los niños, nunca más.

Muchas decisiones se votaban. No aquel día en que después del reencuentro se sentaron a organizar el regreso de los

chicos con sus papás. Lo que hubo fue un sorteo. Alrededor de la mesa del comedor se sentaron Cristina, Pancho y Amor Perdía junto a “Chicho” y Silvia que ya sabían que debían volar a España de regreso con sus propios hijos y ayudar a llevar a los de los demás. Mezclaron tres papelitos con los tres nombres de los “locales”. Ganó el sorteo Cristina que se sumaría a los papás de Vicky y Marcelo y a Saúl Novoa, el cubano de Tropas Especiales que también se iba con ellos.

La despedida de la isla, para aflojar tensiones luego de una semana todos juntos, la organizó el otro cubano, Jesús Cruz, que llevó a los dos matrimonios a disfrutar del show de Tropicana. Fue la primera noche de distensión. Entre mojitos y menú abundante para turistas, sólo hablaron de vaguedades. Había temas que no debían tocarse y todos lo sabían, por lo que durante la cena fundamentalmente se contaron anécdotas de los niños.

Casi al final de la velada Cristina y Silvia se miraron sin nada que decir. Una estaba agradecida y la otra contenta de haber cumplido su misión. Cristina sentía que había dado lo mejor de sí, pero admitía que no hubiera sido capaz de hacer lo que había hecho Silvia. Las dos percibieron una corriente de afecto y tranquilidad e intuyeron que podrían ser grandes amigas, cuando todo eso terminara, cuando todos juntos estuvieran de vuelta en la Argentina.

En el vuelo de regreso no hubo problemas. El viaje era con escala en Praga, Checoslovaquia, donde cambiaron de avión y volaron hasta Madrid. Cristina acompañó a “Chicho” y a Silvia hasta un lugar donde ellos se quedaron solos con los niños. Cristina se despidió de ellos sin saber adónde se dirigían y al día siguiente tomó un vuelo de Swiss Air con destino final La Habana y escala otra vez en Suiza y Praga. Todavía recuerda haber visto desde el cielo los Alpes suizos y siente en el paladar el sabor de los chocolates que llevó de

regalo para los chicos y los grandes. Era una condición irrenunciable volver con algo rico para compartir. Y era, a veces, la única señal que delataba por dónde había estado quien llegaba a la isla. Los alfajores Havanna decían lo que no se podía decir: que habían ido a la Argentina. Sin explicar nada ni preguntar, siempre se cortaban por la mitad y se repartían entre todos.

A las niñas Rubio, Eva y Gabriela, las fueron a buscar sus papás, “El Preso” y Marina. La despedida fue triste, lloraban Mirella y Bella y lloraban las niñas. Las cubanas les tenían una sorpresa: dos muñecas pelirrojas que según recuerda Eva Victoria (a quien por seguridad durante años sus papás llamaron Vicky y le dijeron que su nombre era Virginia) las acompañaron de regreso a la Argentina en 1980 y durante toda su niñez.

Para pasar el mal momento, Mirella les pidió a las niñas que nunca más se metieran frijoles en la nariz como habían hecho aquel día en que hubo que salir de urgencia al hospital. Eva, ya madre en la actualidad, dice que “a pesar de no estar con nuestros padres, recuerdo la guardería con mucha felicidad, recuerdo que con mi hermana unos años después nos referíamos a Cuba como el paraíso y no olvido un paseo al parque Lenin y el mástil con la bandera cubana gigante”.

Sobre los miedos, confiesa haber sentido temor de que no volvieran a buscarla. “Yo no tenía conciencia de la muerte, no sabía lo que era morir, pero sabía lo que era que no volvieran a buscarte. Hasta lloré en la guardería por algún chico al que no lo iban a buscar”.

Era el caso de los hijos de Maggio, que quedaron huérfanos luego de que Norma, su madre, fuera secuestrada el 11 de septiembre de 1979. Era el caso del “Luche”, también, cuya mamá había sido detenida, herida, en uno de los operativos que realizó como integrante de las tropas que ingresaron para la Contraofensiva, el atentado contra el empresario Francisco



Mónica Pinus, después de trapear el piso de la guardería de Siboney. Por esos días su misión era encargarse de los hijos de sus compañeros. Esta es una de sus últimas fotos, antes de ser secuestrada en Brasil adonde viajó para organizar una base de Montoneros.

Soldati el 13 de noviembre de 1979. Los militares se la llevaron de la avenida 9 de Julio y luego anunciaron su muerte “en combate”. Sí se salvó –y regresó a la isla– el papá de “Luche”.

Eva y Gabriela fueron de las afortunadas que pudieron reencontrarse con sus padres, pero lo que les dolió fue la separación de Mirella, esa mujer de unos cincuenta años que por ser la mayor de todos se había convertido en algo así como una abuela que mimaba a los chicos con sus comidas y llenaba a los grandes de anécdotas sobre el Che Guevara, con quien había realizado trabajos solidarios. También recordaba su participación en la campaña de alfabetización y despertaba en los grandes mucha admiración.

Con Mónica se había portado como una mamá. Le preocupaba que cada vez estuviera más flaca y trataba de disfrazarle algunas comidas para que recuperara peso. No habían sido fáciles los primeros meses, era estresante recibir malas noticias desde la Argentina, además en su caso no se había adaptado a las comidas, las pocas horas de sueño y tampoco a la decisión de irse a Brasil con Edgardo para instalarse en Río de Janeiro. Sería un puente hacia Argentina y lo harían por etapas. Mónica solía confiarle a Cristina que era capaz de todo, de tener mil manos para cuidar a muchos niños, pero que era incapaz de tolerar la idea de separarse de sus chicos Anita y Miguel Francisco, a quien siempre llevaba a upa suyo. La perspectiva de la separación que implicaba el viaje a Brasil que le pidió la Organización era más de lo que podía soportar y le costaba asumirla, según dijo.

Navidad de 1979 y final

Fue la de 1959 la última Navidad que se festejó en Cuba hasta el año 1997. Hubo a partir de entonces reparto de juguetes y de comida en los barrios más necesitados en la Nochebuena y el intento frustrado de desplazar a Santa Claus por un símbolo propio, un guajiro vestido con guayabera, sombrero campesino y barba a quien llamarían Don Feliciano. Pero el guajiro no sedujo a los cubanos y después de esa Navidad no hubo otra. Con la Revolución, Cuba se declaró atea, expulsó sacerdotes y cerró colegios religiosos. Frente a la hostilidad la Iglesia Católica respondió con la excomunión a Castro, en 1962. Declarado marxista-leninista, el Papa Juan XXIII le aplicó la pena que impuso Pío XII en 1949. En 1969 incluso la Navidad se prohibió en Cuba, vía decreto, con el argumento de que el pueblo debía concentrar su atención en la zafra azucarera.



Pancho y Cristina con sus hijos Leticia y Ernesto en una visita a Playa Girón, una de las salidas que hacían desde la guardería. Los llevó Adolfo, el chofer y custodio de Montoneros en Cuba, que había participado de la histórica batalla en ese lugar.

Durante todos esos años, entre 1959 y 1997, la Navidad fue sólo celebrada por algunos pocos en fiestas discretas. Pero no se festejaba a escondidas en la casa de la calle Primera donde estaba instalada la comandancia de Montoneros. Sobre todo se festejaron ahí las navidades, porque el año nuevo sí era una gran fiesta cubana.

Aquella noche del 24 de diciembre de 1979, en la Comandancia montonera de la calle Primera se retiraron los autos del patio de atrás y se instalaron largas mesas. Todas las sillas se sacaron de la casa de dos plantas y se llevaron incluso algunas más. Fueron los comandantes, sus esposas e hijos, los que trabajaban allí en la oficina, los adultos y los niños de la guardería y se invitó a los cubanos que colaboraban con ellos y a algunos dirigentes de alto rango del

gobierno de Cuba, especialmente del Ministerio del Interior, con quienes más confraternizaban. Esa noche el menú fue bien argentino: empanadas salteñas cocinadas por Firmenich y asado con ensaladas a cargo de Vaca Narvaja.

Conseguir carne no era fácil, pero Montoneros tenía ciertos beneficios. Tropas Especiales hacía esfuerzos por conseguirles lo que necesitaban.

Algunas cosas, también para esa noche, se llevaban desde México. Y los regalos eran parte de lo que durante el año habían guardado los grandes para los chicos cuando el Gobierno cubano entregaba bolsas de juguetes y ellos decidían reservarlos y repartir, de a poco y según la ocasión, a lo largo del año. Alguno se disfrazaba de Papá Noel, aunque estuviera vedado para los niños en Cuba.

Esa noche ya no quedaban muchos chicos. Ya había regresado Cristina del viaje en el que con Silvia y “Chicho” llevaron a España a los niños Olmedo y a algunos más. Quedaban los últimos de la primera guardería y los niños que vivían en La Habana con sus padres. De todos modos había suficientes voces infantiles como para emocionar a las monjas del hogar de ancianos pegado a la oficina. Escuchaban los villancicos y luego el final de fiesta que siempre era igual, con Pepe tocando tangos con su guitarra. Las monjas se asomaban a las ventanas y lo mismo algunos vecinos cubanos de un edificio ubicado detrás de la oficina.

Esa noche varias familias estaban completas: los Yäger, los Vaca Narvaja, los Dragoevich, entre otras. Uno de los niños estaba de pie cuando le dijo a un comandante: “Yo quiero una estrella de esas rojas”, pidió y no lo dijo por la de la Revolución cubana sino por la estrella federal de ocho puntas, roja, que marcaba el grado mayor en el ejército montonero: comandante. El pequeño no quería ni doradas ni plateadas, que eran –según la cantidad y la combinación– las

insignias de los grados de sargento, subteniente, teniente, teniente primero, capitán, mayor y segundo comandante según establecía el Anexo II de la Resolución N° 001/78 sobre el uniforme. Esas estrellas eran idénticas a las identificatorias de grado del Ejército Argentino. Además, la misma resolución indicaba la ubicación de esas insignias y de las insignias de arma, siempre según los grados, sobre la camisa celeste o la chaqueta de cuero negro. La escarapela argentina, que debía ser metálica, era de uso obligatorio “cualquiera sea el arma a la que pertenezca el compañero”, mientras que había un prendedor rojo y negro que los integrantes de las Tropas Especiales y del Cuerpo de Seguridad Personal abrochaban en el bolsillo izquierdo de la camisa o la chaqueta. El uniforme sólo se camuflaba o se minimizaban las insignias en combate, al menos según se establecía. O se remplazaba por prendas similares, como por un pantalón vaquero el pantalón azul de uso obligatorio. Todos los integrantes del Ejército Montonero, de las Milicias Montoneras y todos los compañeros del Movimiento “que están prestando funciones dependientes directamente del Partido en tareas Milicianas, o del Ejército”, excepto los que simplemente eran colaboradores, debían usarlo. En toda reunión o ceremonia del Partido o del Ejército había que llevarlo puesto y además conseguirlo ya que no era de distribución centralizada.

De hecho en la oficina en Cuba se utilizó algún tiempo. Con tanto calor, los zapatos abotinados y el pantalón o pollera de gabardina eran una tortura. Dicho está que en la guardería no se usó ni siquiera un día por negativa de las damas.

Ajeno a tantas resoluciones oficiales, el niño que deseaba la estrella miraba con admiración a los adultos de la reunión.

Uno de los comandantes miró a Firmenich. “Pepe” no dijo nada y el comandante respondió al niño:

–Pedísela a ese, es el que las da.

Esa noche incluso bailaron. Cristina se animó porque siempre decía que “Pepe” sabía llevar. Y en el tango el hombre es el que conduce. Esa noche fue algo así como una despedida, también. A medianoche hubo brindis en la casa donde siempre bromeaban porque había pocos vasos, porque así era en Cuba. Y había pocos vasos, en segundo lugar, porque los de vidrio a alguna mano torpe se le rompían. “Son los últimos que les traigo”, les dijo un día el cubano Saúl, cansado de hacer gestiones para los amigos argentinos que usaban los vasos de vidrio para recibir alguna visita importante. Cuando estaban solos usaban vasos metálicos para evitar accidentes. El rejunte de vasos de vidrio y de metal, y hasta algún descartable, se alzó al unísono cuando Firmenich, a medianoche, levantó el suyo y pidió un brindis:

—Por todos los que no están.

Se hizo un incómodo y doloroso silencio al que siguió un baile más, no tan alegre ya, antes de la partida.

La lista de muertos y desaparecidos era larga. Y lo sería más al año siguiente.

El regreso a la guardería de Siboney fue en dos coches, el Lada rojo y el blanco, siempre manejado por Adolfo. Mónica y Edgardo se quedaron unos días más en la isla.

En esas últimas jornadas, como además había pocos niños y los dos matrimonios empezaban a recuperar la intimidad familiar, el día de franco que les tocaba semanalmente se iban a un hotel donde durante los últimos meses también Tropas Especiales les tenía asignada una habitación para que uno de cada siete días fueran a descansar, cuando era posible.

Tras el festejo del año nuevo de 1980, Pancho y Cristina salieron de Cuba para México con Leticia y Ernesto.

Edgardo se fue a Río de Janeiro a esperar a Horacio Campiglia que iría detrás de él junto con Mónica. Para ella finalmente había llegado el momento tan temido de separarse de

sus hijos Anita y Miguel. A la guardería había llegado Susana Brardinelli de Croatto con sus propios hijos para reemplazar a sus compañeros en la tarea de cuidar a los chicos. Ya tenían en vista una nueva casa más cercana a la Comandancia.

El segundo comandante “Petrus” Campiglia, miembro de la Conducción Nacional Montonera, viajó a Brasil en marzo de 1980. Iba con él Mónica Susana Pinus, quien sería, según lo previsto, su auxiliar junto a su marido en la base que tendría allí la Organización como también tenía en Perú.

En la escala en Panamá, Mónica tuvo problemas con su pasaporte. La demoraron, pero luego en Migraciones dijeron que todo estaba en orden, al menos según la reconstrucción posterior.

Edgardo ya había hecho todo lo que estaba convenido. Había alquilado por el plazo de un año un departamento en una zona no turística y los esperaba para tener allí una especie de puente entre los montoneros que estaban en otros países y la Argentina.

Ana y Miguel se quedaron en la guardería de La Habana, cuidados por los nuevos responsables.

Desde Panamá, vía Caracas con destino final en Río de Janeiro, Mónica y Campiglia volaban en un vuelo de Varig el 12 de marzo de 1980. Viajaban en asientos separados y con estrictas medidas de seguridad, obviamente con otras identidades.

Antes de tomar el vuelo hacia Río, Campiglia se comunicó por teléfono al hotel donde estaba Binstock. Le ordenó que comenzara a cubrir las citas acordadas a partir del día convenido. Luego le pasó el teléfono a Mónica para que saludara a su marido y quizás también para confirmar que todo estuviera bien.

Fue la última vez que Edgardo y Mónica hablaron. Se verían en dos o tres días.

Edy cortó la comunicación y puso en marcha el operativo habitual. Su mujer y su jefe conocían el hotel, pero no

sabían dónde quedaba el departamento, esa era la garantía de seguridad. Binstock tomó su bolso, bajó al lobby, pagó la cuenta y se fue al departamento rentado.

Dos días después Edgardo asistió a su cita. Mónica y Campiglia no aparecieron. Una demora en el vuelo podría haber sido la razón. Las normas indicaban que Binstock debía asistir día por medio, a las citas pendientes, a la hora acordada y en este caso en el mismo lugar. El segundo día tampoco fueron Mónica y Campiglia. Tampoco el tercero. Pero esa vez Binstock vigiló desde lejos el lugar.

Aunque se negaba a creer que fuera cierto, asumió que no llegarían. Se quedó en Río de Janeiro otras 48 horas sin hablar con nadie porque no tenía tampoco con quién hacerlo. Voló a México y denunció frente a la Organización lo que había ocurrido. Luego se comunicó con sus padres Julio Binstock y Mina Feuer de Binstock, integrante del CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales) él y fundadora de Madres de Plaza de Mayo ella, como padres de Guillermo Binstock, desaparecido en agosto de 1976.

Durante mucho tiempo no tuvieron datos, pero poco después un testigo contó que fuerzas de seguridad habían rodeado el avión en el que viajaban Mónica y Campiglia, en medio de la pista del aeropuerto del Galeao, y que al descender los pasajeros habían sido detenidos un hombre y una mujer que opusieron resistencia. Años después, se estableció que ambos fueron llevados por miembros del Batallón 601 a la Argentina al centro clandestino de detención de Campo de Mayo. De todos modos hasta la fecha no hay plena certeza de si así fue como ocurrió.

De todos modos, la realidad de Edgardo Binstock cambió y él, que pensaba llevar a sus hijos al departamento alquilado en Brasil, tuvo que volar de México a La Habana y buscarlos para hablar y llevárselos unos días a Acapulco al encuentro

con sus abuelos. Él mismo comunicó a Ana y a Miguel Francisco lo que había ocurrido: “Mamá está desaparecida”, les contó. Era norma en la guardería que el padre sobreviviente, si lo había, fuera el encargado de informar la desaparición del otro progenitor a sus hijos.

Después de pasar unos días en México tomaron otro vuelo de regreso a Cuba, donde los tres siguieron en la guardería primero y en una casa con otra familia después. Binstock ya no estaba a cargo desde su partida a Brasil y nunca más lo estaría. Un par de meses después dejaron la isla para siempre. Los dos años siguientes vivieron en Barcelona, juntos, los tres.

SEGUNDA PARTE

Calle 14 (La Habana, 1980-1981)

En el escalón número diecinueve, debajo de una gigantesca lata de Coca-Cola tropiezo con él. Rodeado de pibes de otra generación, seguramente muchos de ellos hijos de sus compañeros, Hugo mira a lo lejos desde la tribuna popular. Se agarra la cabeza. No lo puede creer. Los pibes empiezan a cantar y la cancha de Vélez se termina de llenar.

La voz de un locutor los anima y miles de voces corean mientras extienden flameadores y banderas.

Parado inmóvil con su enorme cuerpo manotea una botella de litro de una 7UP que comparten dos compañeros debajo de donde él está. Se saca la campera, hace mucho calor a pesar de que ese 27 de abril de 2012 había arrancado frío en Buenos Aires.

Llegó del Sur, con compañeros de Lanús, todos tipos grandes que militaron durante la dictadura militar. Desde la estación Liniers caminó, cruzó las vías del ferrocarril por el paso de la calle Cuzco, un nombre en el que no se fijó. Caminaba todavía a la defensiva cuando tomó la avenida Juan B. Justo en dirección al estadio mientras miraba atento el operativo policial. En Liniers cayeron varios compañeros en enfrentamientos armados y él no se olvida, se le quedó en el cuerpo como la cicatriz de una enfermedad, como una lastimadura que no puede sanar. Por eso la primera vez que lo

vi, parado en la estación de subte de Primera Junta, miraba desconfiado para adelante y para atrás. Y después, en el bar, se sentó con los ojos fijos en la puerta y la espalda pegada a la pared. La segunda vez, en una pizzería, fue igual.

Plantado en el decimonoveno escalón no está a la defensiva. Se siente seguro, o le gana la emoción. Y tiene ganas de llorar, como lloró cuando lo conocí, un rato después de vernos en Rivadavia y Rojas. Balbucea alguna cosa, le digo que no lo puedo creer, que debe ser una señal, que cómo va a estar él, justo él, acá. Y que yo, que nunca fui a un acto político haya ido esa tarde y entre los 50 000 asistentes me lo encuentre a él, “el tío Julián”.

Lo miro y pienso en su disfraz de mujer. Y me río pensando que este cruce no es una casualidad porque él podría estar en cualquiera de todas las tribunas y yo ni siquiera estar. Pero no. Acá está. Acá estoy. Y sigo sin creer en estas casualidades, como casi nunca creo en ninguna. En sus ojos noto la melancolía del alma que amasó con recuerdos y ausencias antes y después del año que pasó en la guardería en Cuba. Allá era otro, o mostraba a otro cuando se vestía con las polleras largas estilo hindú que le prestaban sus compañeras montoneras. Allá era casi un galán que despertaba suspiros el resto del día, cuando usaba pantalones y discutía de política mientras se tomaba un vaso de ron, en esas noches calientes de La Habana.

Parada sobre mis All Star violetas observo a Hugo Fucek que sigue mirando lejos y como no alcanzo a su oreja subo mi metro cincuenta y dos al vigésimo escalón, acerco mis labios a su oído y alzo la voz: “Estuve con Rosana. Ahora es una mujer hermosa”.

Me mira y se larga a llorar. También había llorado cuando cantaron el Himno Nacional Argentino con la mano derecha en alto y los dedos índice y mayor en V. Se saca su remera

blanca talle *extra large* que usa superpuesta con otra. “Lávala y usala para dormir”, me ofrece o me pide y ahora yo tengo ganas de llorar. La remera blanca tiene estampada la imagen de las islas Malvinas y sobre el estrecho de San Carlos el logo de la empresa petrolera YPF reestatizada apenas unos días atrás. En la espalda se lee UPEA (Unión Productiva de Empresas Autogestionadas), la marca de los nuevos sueños de Hugo, el sello de las fábricas recuperadas en las que trabaja en el oeste bonaerense aunque siga viviendo en el Sur.

Yo estoy esperando que llegue Mario Javier Firmenich, vine a ver su militancia después de haber conocido en Córdoba el hogar donde se crió. Pero Firmenich hijo no llega porque antes fue a dejar a sus tres hijos a la casa de unos amigos. Con su esposa y sus niños son inseparables. Un pegoteo que es casi un denominador común en muchos de quienes fueron niños en la guardería de Cuba y hoy son padres. Adonde van, los llevan. Y el 27 de abril no es la excepción.

Le quiero avisar a “Marito”, dirigente de La Cámpora, que en la tribuna está Hugo, parado junto a mí. Mientras espero le escribo un mensaje de texto a Fernanda, que hace tiempo ya se reencontró con Hugo y que está muy cerca de esa tribuna. Me alzo en puntas de pie y miro la popular buscando las banderas de La Cámpora de Mar del Plata para encontrar a Fernanda Raverta, diputada provincial que antes militó en el Movimiento Evita y fundó la agrupación HIJOS (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) en Mar del Plata, una de las niñas de la guardería de la que tanto me hablaron en Cuba. Tampoco ella se quiere separar de sus hijas y apenas electa se mudó con toda su familia a La Plata en lugar de ir y venir entre la ciudad en la que vivía y aquella en la que debía trabajar.

El acto todavía no empieza y a mí se me mezcla la emoción con la razón, la mujer y madre con la periodista “racional”.

Mi instinto me dice que llame a todos los chicos de la guardería que conocí y que sé que están ahí en el estadio. Mi experiencia me detiene, no siempre se debe intervenir. “Deja que las cosas se sucedan”, me digo con palabras de una canción de Santiago Feliú. Y recuerdo que no todos piensan igual, algunos creen que este proyecto no es tan nacional y popular, y menos todavía, revolucionario. Algunos le cantan a Cristina: “Acá tenés los pibes para la liberación”. Otros están convencidos de que la revolución se fue con los que murieron en la última dictadura.

Sin embargo a los que están acá y creen en el proyecto del gobierno de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner e incluso forman parte de él, los busco con la vista lejos y en puntas de pie desde el ángulo con la Coca-Cola gigante. Les diría que Hugo sigue igual de grandote, aunque un poquito más ancho y con unas cuantas canas en la barba y la cabeza. Les diría que no lleva los almohadones para engrosar sus partes y parecerse a una mujer y que aun sin las polleras se ríe con la misma risa. Y les diría que llora más, algunas veces. “Vénganse, la ‘Tía Porota’ quiere verlos”, les pediría a los que eran suficientemente grandes como para recordar al personaje. Y a los que no, como Rosana, aquella bebé que crió como si fuera su hija y a su hermanito “Chachi”, les voy a contar quién es.

Entonces, en el estadio, y antes de que ingrese la Presidenta y se le quiebre la voz al recordar el triunfo de su fallecido marido para la presidencia de la Nación, se oye cantar que a pesar de las balas y los fusilamientos “no nos han vencido”. Y Hugo llora otra vez y cuando se hace silencio, solo por un instante, le hablo de cómo es ahora Rosana, le digo que está separada, que tiene una sonrisa cálida y sincera y un bello e inseparable hijo y le prometo mandarle una foto vía mail. Le hablo de Chachi, ese niño al que él no olvida y quiere como

a un hijo, y de los planes que tengo para viajar a conocerlo al norte del país. “Llévame con vos –me pide–. Decime cuándo y me voy con vos”, repite mientras yo aprieto la remera gigante y le digo que sí porque desde el día en que los papás fueron a buscarlos a Cuba, a fines de 1980, no los vio nunca más y lloró mucho, desde entonces, por esa ausencia.

No lo supe ese día (¡lástima no saberlo!) que en una de esas tribunas estaba precisamente el padre de Chachi y de Rosana. Toda la noche había viajado Carlos Cremona desde el norte de Santa Fe con su hijo Juan, el menor, el único que nació en democracia, aunque nació con su padre preso en Santa Fe y su madre con prisión domiciliaria después del decreto 157 del presidente radical Raúl Ricardo Alfonsín.

Los “caídos”

Ese hombre grandote que estaba en la tribuna de Vélez de joven fue montonero y como montonero se hacía llamar “Julián”. Cuando llegó a la guardería en Cuba primero se transformó en “Julián el que pilla” porque su antecesor, Edgardo Binstock, era “Julián el que no pilla” (así, pero pronunciando la “ll” como una “i” lo llamaban los cubanos porque veía bastante poco). Pero más que “Julián el que pilla”, en la guardería Hugo Fucek se convirtió, de pronto, en la “Tía Porota”.

La “Tía Porota” llegó a la nueva guardería (que siguió unos meses en la casa de Siboney y luego se mudó a la calle 14) en un momento en que los chicos necesitaban una cuota extra de alegría. En sus charlas casi en media lengua se notaban sus temores. Entonces el “soldado” montonero no dudó en ponerse el uniforme de “tía”.

Probablemente fue aquel diálogo entre dos niños el que encendió el alerta. No importa quién era ni cuántos años

tenía. Jugaba con un autito, tal vez uno de esos de los que el comandante Yäger solía fabricarles. Con la vista fija en el piso le contó a su amiguito:

–Mi papá se va para Argentina.

–Lo van a matar –le contestó el otro niño que después de un silencio volvió a hablar–: El mío volvió y lo mataron.

Los temores de los chicos tenían su razón de ser, la muerte rondaba la guardería.

El saldo de la Contraofensiva de 1979 era un número grande de caídas, por lo menos una docena de los integrantes de las estructura TEA fueron asesinados antes de septiembre cuando poco habían alcanzado a hacer de las tareas políticas y de propaganda planificadas. Luego les tocaría actuar a las estructuras de las TEI, que según narra Marcelo Larraquy en su libro *Fuimos soldados* perdieron a dos de sus integrantes. Actuaron, según su reconstrucción, divididos en tres grupos, en los atentados al secretario de Hacienda, Juan Alemann, y contra la casa de Guillermo Klein, secretario de Coordinación y Programación Económica y mano derecha del ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz. También contra el empresario Francisco Soldati.

Habían matado a la mamá de Luche, a la mamá de Miguel y de Ana, a la de Juan Facundo y María Eva, al papá de Diego y Virginia. Asesinaron también a Horacio Mendizábal, a su mujer y a su ex mujer.

Incluso también a la “embajadora” María Antonia Berger, que había sobrevivido a Trelew y llevaba en su mandíbula la marca de la masacre en la que no habían podido asesinarla a pesar de los balazos en su estómago y el tiro de gracia que recibió cuando se desangraba en el suelo de la cárcel en Chubut. Ella se recuperó y tras permanecer detenida en la cárcel de Devoto fue liberada en mayo de 1973 tras el triunfo de Cámpora. Cuando llegó a Cuba en 1977 era oficial 1ª de Montoneros.

En el primer piso de la representación “política” de la agrupación en la isla, la “embajada” pública, donde tenía una oficina Vaca Narvaja y donde se recibía incluso a gente que no era de la Organización, ella fue “la embajadora” hasta su regreso para una operación en Argentina.

Saúl, el cubano de Tropas, la recuerda en Cuba bailando en su oficina y queriendo enseñarle a bailar al ritmo del dos por cuatro. Por entonces, con poco más de treinta años y ni una cana en la cabeza, Saúl se excusaba en el piso de Séptima y Seis: “Flaca, soy un patón para el baile. Si te piso tu pie con las botas que tengo te vas a cagar en la hora que nací”.

A Berger no la mataron en Trelew pero sí en 1979 cuando estaba libre y volvió. Con fecha 29 de julio de 1979 hizo pública en Argentina una carta a las madres de secuestrados y detenidos. Les decía: “Quiero que sepan que estamos orgullosos de nuestras madres y mujeres. Estaré al lado de ustedes en todo momento y espero llegar a todas para llevarles nuestra solidaridad y las necesarias palabras de aliento que tanta falta nos hacen. La cita es como siempre: los jueves en la Plaza”. Firmaba como secretaria adjunta de la Rama Femenina del Movimiento Peronista Montonero.

Tres meses después, el 16 de octubre, fue acorralada en un enfrentamiento. Y “la” Berger o “Soledad”, como se hacía llamar, tomó la pastilla de cianuro que llevaba escondida y llegó muerta a la ESMA.

En una cita seguramente “cantada” el 19 de septiembre de 1979 en Munro fueron asesinados dos hombres clave del Movimiento: Horacio Mendizábal y Armando Croatto. Mendizábal había sido quien consensuó con la Organización por la Liberación de Palestina (OLP) para que los guerrilleros montoneros se entrenaran en sus campos en los meses previos a la Contraofensiva, después de que en México o España estuvieran un mes encerrados para un curso político

dictado en base al “Manual Roqué”, el mismo que a la hora de la siesta estudiaban los adultos en la guardería. “Hernán” (Mendizábal) había sido el único en regresar a la Argentina con sus hijos y una de sus tareas consistía en dirigir las transmisiones de Radio Liberación en vísperas de la huelga general decretada por la CGT para el 27 de abril de 1979. Croatto, por su parte, había sido el diputado más joven del peronismo, había renunciado a su banca en enero de 1974 y había permanecido tres años clandestino con su esposa Susana y sus dos niños, Diego y Virginia, en la Argentina. Consiguió salir del país, denunció ante foros internacionales la violación a los derechos humanos y volvió a ingresar en la Argentina, varias veces, en su doble condición de capitán del Ejército Montonero y titular de la Rama Sindical del Movimiento Peronista Montonero.

Después de que mataran al exdiputado peronista, su esposa Susana Brardinelli de Croatto logró huir a España donde habló con Roberto Perdía y con su mujer Amor, “La Gorda Elena”. A él le devolvió un dinero que su marido tenía “embutido” para mantener a la gente que estaba a su cargo. A pesar de la tristeza, se puso a disposición para lo que se necesitara. “Excepto volver a la Argentina”, puso como condición. “La Gorda Elena” le habló de la guardería, ella ya había dejado de colaborar allí porque tenía otras responsabilidades. Además extremaban los recaudos y en su caso no mantenía contacto por estrictas normas de seguridad. Amor viajaba, como en ese momento lo había hecho a España, y no era aconsejable que accediera a información sobre los chicos, porque saber sobre ellos era un puente hacia sus padres.

Habían pasado cuatro meses desde la emboscada en Munro donde mataron a su marido, cuando Susana Brardinelli se fue desde Madrid hacia Cuba con Diego, de siete años, y Virginia, de tres. Arrancaba el año 1980 y ella se

hizo cargo de la guardería, quedaban los últimos niños de la primera, en Siboney, y estaban por mudarse a la segunda, en calle 14. Allí ella y sus hijos permanecieron hasta 1983.

Pronto se les sumó Estela Cereseto, una joven militante que había estado presa pero le habían dado el derecho constitucional de opción para salir del país. Había incluso compartido el encierro con la mujer de “Pepe” Firmenich en la cárcel de Devoto. Desde que llegó, las niñas la admiraban y querían parecerse a ella, mientras que los niños la miraban como se mira a las maestras lindas, esas de las que se enamoran cuando empiezan a crecer.

Mientras tanto, las operaciones montoneras continuaron, a pesar de las caídas. La segunda etapa estaba en marcha. En un febrero de 1980 todos los que ingresaron en el país, catorce por lo menos, fueron secuestrados en distintos operativos militares entre el 21 de ese mes y el 20 de marzo mientras que, como ya ha sido dicho, en Brasil secuestraban a Horacio Campiglia y a Mónica Pinus.

La guardería de 1980

Susana Brardinelli y Estela Cereseto comenzaron a recibir a los chicos nuevos en Siboney a principios de 1980. Si llegaban con sus papás, eran las encargadas de darles tranquilidad, de convencerlos de que todo estaría bien, que ellas los cuidarían, que ese era un buen lugar. Esta vez hubo chicos de todas las edades, desde bebés hasta algunos casi adolescentes, con edad para ir a la escuela secundaria.

Hablaban sus cuerpos a través de crisis de asma, profundos silencios, camas mojadas en la noche. Las situaciones se repetían como en la guardería anterior. Los niños mencionaban la muerte, con ira o enojos o simplemente como una

posibilidad. Se había convertido en parte de su realidad. Pero también se aferraban a los ratos de felicidad, a las polleras de la “Tía Porota”, a la tortuga del jardín, a los peces de colores en la pecera de la entrada de la guardería, a los paseos por el acuario y los helados de Coppelia en La Rampa y L, en el Vedado. O se dejaban pintar las caras por las hábiles manos de Nora Patrich, a quien debían llamar “tía Teresa” y que se divirtió como loca disfrazándolos aquel día en que fueron todos al carnaval.

Recién para ese año, 1980, la conducción de Montoneros entendió sus limitaciones y lo errado de las actividades armadas, una actividad militar planeada para todo el país, una estrategia que no era posible llevar a cabo. “Con la experiencia adquirida, una capacitación especial, mejores recursos en armas y tecnología y una estrategia de concentración de esfuerzos, supusimos que podíamos suplir las deficiencias organizativas y el reducido despliegue sobre el territorio nacional. Ya vimos que no fue así”, explica mucho tiempo después Roberto Perdía en *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*.

La Contraofensiva de 1980 fracasaría como la anterior etapa (aunque algunos no lo consideraran así) y dejaría un saldo mayor de muertos, fundamentalmente entre los que ingresaron entre febrero y marzo primero, y entre mayo y junio después.

Montoneros quería replicar en Argentina la rebeldía popular de la revolución nicaragüense que derrocó al dictador Anastasio Somoza y la movilización del pueblo en la revolución iraní. Decidieron entonces regresar con estructuras similares a las de la Contraofensiva, en grupos de tres personas, armadas sólo para su defensa personal y con el objetivo de acciones de propaganda, interferencias de audios televisivos y la inserción política en distintas zonas del Gran Buenos Aires con el objetivo de fomentar acciones sindicales.



Los más pequeños asistían durante la mañana y parte de la tarde a los círculos infantiles, guarderías cubanas para hijos de madres trabajadoras. En la ronda, Laura Machi.

“Creíamos que el punto de ruptura para el fin de la dictadura podría estar dado por el desarrollo de los conflictos y la movilización sindical. Comenzaba a tomar cuerpo la idea de que la organización y la experiencia de los trabajadores volvería a constituirse en el factor desequilibrante de la situación”, admite Perdía en su autocrítica. Por eso se reclutaron nuevos grupos en el exilio aunque por lo menos la mitad de los participantes fueron los que ya habían estado en la Contraofensiva de 1979. Esta vez, nuevamente, algunos de los que tenían hijos los enviaron a la guardería, aunque no lo hicieron todos. Desechadas las operaciones militares, para mediados de 1980 había quienes sí ingresarían con sus niños. Algunos de los que volvían incluso habían participado de la etapa anterior, como los Ruiz Dameri que esta vez prefirieron

no dejar a sus hijos en la guardería sino volver con Marcelo y María de las Victorias a la Argentina.

Nora y la “Tía Porota”

Como en la primera, en la segunda guardería hubo cuatro adultos a cargo además de Mirella y Bella. Aunque no eran dos parejas. En 1980 había tres mujeres y un varón, más los que circunstancialmente pasaban por ahí y se quedaban en el piso primero durante el tiempo en que no fue ocupado por otros chicos.

Todos los que llegaban a Cuba lo hacían después de haber pasado por la clandestinidad y haber vivido en México o Europa, incluso en algún otro país. Y hubo quienes fueron a Nicaragua también, como la familia Vaca Narvaja.

Nora Patrich, que no hacía mucho que era mayor de edad, llegaba con sus dos hijos desde Israel y España.

El primer día de marzo de 1977 su marido, Horacio Machi, murió en un combate en el que se enfrentó con el comisario Agustín Feced en Rosario. “El Bebe” podría haber sido futbolista pero en cambio estudió arquitectura, arrancó su militancia en la Corriente Estudiantil Nacional y Popular, y luego se sumó a las Fuerzas Armadas Revolucionarias, organizó la Juventud Universitaria Peronista y llegó a la Conducción Nacional. Era tan delgado que le decían “Tarzán”. Recordaba siempre el contraste con sus orígenes, como ocurría con muchos militantes peronistas y montoneros. Hijo de un empresario, solía contar que su mamá había marchado contra “el tirano” Juan Domingo Perón por la avenida Santa Fe junto a otras damas de alta sociedad.

Fue al conocer a ese muchacho rubio peinado con fijador que Nora terminó de definir su comunión con el peronismo.

A los diecisiete, todavía en la escuela secundaria, arrancó en la Línea de Izquierda Revolucionaria (LIR), agrupación concentrada en Filosofía y Letras y con fuerte presencia entre jóvenes relacionados, como ella, con las artes. Después conoció a los militantes de arquitectura, una amiga le presentó a Horacio y ella le contó que montaba obras de teatro que presentaba en las villas y que ya estaba en la Unión de Estudiantes Secundarios. De ahí a enamorarse solo hubo un paso. Fue entonces que ella dejó su arte y decidió que era más útil aprender a construir que a pintar y también se metió de lleno en la carrera de arquitectura.

Nora se casó a los veinte, después de convencer a su padre de que le firmara la autorización. Era difícil decirle que no a esa chica de carácter por lo que el señor Patrich dio el permiso, pero en cambio no asistió a la boda.

A los 22, Nora fue madre de Nicolás, un año después se mudaban a Rosario para que Horacio se hiciera cargo de la JUP en reemplazo del responsable que había caído. Volvió a quedar embarazada y el primer día del año 1975 nació, prematura, Laurita, en un parto con muchas complicaciones. Cuarenta y ocho horas después “levantaban” la casa, se “rajaban” a Buenos Aires y de ahí se iban a esconder a una casa en Miramar donde los Patrich pasaban sus vacaciones. Las idas y venidas de Horacio entre Rosario y la playa duraron menos de sesenta días. Cuando lo mataron, el padre y la madre de Nora hablaron con su hija y lograron que ella hiciera lo que no quería: irse de Argentina.

–Vas a Israel, ahí te cambiás el nombre y volvés como si fueras otra persona –le dijeron Simón y Lidia Patrich. Le dieron detalles de un trámite de cambio de identidad que supuestamente era posible para las personas de origen judío.

Sola, joven, indefensa, ya con dos hijos y tantos caídos alrededor, Nora aceptó, aunque lo hizo recién luego de que

Armando Habegger, responsable en Montoneros de su marido, le diera la autorización. Tuvieron que armar una farsa porque Nora no podía salir con su nombre y menos figurar como casada con Machi, por lo que consiguió un pasaporte en el que su estado civil era soltera mientras que en una escribanía de amigos firmó una autorización, en ese caso como viuda aunque no tuviera los papeles, para que sus padres sacaran del país a los chicos. La maraña de trámites funcionó. Todos se fueron el mismo día desde Aeroparque a Uruguay, en vuelos diferentes. Ella como Nora Patrich, de estado civil soltera, y sus padres con la autorización de Nora Patrich “viuda de Machi” y los dos hijos de la pareja. En Montevideo los seis se reunieron en un hotel donde Simón y Lidia le entregaron los niños y la contactaron con un organismo judío que les facilitó los trámites para exiliarse en Israel. Desde países limítrofes podían hacerlo, le explicaron, no desde la Argentina.

En Israel Nora buscó a sus pares. Se acercó a otras viudas de Montoneros y del Ejército Revolucionario del Pueblo. Jóvenes, todas. Una de las mujeres tenía dieciocho años. Y Nora, solo cinco más. El grupo fue idea de Miguel Francisco Villarreal, “El Chufo”, que acompañaba a su mujer Silvia Tolchinsky a operarse de la columna, una intervención quirúrgica riesgosa para ser practicada en la clandestinidad. Cada vez que el grupo se reunía, sumaban más o menos una veintena de niños sin padre.

A poco de llegar, Nora intentó cambiar su identidad por un nombre judío, pero antes sacó un pasaporte en la embajada de Argentina en el que hizo constar su nuevo estado civil para poder viajar con sus hijos e iniciar los trámites israelíes. Pocas semanas después, junto a Judith Said, dieron una conferencia de prensa para denunciar la violación a los Derechos Humanos en el país, y la concesión de pasaportes empezó a



El personaje de la “Tía Porota” aparecía a la hora de las comidas para entretener a los niños. Hugo Fucek cubría su bigote con un pañuelo. Los más grandecitos se divertían tratando de descubrir quién se escondía debajo del disfraz.

ser rigurosamente chequeada con Buenos Aires para que no se repitiera la situación.

Nora se fue a vivir a un edificio de inmigrantes y advirtió que muchas extranjeras trabajaban cuidando chicos. Tenía ella los dos propios en casa así que hizo correr la voz y en su departamento armó una pequeña guardería en la que cuidó niños de distintas nacionalidades. Nicolás, su hijo mayor, al poco tiempo hablaba inglés y ruso, que aprendió mientras jugaba con los chicos que estaban al cuidado de su madre. Y Nora, mientras ellos dormían, hacía macramé para juntar un poco más de plata: necesitaba ahorrar para pagar tres pasajes a España.

No había tardado mucho en descubrir que lo que le habían propuesto sus padres era imposible y estaba convencida

de que eso había sido un error: cuando solicitó el cambio de nombre por su condición de judía, le dijeron que no, que en el documento la inscribían con ambos nombres y que luego de varios años de usarlos podrían darle un documento con la nueva identidad. No podría regresar a Argentina y maldijo su situación: “No me quedo un carajo”, protestó y aunque su cabeza y su corazón le pedían irse a México, adonde sabía que había militantes que estaban organizándose, partió para España en cuanto pudo. Allí estaban su cuñada, Alcira Machi –que había perdido a su compañero, el arquitecto Rodolfo Durante, ambos habían sido militantes en la Facultad de Arquitectura de la UBA– y algunos otros amigos o conocidos. Llegó, consiguió una casa y trabajo, y entonces arrancó con la agotadora tarea de ver dónde dejaba a Nicolás y a Laura. Tuvo varias entrevistas y se convenció de que en las escuelas españolas a los chicos les pegaban para que hicieran caso y aprendieran “mejor”.

Entonces alguien armó una guardería para los argentinitos y allí empezaron a quedarse hijos de militantes que vivían en España y los hijos del grupo que se preparaba para regresar a Argentina en la Contraofensiva de 1979.

No sabía Nora en ese momento que algunos de aquellos niños se irían a Cuba y menos sospechaba que ella misma, un año después, terminaría en La Habana. Mientras tanto, la vocación por el arte no se le había apagado y se sumó a un grupo teatral que dirigía Norman Briski. Así volvió a actuar y a sentir que lo suyo era más el arte que diseñar casas aunque fuera con un fin social.

Nora sentía lo mismo que otros exiliados: necesitaban estar juntos y militar políticamente. Así conoció a Hugo Fucek y juntos fueron a una de las reuniones en las que convocaban para lo que algunos llamaron la segunda etapa de la Contraofensiva, la de 1980.

La historia de Hugo también era larga como la de Nora. En Argentina había caído preso dos veces antes de la dictadura de 1976, luego se había desenganchado de la Organización y finalmente, alertado por las desapariciones de varios compañeros, había decidido escaparse a principios de 1977 vía Paraguay. Su destino final fue París. Allá lo esperaba una francesa que había sido monja y que, en cierta manera, había dejado los hábitos por él. Habían tenido una relación en la zona sur del Gran Buenos Aires cuando a inicios de la década de los 70 compartían tareas de trabajo social en barrios carenciados. Ella había tenido una profunda crisis luego de faltar a sus votos y había regresado a su país. Nunca perdieron contacto y la mujer terminó siendo el salvoconducto que lo recibió en la Ciudad Luz. Algunos lazos duran más que el amor, o el sexo.

Cuando Hugo llegó a París pidió asilo político con su verdadera identidad y se quedó un tiempo a la espera de otros compañeros que también necesitaban protección internacional.

Una vez instalado le tocó su primera misión. Fue a recibir a Osvaldo “Quique” Lovey, dirigente de las Ligas Agrarias, junto a Carlos Piccoli, miembro del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero en representación del sector agrario.

Las indicaciones para Hugo eran mirar de lejos a “Quique” y salir caminando despacio para que el dirigente lo siguiera unos metros por detrás. El chaqueño, sin embargo, se olvidó de las reglas o estaba tan contento que no se pudo contener, y largó un “sapucaí” que desgarró el bullicio del aeropuerto francés. Hugo se asustó con el grito, contó hasta tres, se acercó y empezó a repetir en voz baja e insistente “salgamos de acá, salgamos de acá”, mientras reprimía el “¡boludo!” que se le cruzó por la cabeza.

Había veces en que la suerte estaba de su lado. Así ocurrió en esa ocasión, y se fueron sin que nadie les prestara atención.

Después de algunas otras “tareas”, Hugo se fue a España donde conoció a Nora y aceptó con ella llevar a varios niños a la guardería. La primera impresión fue de susto, él no creía que pudiera ser papá y no tenía trato con chicos.

Desde el aeropuerto de Barajas hacia la isla volaron Hugo y Nora con esa gran familia simulando ser un matrimonio con por lo menos siete chicos. No había manera de que tantos niños de edades similares pasaran por hijos de la misma pareja. Además no se parecían: los chicos de Nora eran muy rubios, con el pelo casi blanco, Victoria –una de las chiquitas que llevaban– era una niña morena con la piel dorada como la miel y los otros eran también distintos y casi de la misma edad: con solo mirarlos se advertía que no eran hermanos entre sí. Todavía hoy Hugo se pregunta cómo fue posible que el agente de migraciones no descubriera el engaño, aunque tal vez habría en migraciones o en el vuelo cómplices para tamaña farsa.

De tantos nervios que pasó olvidó cómo hizo para llegar de la Aduana a su asiento en Cubana de Aviación. Aunque transcurrieron muchos años y su memoria es antojadiza, lo que no olvidó fue que, cuando por fin se sentó, con todos los chicos cerca, respiró y empezó a disfrutar en cierta manera de la que sería una experiencia por momentos angustiante pero tal vez una de las más maravillosas que vivió, según dice. “Aprendí que podía ser padre”, recuerda, nostálgico, tres décadas después.

Y entonces fue que Hugo cambió la lucha armada por el uniforme de mujer y en La Habana se convirtió en el primer montonero “travestido”. Así se autodenominaba y el comandante Firmenich lo miraba con reproche cuando lo oía. De hecho fue el primero y el único, y si hubiera ocurrido con alguien más, la falta hubiera sido grave y probablemente hasta

merecedora de un castigo. En una ocasión, Hugo hizo caso omiso de la presencia de sus jefes y se puso la pollera de Nora adelante de toda la cúpula de la Organización. Se aguantó la dura mirada de “Pepe” cuando se les apareció en falda azul y camisa amarilla. Que los chicos se rieran a carcajadas lo justificó. Nadie le pidió que se travistiera. Sin embargo él, que no tenía idea de cómo era tratar a un chico y que ni se imaginaba siendo padre, se descubrió un día hurgando entre la ropa de su compañera para disfrazarse y autobautizarse como “Tía Porota”. Ese era su papel en ese momento, su rol en la “revolución”. Pollera larga, zapatos chicos, peluca y una cartera. Casi todos los mediodías la “Tía Porota” aparecía de visita. Había que entretener a los niños, hacerlos reír, que no pensarán en cosas que los ponían tristes.

Hugo asumió que esa era la misión que le tocaba y así, grandote como era, se sentaba y saludaba a los chicos que reían a la hora del almuerzo y la cena porque la “Tía Porota” los acompañaba a comer. Los más grandes, cómplices del engaño, le hacían bromas y lo provocaban para que se sacara el velo con el que ocultaba su bigote.

Su pareja entonces, Nora Patrich, le dio un toque artístico a su paso por la guardería. Fue ella quien improvisó una peluquería en el enorme patio de atrás. Los chicos hacían fila para que les cortara el pelo. Otras veces armaba un teatro y preparaban obritas con los chicos o hacían ahí una fiesta de cumpleaños para festejar los de todo el mes, lo que ya era una costumbre bien asentada. Un día incluso se tomó el trabajo de separar toda la ropa. Eran por lo menos una veintena de chicos que, como en la guardería anterior, podían ser más según los viajes de sus papás. Nora se opuso a que compartieran todo, dijo que cada cual tenía que tener lo propio, aunque no fuera mucho. Estuvieron de acuerdo pero alguien tenía que ocuparse. Obviamente le tocó a quien pro-

puso la idea. Y como al apilar la ropa vio lo poco que tenían, compró unos retazos de tela cloqué, esa que tiene una parte elastizada, y cortó tubos a los que puso dos tiritas y cosió, con una máquina que les habían prestado, un solerito para cada niña.

Marielitos

Cada mañana hacían el mismo recorrido en la “guagua”. Apurones, empujones, risas, protestas, a veces hasta algún llanto se oía. Cuando por fin subían todos los chicos al vehículo, Nora los contaba mientras Hugo se sentaba en el asiento del conductor, miraba hacia atrás, guiñaba un ojo, preguntaba “¿todos listos?” y ponía primera, avanzaba por el caminito en U hacia la calle, doblaba a la izquierda, ponía segunda y al llegar a la esquina de Novena y 222 frenaba y volvía a arrancar para doblar hacia la ciudad.

Aquella mañana del 1° de abril de 1980 fue igual. Los mismos apurones, los mismos empujones, un chico que olvidó ir al baño y subía retrasado a la “guagua”, la rutina repetida más o menos igual que el día anterior y cada día que le seguiría. El guiño de Hugo, el arranque, las vueltas en las callecitas hasta tomar la Avenida Quinta a la altura del barrio de Flores.

Diez minutos después de haber salido ya habían pasado frente al parque de juegos cerrado; los chicos aún no se convencían de que no se podía jugar allí.

No hubo nada diferente a cualquier otro día hasta que llegaron a Quinta casi 110.

Al llegar a 90 Hugo advirtió, por el espejo retrovisor, una “guagua” del servicio público que venía a lo lejos. No era el recorrido, pensó, y se preocupó. Y notó que el colectivo

aumentaba la velocidad hasta que los pasaba por la izquierda. Hugo iba siempre alerta, esa era también su función.

Unas cinco cuadras más adelante, el colectivo aminoró su marcha trabándoles la circulación. Hugo se vio obligado a desacelerar, intentó sobrepasar al colectivo y no pudo. Nora iba un poco distraída y sólo pensaba que llegarían tarde al círculo infantil mientras el vehículo disminuía aún más la velocidad, por debajo de lo permitido en esa avenida. Hugo intuyó que algo andaba mal. Nora miró el reloj.

–Dale, pasalo a este de una vez... ¿por qué no lo pasás?
–refunfuñó Nora con malhumor en la voz.

Hugo no le contestó. Pensó rápido qué sería más conveniente. Y se arriesgó. Volanteó a la izquierda, aceleró y pasó al colectivo. Rápido cruzó la calle 74 hacia 72 y mientras lo hacía escucharon detrás de sí el “ratatá ratatá” de varias ametralladoras.

–¡Son balas, pará, pará! –gritó Nora.

Hugo aceleró primero y cuando oyó más lejos el retumbar volanteó hacia la derecha y paró la “guagua”. Nora había reprimido las ganas de gritar para disimular ante los chicos, pero apenas el vehículo se detuvo saltó e instintivamente se llevó la mano a la cintura como si buscara un arma que no tenía para defenderse. Hugo metió la cabeza en la parte trasera del vehículo para verificar que los niños estuvieran bien.

Nora miró hacia la zona desde donde se oía el retumbar de ametralladoras y vio, a menos de cien metros, cómo flotaban las hojas de los árboles arrancadas por las ráfagas que los alcanzaron. La trompa del colectivo estaba incrustada en el portón de la embajada de Perú, un cuerpo yacía tirado sobre la vereda. A Nora le pareció que era de un joven o un niño.

–No es con nosotros –balbuceó Hugo.

–Rajemos –susurró Nora.

Se subieron los dos al vehículo, sonrieron a los niños sin creer ni ellos mismos que pudieran mostrar calma y avanzaron, primero despacio, y enseguida aceleraron para alejarse lo más rápidamente posible. Se habían salvado de quedar en el medio de la balacera pero no era conveniente que aparecieran inmiscuidos en ninguna situación que llamara la atención. No volvieron a hablar hasta que dejaron al último de los chicos.

De regreso a la guardería Hugo y Nora informaron a los demás lo que había ocurrido. Decidieron que debían informar personalmente a los comandantes y evitar el uso del teléfono. Se fueron a la oficina para explicar pormenorizadamente lo que había ocurrido. Allí ya contaban con los primeros datos del asalto a la embajada de Perú. Aparentemente una docena de cubanos había organizado el ataque para ingresar por la fuerza y pedir asilo burlando a los guardias de Cuba. De hecho, se supo algo más tarde, las ametralladoras de los ocupantes del colectivo habían matado al suboficial Pedro Ortiz Cabrera. Suyo era el cuerpo que Nora y Hugo vieron tirado en el piso.

La reacción de Fidel Castro fue inmediata. Exigió al embajador Ernesto Pinto Bazurco que entregara a los disidentes. Pero Pinto Bazurco no solo se negó sino que inició una investigación de los hechos desafiando al Comandante. Castro ordenó entonces retirar la guardia de la sede diplomática advirtiendo de las consecuencias que la negativa tendría para ellos. Con el acceso liberado, 10 844 cubanos –hombres, mujeres y niños– entraron en la embajada en las siguientes 48 horas. Dormían espalda con espalda, amontonados en la residencia donde habilitaron una habitación en el primer piso para que todos ellos hicieran allí sus necesidades. El olor a excremento y orina se hacía insoportable y obviamente no había comida.

A favor y en contra la presión creció. Los medios internacionales llegaron a la Avenida Quinta entre 72 y 74 para



Nora Patrich con sus hijos Laura y Nicolás sentados en la calesita del jardín de la guardería cubana.

registrar testimonios que pocos vieron. “El hambre que se pasa en este país, por eso nos hemos refugiado aquí, pedimos que la embajada nos ayude a salir de aquí”, gritaba uno de los ocupantes. Dos días después del ataque, la situación era insostenible y los diplomáticos cerraron la cerca para evitar más ingresos. Una noche una veintena de estudiantes se coló en el interior de la embajada, habían quemado papeles de diario para pintarse con tizne las caras y ser tan “prietos” como la noche que en La Habana, casi sin iluminación, se vuelve bien negra y oscura y no deja ver más que los ojos blancos.

Pero también hubo muchos cubanos que sintieron que los que huían atentaban contra la Patria y la Revolución. Y hubo quienes organizaron ataques a la embajada con botellas y piedras. De noche también, cuando solo se oían gemidos

y silencio, cuando algunos intentaban dormir pegados y superpuestos sus cuerpos unos sobre otros, de pronto se oía el ruido del roce de piedras contra las hojas de los árboles, luego unos segundos de silencio y finalmente el grito de quien había recibido el pedrazo.

De día se oían los reclamos. Los ocupantes se identificaban como médicos, técnicos, intelectuales, ingenieros, profesores.

Fidel dio un histórico discurso al pueblo y cambió de estrategia al permitir la salida del país de todos ellos. “Les hemos dado salvoconducto y pasaporte a todos los ‘lumpes’ que se alojaron en la embajada”, habló a la multitud y acusó de delincuentes a todos los que allí estaban. Es más, abrió las cárceles para que huyeran miles más, para que los “elementos antisociales” dejaran la isla. Incluso brindó asistencia, puso una carpa médica afuera mientras pasaban bolsas de papas crudas y cajitas con comida que no alcanzaban y en cambio provocaban peleas de unos contra otros. A los presos que no quisieron irse Fidel los llamó “patriotas” porque prefirieron cumplir su condena en Cuba antes que irse a Perú o Estados Unidos, libres.

“Nosotros somos los verdaderos patriotas que luchamos en contra del comunismo que nos des gobierna y en contra del comunismo internacional”, gritaba un hombre ante un micrófono en un video tomado esos días por la televisión internacional.

Mientras duró la ocupación, la “guagua” de los chicos montoneros evitó acercarse a la zona de la embajada. Pero el conflicto había desbordado y se sentía en distintos ámbitos de la ciudad. Cubanos peleaban contra cubanos. Los que defendían la revolución y los que alentados por la toma querían huir. Había escraches y algunos actos de violencia.

Un día, como tantos, hubo que llevar a un niño al hospital. Hugo había estacionado la “guagua” y había descendido con

un niño que tenía que ser vacunado mientras Nora se quedaba esperando a que volviera. Bajó la ventanilla del vehículo para que entrara aire y sentirse menos agobiada por el calor. El resto de los chicos, como siempre, esperaba detrás. Entonces pasó un barrendero y le preguntó a Nora de dónde era. Él le habló en términos médicos aunque no lo fuera. “Yo antes no sabía leer, ni escribir, no se crea que yo sabía todo esto antes”, le explicó cuando notó la sorpresa de la argentina ante sus específicos comentarios. “Esto lo aprendí gracias a la Revolución”, siguió y le contó sobre su experiencia con el plan de alfabetización.

Cuando todavía el barrendero describía el analfabetismo en la isla antes de Fidel, volvió Hugo y les contó sobre un incidente en el hall. Un médico había comentado sus intenciones de irse con los que estaban huyendo y la gente y sus compañeros de trabajo le arrojaron huevos con desprecio.

–Ese es un traidor –les dijo el barrendero mientras juntaba sus cosas, saludaba con su sombrero y se iba.

A Nora el hombre le recordó a un chico que habían chocado accidentalmente con la “guagua”. Iban despacio y el niño aparentemente no se había hecho daño. Le llamó la atención que el pequeño se parara de inmediato y montara otra vez su bicicleta. Cuando los argentinos se acercaron para ayudarlo y le preguntaron cómo estaba, ofreciendo trasladarlo al hospital, él les había sonreído: “Estoy muy bien, por supuesto. Yo soy hijo de la Revolución”.

Los argentinos miraron con cierto asombro cómo más de cien mil cubanos salían de Cuba para exiliarse en Estados Unidos en los siguientes cinco meses. Castro abrió el puerto de Mariel, ubicado a 40 kilómetros de La Habana, para que se fueran. Unos 1600 barcos, la mayoría enviados por familiares residentes en los Estados Unidos, cruzaron el estrecho de Florida y desafiaron el oleaje. De la isla fueron despedidos como “traidores”. Del otro lado fueron recibidos como

“delincuentes y espías de Fidel”, según registraban los medios de prensa. Los que tenían familia se quedaron con ellos mientras el resto fueron repartidos en diferentes estados. El ejército estadounidense levantó grandes campamentos en Arkansas y Louisiana para casi la mitad de ellos mientras que otros miles, con antecedentes penales o desórdenes mentales eran considerados “peligrosos” y detenidos en cárceles estadounidenses. El mundo conoció a esos exiliados que protagonizaron el mayor éxodo cubano a Estados Unidos como “los marielitos”.

Los responsables de los chicos argentinos temieron por un tiempo que la situación afectara a la guardería y al mismo tiempo algunos elogiaban la actitud de Castro. Los temores no se confirmaron, todo siguió como entonces en la guardería y así seguiría durante los dos años siguientes. De hecho, incluso, pronto se haría la mudanza a una casa más grande y céntrica.

La casa de Miramar

A diferencia de la casa de Siboney, al mudarse en mayo a la casa de la calle 14, todo estaba preparado desde el principio para recibir a los niños.

Adelante el caserón tenía dos entradas: una escalera a la izquierda llegaba a una oficina independiente para que los adultos tuvieran sus reuniones políticas mientras que la otra escalera –de no más de diez escalones– llevaba a la entrada principal que daba a un enorme salón. Había muchas más habitaciones que en Siboney y esta vez, en lugar de distribuir a los chicos según las edades, se hizo por sexo y por edades, por lo que las niñas durmieron con las niñas y los niños con los niños. Los mayorcitos tenían camas con cuchetas y los preadolescentes pasaron al primer piso. Había incluso



En el patio de atrás
de la casa de
calle 14 Nora Patrich
refrescaba a los niños
con una manguera.
Se divertían todos,
desde los bebés hasta
los preadolescentes.

varios baños con inodoros pequeños. Y el primer piso tenía independencia del resto de la casa y varias habitaciones, además de baño y cocina. Incluso había terraza con vista a la calle. En ese primer piso se quedaron por turnos militantes montoneros de distinto grado que pasaban por la isla y no tenían dónde vivir, que iban y venían o incluso que visitaban a sus hijos antes de volver a partir, o más tarde, cuando fueron a buscarlos.

A los adolescentes les destinaron esa planta para que no estuvieran siempre entre los más pequeñitos e incluso, a los que tenían hermanitos abajo, se les prohibía bajar o darles trato preferencial porque todos debían ser tratados por igual

y recibir el mismo cariño, según les decían. Los que habitaron ese primer piso hasta 1982 fueron cinco: los dos hijos mayores del sindicalista Gonzalo Chávez, la hija de Perdí y los hijos de Croatto.

En esa casa llena de chicos Hugo Fucek volvió a cruzarse con el destino de las Ligas Agrarias cuando prácticamente se hizo cargo de dos hermanitos, Rosana (la beba más pequeña) y Chachi, un nene de tres años que dejó de hablar y de controlar esfínteres cuando lo instalaron en la isla. Sus papás habían escapado a la represión escondiéndose en el monte y Chachi había aprendido a callar en el período de la vida en que otros chicos arrancan con sus primeros balbuceos. Dijo “ajó” sólo en murmullos. De la misma manera callaba su voz también en la isla y le costaba compartir con los demás, justo en el lugar donde todos se sentían bastante libres.

“De Chachi te tenés que encargar vos”, le dijo a Hugo un día Juan Carlos Volnovich, el psicólogo de niños que colaboraba con la guardería. Y le dio algunas pautas mientras Hugo asumía el compromiso de jugar a diario con el niño. Para que aprendiera lo que había olvidado, iban al patio y mojaban tierra. Hugo hacía una especie de albóndiga a la que iba dando forma de caca. Se la pasaba a Chachi que la amasaba lentamente. Chachi hacía barro y lo amasaba a veces tiernamente, a veces con fuerza. Se lo devolvía a Hugo que entonces buscaba una manguera, abría una canilla, jugaba con el agua y al ratito la cerraba. Le daba entonces la manguera a Chachi y le indicaba que copiara lo que él había hecho. Así abrían y cerraban la manguera y veían juntos como salía y dejaba de salir el agua. Cuando terminaban de jugar, Hugo con cariño le pedía a Chachi: “Cuando quieras hacer pis o caca, ¿me avisás?”. Así pasaron muchos días, con sus noches, sin control de esfínteres.

Hasta que un día, por fin, Chachi avisó.

Y le siguió un día en que se hizo pis encima.

Y luego un segundo día en que sí avisó.

Hasta que hizo pis y caca solito en los inodoros pequeños de la casa de la calle 14 que habían hecho poner los cubanos Jesús y Saúl, de Tropas Especiales, que seguían trabajando junto a los nuevos montoneros como lo habían hecho en Siboney.

Para poner palabras en los labios de Chachi hubo muchos que ayudaron. Grandes y chicos. Él, nada recuerda de esa época ni de como volvió a hablar.

Una tarde en que se arrojaban agua en el patio, se oyó desde el cielo el rugir de las turbinas de un avión. “No sé cómo pero se me ocurrió ahí mismo la manera de ayudar a Chachi”, recuerda Nora, que estaba con los niños jugando con la manguera para soportar tanto calor. Como si estuvieran en peligro, Nora se tiró detrás de una planta y le hizo señas a Chachi, que asustado se acurrucó bien pegado detrás de la “tía” que lo miraba a los ojos tranquilizándolo mientras con el dedo índice en la boca le pedía silencio. El juego era más o menos como las tortitas de barro que hacía Hugo o el abrir y cerrar la canilla con el que le enseñó al niño a hacer pis solito. Así que cuando el ruido del avión no se oyó más, Nora anunció que ya no estaban en peligro mientras comenzaba a correr por el patio y a gritar y a reírse lo más fuerte que pudo. Tanto gritó y se rió que los que estaban en la casa salieron a mirar qué estaba ocurriendo ahí atrás y los demás chicos a festejar con ella. Chachi también corría. Y había empezado a gritar al salir del escondite.

Aprender a callar

Chachi había llegado a La Habana con su mamá y su hermanita Rosana. Cecilia, su madre, casi se desmayó al descender

del avión. Nunca había sentido tanto calor como el sofocón que la recibió. A upa llevaba a la niña que todavía no se animaba a caminar. Con su manito de tres años Omar (ese era su nombre real) le apretaba la mano a su mamá. Se lo veía ensimismado, demasiado para ser tan chiquito.

Al pie de la escalerilla de la Terminal Uno del antiguo aeropuerto José Martí adonde llegaban y partían todos los vuelos nacionales e internacionales, los interceptó un oficial cubano de Tropas Especiales. Y como a todos los argentinos que iban a la guardería, los hizo esquivar los puestos de migraciones, los llevó a una oficina en el primer piso con dos “cuarticos” –así los llamó–, mientras buscaban sus valijas.

Chachi estaba callado, Rosana hacía algún berrinche. Estela fue quien los recibió. Los niños fueron de los pocos a los que sus propios papás, la mamá en este caso, llevaron hasta la isla.

Susana Brardinelli y Estela Cereseto trataron de infundirle confianza a Cecilia. “Me tranquilizaron, vi cómo trataban a los chicos y cómo les hablaban y me quedé tranquila”, recuerda Cecilia, agradecida. Intentaban que no tuviera dudas, pero Cecilia, la verdad, no las tenía. Le había dicho a Chachi qué era lo que tenían que hacer. Que tenían que ayudar en Argentina, que era un compromiso que habían asumido con su papá y que de grande iba a entender, que esperaba que pudiera entender. Lo llenó de besos y de abrazos, aunque, como típica mujer de campo no fuera en general muy demostrativa. Rosana también recibió su cuota de mimos.

Les peinó varias veces el pelo rubio y lacio y los bañó. Al partir seguía sintiendo su aroma como si aún estuvieran con ella.

La partida ocurrió siete días después de haber llegado a La Habana. Entonces Cecilia dejó la casa de calle 14. No lloró ese día. Chachi tampoco pudo. Rosana, en cambio, intentó un gesto de rebeldía e hizo un berrinche. Hasta que también ella se calló un rato después de que se fuera su mamá.



Estela Cereseto y Susana Brardinelli, quienes estaban a cargo de la guardería de la calle 14. De cuclillas Jorge Areta, de pie le toca la cabeza Fernanda Raverta. Están Virginia Croatto, los hijos del “Chufu” Villarreal, Victoria y Lucía Zverko, Susana Vaca Narvaja y Gustavo Sabino Vaca Narvaja (junto a él de pie y con la mano en la boca el “Luche”).

La familia Cremona estaba en peligro antes y después del 24 de marzo del 1976 por su militancia en las Ligas Agrarias, fundadas para defender al sector rural de pequeños y medianos productores y obreros rurales. En esos días compartieron en Villa Ocampo reuniones, entre otros, con el padre Rafael Yacuzzi, un cura tercermundista que pronto sería detenido por ayudar a la gente de la zona. Reflexionaban sobre las consecuencias del golpe militar y analizaban cómo resistir allí en el límite entre Santa Fe y el Chaco. Había bastante desconcierto por las noticias extraoficiales de que estaban persiguiendo a compañeros. Se mantenían alertas pero pasaron varios meses hasta que se convencieron de que a ellos también

irían a buscarlos. Primero cayó el gerente de la cooperativa. Fue en noviembre de ese año. Y en Reconquista hubo más detenidos, entre ellos Omar Cracogna, abogado e hijo de otro exgerente.

El que le avisó a Carlos fue su hermano René, que era presidente de la cooperativa. Apenas anoticiado Carlos salió corriendo a avisarles a los demás compañeros. Primero fue a la cabina de teléfono del pueblo y llamó a los que podía. A los demás tuvo que aparecérselos uno por uno y pedirles que corrieran la voz. Como siempre, la cadena funcionó en las colonias santafesinas de productores.

—¡Se nos viene, se nos viene! —repitió Carlos de casa en casa. Y mientras él iba y venía, en Reconquista interrogaban a Cracogna que, en lugar de “cantar” la casa de su compañero Orlando Vicentín como le pedían los “milicos”, los llevó a la casa del padre creyendo que así le daba tiempo para “rajarse”. Supuso que Vicentín vería el movimiento de los seis o siete vehículos policiales desde su casa, muy próxima a la de su padre, no más de mil metros y sin interferencias visuales. Se equivocó Cracogna. Pensó que protegía a su amigo y en realidad le ponía sin querer un salvavidas de plomo. Porque Vicentín estaba en alerta y “junaba” su casa desde la de su padre cuando llegó la patota con Cracogna desde Reconquista. Orlando empezó a disparar y se escapó mientras recibía una balacera de no menos de quinientos tiros. Uno solo lo alcanzó.

Desde la casa de sus suegros, Carlos Cremona, con Cecilia que acababa de darse cuenta de que estaba embarazada, escuchó los tiros que en la soledad del campo resuenan más. Tata ta tatata, tatata, tatata... oyeron, y mientras escuchaban juntaron tres o cuatro cosas y se escaparon lo más rápido que pudieron. Escondidos entre yuyos esperaron que todo se calmara para acercarse a la casa de los Vicentín y ahí,

agazapados, se convencieron de que los habían matado a todos incluido a Orlando, a quien habían visto correr y caer hacia adelante, alcanzado por un tiro. Desde afuera de la casa oyeron el llanto de una niña. La hija de su amigo se había salvado, concluyeron. Lo que no supieron es que Orlando no había muerto y en la casa había más sobrevivientes.

Sin comida, con una campera, un pantalón, un cuchillo, un revólver y alguna cosa más enfilaron para el monte. Ya verían cómo se arreglarían. Ya verían...

Anteriormente habían pasado a la clandestinidad otras dos parejas, dos delegados de colonia con sus compañeras. Héctor y Lidia, uno de los matrimonios, acababan de dar a luz a una niña en medio del monte.

Las tres parejas empezaron a recorrer los rincones ocultos de los cañaverales en el norte de Santa Fe aquel mes de noviembre, como antes lo habían hecho otros que reclamaban por los derechos laborales de los hacheros y los de los agrarios en las Ligas de Chaco y Misiones.

A veces iban juntos los seis y a veces de a pares. Así pasaron ocho meses en el monte hasta que llegó el día. Carlos cortaba la caña con su machete y con las manos paspadas por el frío arrancaba las hojas. Después de arrancar media docena, torció la boca hacia la derecha y como si fuera una flauta transversa apoyó la caña entre las muelas que clavó por debajo del nudo mientras desgarraba la parte más dura hacia atrás y la escupía sobre la tierra seca. Apareció el jugo pero no lo tomó. Extendió la caña y se la ofreció a Cecilia.

Los cañaverales tenían ese año casi cinco metros de altura. El cupo impuesto por el ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz había limitado la cosecha y para ellos era el mejor escondite aunque para los productores cañeros fuera una mala situación y se quedarán con toda esa producción ahí plantada.

Cecilia chupó la caña que le alcanzaba su marido y recordó, una vez más, qué fue lo que la enamoró y de qué cosas estaban convencidos y por qué estaban juntos y escondidos. Habían pasado varios días comiendo poco, como cada tanto les ocurría desde que se habían escondido y Cecilia sentía cómo se le endurecía la enorme panza. Cuando la ingesta de azúcar hizo mover al bebé se paralizó por el dolor. De pronto sintió que no podía respirar. Pero pasó. Ya viene, pensó. Pero no. Pasó otra vez. Hubo tiempo de seguir los planes y de buscar a la partera que hacía rato estaba apalabrada por la red de amigos que ayudaban desde afuera.

Era 10 de julio de 1977 y casi amanecía cuando en un vehículo llegó la mujer que los ayudó. Cecilia parió agachada en cuclillas entre las cañas y debajo de la lona verde de una vieja carpa que Carlos había extendido a modo de techo. Chachi lloró casi en silencio cuando nació. Ya en ese primer instante lo calmaron en susurros para que aprendiera a callar.

Cuando la partera se fue ya eran cerca de las diez y el bebé tomaba la teta pegada su panza contra la panza de Cecilia. Los dos sentían calor.

Remo Vénica con su esposa Irmina, embarazada, acababan de llegar junto a otra pareja, caminando desde el monte chaqueño. Los miraba y repetía en voz baja: “Chachín, Chachín, Chachín”.

Hacía pocos días le había propuesto a Carlos que usara el nombre de Chacho Peñaloza como nombre clandestino y a Cecilia que se convirtiera en “Malena” como la protagonista del tango de Homero Manzi.

Remo la había pasado bien feo en el Chaco y les había advertido que para sobrevivir era imprescindible acentuar hábitos de seguridad.

Entonces Remo pasó a ser “Sergio”, Irmina se llamó “Nené”, otro productor pasó a ser “Pato” y el cuarto hombre,

también llegado en esa expedición como Vénica, pasó a llamarse “Ernesto”.

Hacía ocho meses que estaban escondidos y otro año más seguirían igual. No estaban aislados, sin embargo.

Vénica y su mujer escapaban desde el Chaco y supieron que había compañeros escondidos en Santa Fe. Se los dijo un agricultor familiar que era de Reconquista en un encuentro que tuvieron violando las reglas de seguridad que se habían autoimpuesto.

–Los otros están por ahí –les dijo.

–¿Dónde?

–Por ahí...

–Preguntales si nosotros podemos juntarnos con ellos y charlar.

Entonces se organizó el encuentro en el norte del monte con Carlos y Cecilia que los acercaron luego a las otras parejas, repartidas entre el centro y el Sur.

Fueron los Vénica quienes les contaron que en la zona rural chaqueña la represión había torturado a mansalva, incluso a los campesinos que sin tener ninguna militancia podían tener información o haber colaborado con los que estaban escondidos en el monte o en cuevas debajo de la tierra.

Conversando con los chaqueños, los santafesinos advirtieron que había que organizarse de otra manera y “guardarse” más de lo que lo habían hecho hasta ese momento porque seguramente las fuerzas de seguridad iban detrás de las huellas que podían haber dejado en su huida.

Con más maña que herramientas hicieron un pozo bien grande, una especie de “tatusera” o trinchera donde esconderse casi como enterrados vivos en caso de que hiciera falta. La taparon con ramas y pasto para que no se viera e idearon un sistema de buzones para dejarse mensajes entre ellos. Con el fin de pertrecharse para tiempos de hambre enterraron en

distintas zonas del monte yerba, miel, azúcar y a veces grasa también. Usaban botellas de vidrio que tapaban con mucho cuidado para poner a resguardo los alimentos. Eran embutes en la tierra o en troncos que a veces les costaba distinguir de tan escondidos que estaban.

La memoria, que para algunas cosas era mejor no tener, en este caso debía agudizarse, igual que el sentido de la vista. Escondites sin marca dispersos por el monte podían ser la salvación. Cuando había ánimo para hacerlo, bromeaban y decían que se sentían perros de caza, a veces buscando una presa y otras un hueso enterrado.

Con todas esas preocupaciones estaban cuando nació Chachi, a quien así llamaron después de tanto “Chachín, Chachín”, repetido por Vénica.

El exilio en el campo agudizaba el ingenio frente a la necesidad. Cuando el niño nació ya tenían guardados trozos de sábanas o telas viejas para utilizar como pañales. Los géneros eran de tonos marrones o verdosos porque el blanco era demasiado visible en el monte. Si eran de otro color, los teñían para que se camuflaran entre las plantas cuando los lavaban y extendían al sol al llegar a algún sitio con agua.

Compañeros obreros del surco o campesinos compartían con ellos esas cosas cuando se aparecían, de noche y sin aviso, en alguna casa. Así conseguían casi todo lo que el campo no les daba.

La lluvia era complicada en el monte para caminar, pero les garantizaba protección y, además, les ahorraba el esfuerzo de transportar agua, que era lo que más pesaba en el día a día. Pero peores eran las noticias que oían en la onda corta a través de emisoras extranjeras sobre la situación argentina. También leían diarios, viejos la mayoría de las veces, y hasta algunas revistas. “Por seguridad se hablaba poco y en voz baja, casi susurrando, y los niños se criaban con esta disciplina”,

recuerda el matrimonio de Villa Ocampo. Dividían tareas después de caminar para mantenerse en movimiento y que no los pudieran detectar. Uno cocinaba, otro escuchaba noticias, otros buscaban comida. Mientras duró el embarazo, Cecilia incluso hizo ejercicios de parto. Todo ayudaba a aguantar y a mantenerse alerta y con la mente clara. Se dividieron en tres grupos: Carlos y Cecilia con Chachi se movían junto a Remo e Irmina que pronto dio a luz a Eduardito. Héctor, su mujer, Lidia, y su hijita iban por otro lado y un tercer grupo lo formaban los otros dos matrimonios.

Chachi tomaba la teta y cuando no le alcanzó empezaron a conseguir leche en polvo y hasta Nestum. El alimento para el bebé se transformó en la prioridad, había que salir a buscarlo y cargar lo que se pudiera hasta el escondite.

Los movimientos eran siempre de noche y se turnaban para dormir de día. En las caminatas, era Carlos quien casi siempre llevaba al niño. Cruzaba sobre su hombro derecho una alforja de caballo: delante el bebé con sus piernitas colgando y detrás la ropa de los dos, que era bien poca, la leche en polvo, harina, grasa y yerba, o lo que hubiera para comer.

Al principio fue relativamente fácil. Hasta que Chachi creció y empezó a dar sus primeros pasos. Caminar no era sencillo, sobre todo de noche, pisando cascotes, ramas y hasta víboras o cualquier otro bicho escondido en la maleza.

Pero había que seguir escondidos y mientras empezaban a analizar la posibilidad de salir del monte, Chachi hizo todo lo que hace un bebé de su edad, aunque en su caso con el cielo como techo. Y sin llorar. Ni quejarse.

No era como las charatas que hacen mucho alboroto, bromeaban sus papás. Durante horas las esperaban hasta que bajaban de los árboles. Había que apuntar bien con la gomera para no hacer ruido y tirar. Si el piedrazo era certero, tac, el ave caía al suelo y había carne para comer. Entonces el

día era una fiesta. Si erraban, era un escándalo en medio del silencio y había que “rajar”.

Con hambre, cualquier pajarito era buen complemento para hervir con un pedazo de zapallo o con un trozo de mandioca o una batata. Los huevos de tortuga eran un manjar. Soja o maíz frito en grasa, gentileza de compañeros, a veces también había. Y cuando no había, no había, “qué le vamos a hacer”, calmaba los ánimos Cremona con la panza haciendo ruido en medio del silencio.

Pocas veces se oía una queja. Cremona era pura disciplina. Su mujer también. Ambos aprendieron a meter el cuchillo en el costado del caparazón de las tortugas, a abrirlas con facilidad y hervirlas hasta que su carne supiera a pescado aunque fuera dura y difícil de masticar. Nada les daba asco en el monte. Había que comer para andar, para tener fuerzas, para correr si fuera necesaria una urgente huida. Y Cecilia se tenía que alimentar para darle la teta a Chachi. Lo hizo durante nueve meses hasta que lo pudo destetar.

Aquella Nochebuena, la tercera que pasaban clandestinos en el monte, no hubo hambre entre los agrarios. Ya hacía casi tres años que andaban dando vueltas por ahí. Muchos compañeros de afuera sabían que ellos estaban escondidos y aumentaban los riesgos. Pero era Navidad y para evitar la sensación de culpa por violar un Mandamiento, dijeron que expropiarían una vaca en lugar de usar el verbo robar. Así se hicieron de un ternero al que carnearon sin remordimientos. En la sobremesa se sentaron a hablar.

Chachi jugaba a un costado, como casi siempre. Ensimismado apretaba la nariz contra el suelo y buscaba bichitos entre las plantas mientras apenas hablaba en susurros. Lo mismo haría más tarde en el patio de la guardería en Cuba, cuando llegara unos meses después.

–Ya somos muchos –dijo uno.



Chachi y Rosana, la foto es del 1° de mayo de 1982, cuando Cecilia fue a buscar a sus hijos a La Habana.

–Ya son muchos chicos –opinó otro, que miraba a Chachi, a la hija de Héctor y a Eduardito Vénica, los tres nacidos en los cañaverales. Además, anunciaron que Cecilia estaba otra vez embarazada.

Para no cargar más responsabilidades nadie mencionó lo que había ocurrido la última vez que se juntaron, cuando la nena de Héctor lloró y vieron a lo lejos cómo un hombre se metía en el cañaveral para ver qué pasaba. Carlos les hizo señas con una mano, se paró, empujó unas cañas y sorprendió al visitante. Extendió la derecha y se presentó, pidió solidaridad y vio que no era uno sino que eran dos los hombres que se habían acercado. Los hombres le devolvieron el apretón de manos y se fueron. No pasó nada ese día pero sí al siguiente.

A lo lejos vieron a la Policía y al Ejército. Estaban cerca de su rastro y solo era cuestión de tiempo. Con los pibes era difícil huir. Un gaucho al que interrogaron los policías se hizo el distraído y en cuanto se fueron se metió entre las cañas y puso sobre aviso a los campesinos escondidos.

Dos veces habían zafado en apenas dos días y con la experiencia de lo que sufrieron Irmina y Remo en el Chaco –donde ella había sido incluso herida de bala– era cuestión de sumar dos más dos para que les diera cuatro.

–Es hora de rajarse a la mierda –concluyeron y lo dijeron así, sin tapujos, porque no había lugar para medias tintas.

La decisión la tomaron entre todos.

Remo había ya empezado con algunos contactos.

Armaron un plan y próximos encuentros.

Repartieron la carne que sobró del asado expropiado y contactaron a amigos solidarios, parientes, compañeros de militancia y anduvieron y anduvieron en el monte hasta que los Vénica por un lado y los Cremona por otro, pudieron tomar un colectivo, llegar a Buenos Aires luego de algunas peripecias y esconderse en la gran ciudad durante un tiempo en el que tuvieron que trabajar para reunir algo de dinero hasta que finalmente, con ayuda de otros amigos y compañeros, lograron salir del país y refugiarse en Europa.

Chachi ya quería al bebé por venir y acariciaba la panza de su mamá para sentir cómo se movía.

Fue en España donde se reencontraron con “Quique” Lovey, su referente, y con muchos agrarios con los que discutían cómo resistir a la dictadura. En Madrid, en noviembre de 1979, nacería Rosana.

En las reuniones hablaban de volver, de los que habían quedado sin ayuda en Argentina, y Lovey les contó entonces de la guardería en Cuba. Carlos quería rescatar a los agrarios en peligro, a Héctor y su familia entre ellos y a otro matrimonio

que hoy está desaparecido. Y estaba la niñita mayor de Vénica que había quedado a resguardo de una familia cuando el matrimonio huyó al monte. En lo peor de la represión en Chaco, quienes cuidaban a la pequeña fueron secuestrados y la niña fue derivada a un orfanato.

–Hay que volver, pero sin los chicos –repetían.

El matrimonio mantenía su fe en Cristo y en España el sacerdote Jorge Adur, capitán y capellán del Ejército Montonero, bautizó a los dos niños juntos. La ceremonia tuvo lugar justo antes de que Chachi y Rosana partieran con su mamá hacia la guardería. Después de eso, Chachi dejaría de hablar y se sumergiría en un casi permanente silencio.

El doctor Martín Valdés, del hospital Pediátrico Docente de Centro Habana, colaboraba con Tropas Especiales. Era el único autorizado a tratar a los chicos de la guardería montonera. Ninguno de ellos podía dejar el hospital sin que él lo autorizara.

Sin embargo aquel día en que Susana Brardinelli de Croatto ingresó con Laurita volando de fiebre –no era la primera vez que ocurría con la niña–, no podía atenderla y entonces llamó a una doctora de extrema confianza que, casualmente, era argentina. Astrea Damiani había llegado a Cuba cuando le faltaban dos materias para recibirse, había terminado sus estudios y recibido su diploma de mano de Fidel Castro y se había ido un tiempo a un hospital en la Sierra Maestra. Hija de un pediatra que también estaba en la isla, sobrina de otro y esposa de un tercero, la doctora recibió la orden tajante de no hablar con estos pacientes y no hacer mención a su nacionalidad. “No preguntes nada –instruyó el doctor a su médica–. Hay una guardería de niños de tu patria como también hay chicos de otras patrias aquí en la isla”, agregó él. “No me cuente nada”, pidió ella y cumplió la recomendación de no hablar ni preguntar nada más que cuestiones médicas. Así fue hasta que

un día volvió al servicio y junto a la niña llamada Laurita vio sentada a otra mujer, rubia, delgada, de ojos claros.

Interrogó con la mirada a una enfermera:

–Dice que es la madre –le respondió la muchacha.

La doctora se acercó, se presentó y le dijo a la mujer: “Esta niña no se va de alta hasta que venga quien la ingresó”.

–Está bien –respondió la madre, que era “Juani”, es decir Adela Segarra, recién llegada a la isla a buscar a su hija.

Con el tiempo, Astrea Damiani empezó a conocerlos más y a ayudar a su jefe y colega el doctor Valdés aunque sin hablar ninguno de ellos sobre la Argentina.

Iba y venía Susana Brardinelli de Croatto con los niños.

Un día llegó cargando a varios de ellos. El más pequeño, Chachi, lloraba en silencio.

–Creo que es dolor de oídos –opinó Susana.

Astrea fue a sacarle algo que pensó que se trataba de un algodón y era en cambio una tremenda bola de pus. Buscó al otorrinolaringólogo y no lo encontró. No estaba ese día.

Entonces la doctora temió que el oído del pequeño corriera riesgo y tomó una decisión. Le dijo a Susana que la siguiera con los chicos y se fueron todos en su viejo y descacharrado BMW a recorrer hospitales. En el Pedro Borrás encontraron un otorrino que hizo el lavado necesario en el oído del niño y trató su infección ótica.

Pasaron los días, las consultas y las internaciones de diferentes chicos y no hubo manera de que no naciera una amistad. Astrea tenía dos hijos un poco más grandes, Alejandra y Carlos Ernesto, y criaba a un tercero, uruguayo, hijo de tupamaros detenidos.

Pronto formó parte del círculo de confianza y le permitieron llevar de paseo a algunos de los niños. La idea era que salieran, que se distrajeran, que tuvieran otras experiencias y se mantuvieran entretenidos.

Astrea se llevaba entonces en su auto a tres de los chicos de Adela Segarra, su hijo mayor, Jorge, y las hijas de su pareja, Ana y Fernanda. Su pequeña recién nacida Laura, por ser bebé, no salía de la guardería. Lo mismo ocurría con los niños de las Ligas, la pediatra sólo se llevaba de paseo a Chachi pero no a su hermanita pequeña que tenía apenas unos meses.

Cuando empezaron a salir a pasear, Chachi seguía hablando poco. En el mismo BMW blanco en el que un día había recorrido hospitales, una tarde Astrea los llevó al cumpleaños de un amigo de sus hijos detrás del Parque Lenin. El coche, además de ser chico, estaba repleto. Y Chachi tal vez se sentía seguro sobre un almohadón que la doctora había colocado entre su asiento de conductora y el de su acompañante, una doctora endocrinóloga llamada Tania. O tal vez el episodio con su oído lo había acercado a Astrea o le había dado confianza.

Por lo que fuera, mientras Chachi iba sobre el almohadón, escuchaba al resto de los niños amontonados en el asiento trasero. Le costaba participar de la algarabía del grupo. Justo a la altura del hospital William Soler todos arrancaron a cantar con entusiasmo una canción. Todos excepto Chachi.

Mientras cantaban y gritaban fuerte el pequeño tocó el antebrazo de Astrea y en un susurro dijo, casi como si pidiera autorización: “Quiero cantar”. La doctora abrió los ojos bien grandes, esbozó una sonrisa enorme y con un grito alegre anunció: “¡Cállense que va a cantar Chachi!”.

Se hizo silencio en el auto y la vocecita del niño arrancó con la primera estrofa de la Marcha Peronista hasta que enmudeció. Cuatro frases y paró mientras los otros lo miraban entre sorprendidos y muertos de risa y se sumaban al “todos unidos triunfaremos”.

El Batallón 601

Las sospechas de estar vigilados que muchos tenían eran, evidentemente, fundadas. Las caídas en 1979 y 1980 lo prueban.

Y un documento encontrado por la Justicia argentina que fue elaborado mientras los niños estaban en la guardería da escalofríos. Con fecha 15 de octubre de 1979 el Batallón de Inteligencia 601 había preparado un informe con el detalle pormenorizado del funcionamiento de Montoneros y la primera “campana de la contraofensiva”. Ocho meses después, el informe fue ampliado y daba cuenta, entre otras cosas, del “aniquilamiento” de parte de las tropas que habían ingresado en el país. El nuevo informe citaba incluso conversaciones en el más alto nivel en Montoneros y fue utilizado por el juez federal Claudio Bonadio como parte fundamental de la causa 6859 que investigó el secuestro y la desaparición de dieciocho militantes montoneros, cuya única sobreviviente fue Silvia Tolchinsky. En el marco de esta causa fueron detenidos cuarenta militares —encabezados por el general Leopoldo Fortunato Galtieri— y en el año 2003 Perdía y Vaca Narvaja al salir de sus domicilios, en Floresta y en Tribunales, respectivamente. Desde España, Firmenich solicitaba la excención de prisión. El juez investigó la responsabilidad de los tres jefes montoneros en la desaparición de trece de sus subordinados que ingresaron a principios de 1980 en la Argentina. Consideró que crearon un “riesgo especial” y no se tomaron los recaudos para evitar los secuestros. Sin embargo, la Cámara Federal revocó las detenciones ordenadas por el juez que incluso enfrentó un intento de juicio político, por mal desempeño, ante el Consejo de la Magistratura de la Nación. Los camaristas Martín Irurzun, Horacio Cattani y Eduardo Luraschi consideraron, entre otras cuestiones, que “es difícil de comprender el modo en que ciudadanos particulares, a

través de una toma de decisión individual, pudieran prestar un auxilio imprescindible para que los integrantes de la asociación ilícita (en este caso Firmenich, Perdía y Vaca Narvaja) realizaran los actos delictivos que se les imputan”.

“Los cursos Pitman, no van”. En la octava de 43 líneas de la tercera página del documento 93 (“estrictamente secreto y confidencial”, elaborado por la Central de Reunión del Batallón 601 en junio de 1980) la frase se le atribuye a “Roque”, el comandante Raúl Clemente Yäger. Según el texto se la dijo a Firmenich a su regreso del atentado cometido contra el empresario Soldati en el que fueron asesinados tres dirigentes montoneros, en noviembre de 1979.

“Al dar cuenta de él, pone de manifiesto ante el DT (NL) FIRMENICH, su excepticismo (SIC) en cuanto a la eficacia de las TEI instruidas en MEDIO ORIENTE”, cita el documento. Y sigue: “En la misma oportunidad le expresa que está reuniendo información para ejecutar el blanco seleccionado para Dic 79; se estima que se trataba del Presidente de la Nación, Tte Gral VIDELA”.

El informe deja en claro que las fuerzas militares tenían mucha y precisa información. Demasiada, aunque no toda. Su lectura hace evidente que un plan como el que estaba en marcha desde La Habana tenía pocas probabilidades de ser eficaz, de sortear la vigilancia y la desigualdad de fuerzas para cualquier enfrentamiento.

En el informe hay nombres y apellidos de los “DT” (delincuentes terroristas), rangos en la estructura del Ejército Montonero, funciones, “nombres de guerra” (NG), nombres legales (NL), lugares de trabajo, funciones y otros detalles escritos en máquina de escribir. Hay subrayados y agregados a mano en casi todas las páginas del documento.

El informe atribuye la escisión de parte de la Organización con Rodolfo Galimberti a la cabeza al “militarismo”,

“elitismo”, “la falta de democracia interna” y “el despotismo manifiesto por parte de la ‘CN’ (NDR: Conducción Nacional), en especial del DT (NL) MARIO EDUARDO FIRMENICH”. Las mayúsculas y las siglas corresponden al original.

“Esta actitud obliga a la CN a modificar sus planes sobre la marcha de los acontecimientos y el ‘comando táctico’ previsto se ve incrementado en cuanto a cantidad y calidad de sus integrantes; otros miembros de nivel se ven obligados a ingresar al país, para cubrir los claros dejados por el grupo disidente liderado por el DT GALIMBERTI”.

Así, enumera y menciona con alias o nombres reales, según los datos con los que evidentemente cuentan o no, “las bajas producidas durante 1979” y concluye que se “resiente seriamente a la ‘BDT’. (NDR: Banda Delincuente Terrorista)”. “Entre las bajas producidas durante 1979 se encuentran los DDTT (NG) ‘Hernán’, (NG) ‘Willy’, (NG) ‘Juliot’, (NG) ‘Rolo’, (NG) ‘Patricia’, (NG) ‘Anita’, (NG) ‘Negro Marcos’, (NG) ‘Petete’, (NG) ‘La Chancha’ y (NG) ‘Gordo Julio’ lo que resiente seriamente a la BDT. Entre las ‘TEA’ (NDR: Tropas Especiales de Agitación), se producen ese mismo año veintiuna bajas y entre las TEI (Tropas Especiales de Infantería), cinco”. Y luego describe lo que establecieron que ocurrió: “Aproximadamente en Nov 79, los militantes prófugos se repliegan al exterior. El material salvado de la acción de las FFLL es depositado en empresas guardamuebles previendo su retiro, para continuar la actividad, entre Feb/Mar 80; esto, en gran parte es desbaratado al efectuarse procedimientos sobre dichas empresas y secuestrarse la casi totalidad del material de ICM, Com, Arm y Expl en ellas depositadas”.

Agrega que “las inspecciones a dichas empresas se efectúan en todo el territorio del país y se logran resultados positivos” en Rosario, Santa Fe, Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Se menciona el hallazgo de granadas SFM G-5 Y G-40

“fabricadas antes del éxodo de los militantes integrantes de la logística de la BDT al exterior (1977)”.

Entre otras conclusiones “se determina que lo más importante de la logística de la BDT –diseño, producción y distribución de armas y explosivos– se encuentra funcionando en el exterior, careciendo en el país de infraestructuras importantes”.

Continúa el texto: “La totalidad de los militantes se replegan al exterior sin cumplir el último objetivo de la actividad armada. También se sabe que de los blancos determinados no se ejecutaron los dos principales y más importantes: el ya mencionado y el Ministro de Economía, Dr MARTINEZ DE HOZ”.

“Cabe mencionar que la repercusión en la opinión pública, lejos de serle favorable a la BDT, fue en la mayoría repudiada” en tanto se afirma que “a pesar de lo expresado, la CN evalúa como positivo el accionar durante la ‘contraofensiva’ desarrollada en 1979; que el alto costo de vidas y material está justificado por los réditos obtenidos”.

El informe describe los cursos y actividades en México, España, Perú, Cuba, Panamá y en Siria y El Líbano.

“La instrucción militar que brinda Al Fatah a la BDT, obedece a convenios firmados en 1977 por el DT (NL) HORACIO ALBERTO MENDIZÁBAL (NG) ‘HERNÁN’ y el responsable militar de Al Fatah, ABOU JIMAD. En estos convenios constan los compromisos, por parte de ésta, de prestar ayuda en cuanto a la instrucción militar y compra de armamento y, por la BDT, de instalar una planta de elaboración de explosivo plástico (hexógeno), disponibilidad de personal técnico para ello, mantenimiento y producción (esta última es de propiedad exclusiva de la OLP-Al Fatah)”.

Después de describir la estructura de funcionamiento de la Organización, menciona los objetivos para el año en curso:

“Continuar con la ‘campaña de la contraofensiva’, iniciada a principios de 1979”, “lograr la insurrección armada generalizada” y “desarrollar un ‘frente de liberación nacional y social’ que los lleve al poder y desde ahí, desarrollar el ‘proyecto nacional revolucionario’ dentro de un ‘estado popular’ y construir la ‘patria socialista’”.

En la página 7, después de dar cuenta del funcionamiento de Montoneros en Cuba, se refiere en extenso a “la guardería”. Los datos y nombres allí incluidos son, a la luz de los testimonios compilados para este libro, correctos:

“Está a cargo de la DT (NL) SUSANA BRANDINELLI de CROATTO, Mil, está solventada por las Tropas Especiales Cubanas, en cuanto alimentación y personal” indica e incluso menciona la “guaguüita” (aunque la llama “combi”) entregada por el gobierno de Fidel Castro para el traslado de los chicos a las escuelas y círculos infantiles. “Los hijos de los DDTT que ahí se alojan son atendidos de sus problemas de salud en el Hospital Centro de LA HABANA; el equipo médico encargado de esta labor está a cargo del Dr VALDEZ MARTIN. Esta guardería cuenta con una asesora pedagógica, HILDA CORONEL y una psicóloga conocida como RUTH, las que hacen visitas mensuales a la instalación. En forma permanente se desempeña una enfermera de Salud Pública llamada LIDIA. La asesora pedagógica es quien se encarga de matricular a los hijos de los DDTT en los ‘círculos’”.

Los mismos datos aún hoy muchos militantes los reservan o incluso los han olvidado. Un médico con quien conversé en La Habana, por dar solo un ejemplo, se resistía a darme información sobre la psicóloga que visitaba a los chicos si no contaba con la autorización correspondiente. Ese diálogo lo tuve a mediados de 2012; sin embargo, en junio de 1980 el Batallón 601 ya tenía ese dato. De hecho mencionaba a Ruth sin decir, claro, que fue ella quien recomendó a los responsables

de la guardería que cada niño tuviera una cajita con pertenencias personales, con cositas o recuerdos que proponía se llevaran el día que se marcharan para tener con ellos algo de los días en Cuba, para que ese tiempo no cayera en el vacío, ni en el olvido, para que algo les fuera propio y se pudieran aferrar cuando todo parecía efímero.

Sin embargo no figuran en el documento todos los nombres de quienes algo tuvieron que ver con la guardería o con algunas de las acciones desarrolladas por los que allí estuvieron. O eran datos que no tenían, o no consideraban necesario transcribirlos; aunque esta segunda opción parece poco probable en fuerzas verticales donde se debía informar todo a los superiores. Y hay detalles sugestivos, de difícil acceso para alguien ajeno a la Organización. Como por ejemplo cuando menciona el trabajo de realización de síntesis de prensa elaborados en la oficina de calle Primera, donde se recibían diarios y revistas desde la embajada cubana en Buenos Aires. “FIRMENICH lee directamente los recortes y no las síntesis”, se señala. Y se describe el equipamiento con el que se trabaja en la oficina de la Comandancia, en avenida Primera.

A ver el mar

Los adultos montoneros de la guardería sabían, sin conocer aquel documento, que aun sintiéndose seguros en Cuba debían tomar recaudos en lugares públicos. Sin embargo, salían a pasear con los niños, ya desde cuando estaban en la casa de Siboney, y más aún cuando se mudaron a la calle 14 y tuvieron a su disposición la “guagüita”, que facilitaba el traslado y evitaba que tuvieran que hacer varios viajes con el Lada que usaban allí y el Lada que manejaba Adolfo.

Una tarde de fin de semana cuando el calor apretaba y llevaron a los chicos a una piscina pública, temblaron al ver que el hijo del embajador uruguayo estaba allí. Se suponía que ellos eran también uruguayos y no argentinos y los chicos sabían que había cosas que no debían decir. Pero eran chicos y a veces hasta jugaban a que eran guerrilleros en el patio o los casi adolescentes tuvieron incluso una revista “política” en la que expresaban algunas de las cosas que pensaban y sus demandas de niños. Hasta hubo una vez en que confeccionaron pancartas e hicieron algo así como una manifestación alrededor de la casa. Pasaron tanto tiempo y tantas cosas en la vida de todos ellos, que ni grandes ni chicos recuerdan lo que motivó aquella protesta. No debe haber sido por las revistas *Billiken* y *Anteojito* que recibían en forma alternada, porque eso se los habían explicado bien. También la embajada de Cuba en Buenos Aires mandaba ejemplares de esas revistas para los chicos con los regalitos que traían. A quien una vez le tocaba *Billiken* en el envío siguiente le daban una revista *Anteojito* de modo que si uno esperaba ansioso el regalito que se promocionaba en el número que le habían dado, no le tocaría luego porque ya no le daban esa sino la otra.

Los niños vivían en su mundo de fantasías y juegos infantiles, pero al mismo tiempo conocían las actividades de sus padres y los peligros que entrañaban, algunos hasta habían visto armas. En la escuela hablaban de “revolución” y en las casas y en la guardería les daban las razones por las que los adultos regresaban a la Argentina. Por lo tanto aquella tarde en la piscina dos o tres niños se zambulleron y al reaparecer en la superficie del agua gritaron al unísono: “¡Montoneros, carajo!”, con un grito que les puso rojas las caras y les raspó la garganta. La suerte estuvo de su lado y el bullicio a su alrededor y otros gritos y zambullidas evitaron que se entendiera la consigna reveladora.



Nora Patrich posa junto a la “guagüita” que les dio el gobierno cubano. Con ella llevaban a los chicos a los “círculos” y a innumerables paseos para entretenerlos.

Las visitas al mar eran las más custodiadas y se viajaba en una especie de caravana con autos adelante y detrás de la “guagüita”. Así sucedía al ir a Santa María donde la arena no es tan blanca como la de Playa Girón ni tan transparente el mar. Tampoco tiene su historia ni la majestuosidad de los cayos del Caribe. Sin embargo, sobre la arena fina y clara y el agua turquesa y tibia de Santa María, más allá de Alamar, más acá de Jibacoa, todavía puede verse cada tanto algún chico ya crecido que vivió en la guardería y que regresa para recordar. Eva Rubio de grande volvió: “Me senté a ver el mar y lloré”, recuerda. Mario Yager va cada dos años, compra algo de comida en un “paladar” y toma una “guagua” en La Habana Vieja, para ver ese mar donde corrían en libertad, donde se tomaban un recreo y se oían sus risas al zambullirse en el mar y flotar livianamente por la concentración de sal.

Olvidaban las penas con la nuca hacia atrás y los ojos puestos en el cielo en esa playa pegada a una de las residencias de Fidel Castro y muy cerca de donde montoneros y cubanos pasaban por alto las restricciones que había en ese momento y hacían algunas prácticas de tiro.

Desandar La Habana hacia el Este era ciertamente una divertida aventura. Partía la “guagua” con Estela –la única mujer que sabía manejar– o Hugo al volante y Nora o Estela cabalgando entre los asientos, entreteniéndolos a los chicos.

Dos coches de apoyo los acompañaban. Uno delante, el otro detrás. Generalmente de la inteligencia cubana.

Media hora les llevaba el viaje que se hacía más corto con las canciones de Nora o Estela.

“Los muchachos peronistas...”, arrancaba una de las dos y “todos unidos triunfaremos” le contestaban a gritos los chicos.

La travesía empezaba en Miramar, a veces con la Marcha de San Lorenzo, y para cuando “Cabral, el soldado heroico su vida rinde haciéndose inmortal” ya pasaban por el Malecón hacia La Habana Vieja y de allí, derecho a la playa. Jiboney también podía ser una opción, pero había que armar todo el operativo más temprano porque el trayecto les llevaba no menos de dos horas de ida. Y otras dos, con los chicos ya cansados, de regreso.

Apenas estacionaban frente al mar corrían los niños felices a zambullirse en el agua o a buscar caracolutos o conchas marinas escondidos en la arena. Era un rato de libertad, incluso para los mayores, que de todos modos mantenían la vista vigilante y los sentidos en alerta.

Así fue aquel sábado en algún mes entre julio y noviembre en que habían olvidado que no siempre los días perfectos duraban en épocas de huracanes. Y el agua no avisó, porque ese día se presentaba en calma y sin olas.



Marina Siri y Ricardo “El Preso” Rubio fueron a buscar a sus hijas Eva y Gabriela a La Habana entre febrero y abril de 1980. Él viajó a México y la mamá se quedó en la guardería un tiempo con las niñas. Aquí se los ve en Playa Girón adonde un grupo de la guardería fue de excursión.

Conversaban los grandes con los ojos en los niños cuando desde el mar apareció un rabo de nube que transformó el agua apacible en rabioso oleaje mientras la lluvia cerrada los sorprendía de repente.

Había en ese entonces una pared de pinos casuarinas, uno pegado al lado del otro, que el viento empezó a levantar de raíz mientras cada adulto atrapaba fuerte a dos o tres niños. Era una tormenta que venía del mar con una violencia de agua y ráfagas de viento que no les dio tiempo para ninguna reacción más que correr hacia el estacionamiento.

Jesús Cruz, de Tropas, le gritó a su mujer –que esa vez lo acompañaba con sus tres hijos– y apretó contra su pecho a uno de los argentinos más chiquitos mientras corría y aferraba

a otros dos con la derecha. Con la cabeza gacha avanzó contra el viento en dirección a la “guagüita” que estaba en el estacionamiento del balneario Mar Azul, a unos diez metros, lejos de los árboles que caían como si fueran de papel.

Además de los responsables de la guardería estaba Fernando Vaca Narvaja con su mujer, “Mery”, y sus hijitos, Susana y Gustavo Sabino, que habían ido en un vehículo de apoyo.

Cuando llegaron a los autos, empujaron a los niños adentro y en un conteo fugaz advirtieron que faltaba uno. El más chiquito de los cubanitos, el hijo menor de Cruz. Jesús miró como interrogando a Iván, el mayor, que todavía abrazaba a varios de sus amigos argentinos a quienes había ayudado a caminar contra el viento. Cada cual pensó que otro había tomado de la mano a Axel. Pero no. Miró Cruz dentro de su auto y tampoco estaba con su mujer ni con su hermanito del medio. Vaca Narvaja y Hugo levantaron la cabeza todo lo que la arena les permitió. Sobre la playa solo se veían palmeras y pinos destrozados. Cruzaron miradas los tres, el “Vasco”, Hugo y Cruz. Alguno de los tres gritó a las mujeres que se quedaron con los niños y corrieron de regreso hacia el mar donde lo habían visto por última vez parado junto a la orilla. Con los cuerpos doblados en dos y los pies enterrados en la fina arena avanzaron. Cruz miró el agua buscando a su chiquito. Hacia el Este corrió Hugo y hacia el Oeste Vaca Narvaja. Cruz seguía petrificado, de rodillas por el esfuerzo para resistir la tormenta, seguro de que al niño se lo había tragado el océano.

El rugido de las olas y el viento tapó los gritos de los argentinos que se alejaban buscando al niño y voceando su nombre.

No fueron más de veinte minutos. Tal vez media hora. Y otro rato más el que siguieron buscando a Axel cuando ya no llovía ni soplabla ese viento Norte maldito.

Hugo volvió desencajado. Miró en silencio a Cruz. El “Vasco” no volvía.

Entonces los dos se acercaron caminando despacio a la “guagua” para ver cómo estaban los niños. Cruz parecía más chiquito de lo que en realidad es y llevaba una expresión que nunca nadie le había visto en la vida. Los hombros encogidos para adelante mientras arrastraba los pies sin fuerza, los párpados caídos y la mirada perdida.

Todos estaban bien y ya se les pasaba el susto. Todos excepto Marisa, la señora de Cruz, que apretaba contra sí a Abel, su hijo del medio. Lo mismo las otras mujeres que advertían lo que sucedía.

Jesús intentó hablar pero la voz no le salió. Además de su hijo, faltaba Vaca Narvaja por lo que los desaparecidos eran dos.

Alguien, desde la “guagua”, gritó.

Cruz se dio vuelta y vio a Gustavo Sabino, interrogándolo. Lo miró y apoyó su mano en el hombro mientras desde la “guagua” volvía a gritar la misma voz. Era Hugo que señalaba a lo lejos con el dedo. A espaldas de Gustavito, la delgada figura de un hombre empezaba a crecer. Era Vaca Narvaja. Y a upa llevaba al niño.

Recién cuando dejaron de apretujarlo, besarlo y abrazarlo, Axel pudo balbucearles lo sucedido: había corrido pensando que lo hacía detrás de los demás. De pronto no vio a nadie, corrió, gritó y sintió cómo un hombre lo alzaba del suelo y lo llevaba a una casa cerca de allí. Era un custodio de la residencia de Fidel, explicó Vaca Narvaja, que lo mantuvo a salvo hasta que oyó la voz del argentino gritando en la playa. “Axel, Axel”. Y fue Axel el que oyó y le avisó al custodio: “Soy yo”.

Como una sola flor

En la guardería los chicos contaban con los cuidados de los adultos a cargo y con la visita periódica de profesionales cubanos, pero además se convocó al psicólogo Juan Carlos Volnovich, exiliado en la isla. A fines de 1971 había protagonizado, con sus compañeros del “Grupo Plataforma”, la primera ruptura por razones ideológicas y políticas en el seno de la institución que fundó Sigmund Freud, lo que dividió el psicoanálisis mundial en dos: “Un psicoanálisis muy funcional al *establishment* y un psicoanálisis que pretendía ponerse al servicio de los movimientos de liberación nacional y los movimientos revolucionarios”, afirma. Tras su renuncia a la Asociación Psicoanalítica Argentina y a la Asociación Psicoanalítica Internacional conformó la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental, un gremio muy numeroso que incluía a psiquiatras, psicólogos y a trabajadores sociales de origen montonero, independientes y afiliados al Partido Comunista.

En 1973 Volnovich viajó a Cuba y allí funcionarios del gobierno le ofrecieron invitaciones para que algunos psiquiatras y psicólogos argentinos visitaran la isla. De regreso al país compartió las invitaciones –que incluían pasajes y estadía– con la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental. Él era un montonero en ascenso pero invitó a sus colegas sin diferenciación política y sin consultar con la Organización. Por esa decisión en solitario, Montoneros dispuso su degradación en la estructura. “Probablemente eso me salvó la vida”, evalúa hoy mientras también recuerda que en ese mismo viaje, en el *lobby* del Habana Libre, fue donde conversó confidencialmente con Gelman (en ese momento en la Conducción de Montoneros y en buenas relaciones con la Casa de las Américas y el comandante Manuel Piñeiro Losada)

sobre qué hacer con los niños que perderían a sus padres “en la catástrofe que se vendría”.

A fines de 1976 Volnovich volvía a la isla con su familia, a instalarse. Allí trabó una gran amistad con María Antonia Berger, sobreviviente de la llamada masacre de Trelew, que ya estaba en La Habana. Fue ella, la “embajadora” de Montoneros, quien le ayudó a retomar la relación con la Organización y lo acercó a los responsables de la guardería de 1980.

Como todo profesional de la salud, Volnovich tenía por costumbre realizar una historia clínica de los pacientes y para ello “necesitaba los datos sobre dónde y cómo nació, si había sido deseado o no, cómo había transcurrido el embarazo, si había tomado el pecho ese niño”. Pero la información disponible estaba bajo llave en la calle Primera y la mayoría de los chicos eran demasiado pequeños para expresar su historia con palabras. Por eso de noche, después de cenar y cuando ya los niños conciliaban el sueño, Volnovich, que vivía muy cerca, se daba una vuelta por la casa y se sentaba a charlar con Susana Brardinelli y los demás para pensar juntos cómo podían ayudar a los niños con problemas. Cada cual contaba lo que percibía. “Había una cosa de mucha tristeza, había datos de los que caían en la Contraofensiva y se nos ocurrió pensar en actividades recreativas para darles alegría a los niños”, rememora Volnovich que además cuenta que cuando no había palabras era a través del juego que encontraban la posibilidad de ayudar a los niños a quitarse los miedos y las angustias que la realidad les despertaba. Junto a su mujer solía visitar a una amiga cuya hija, Juana Paz, estaba de novia con Silvio Rodríguez, el trovador. Y una de esas tardes que estaban allí tomando un café, justo llegaron los novios y Volnovich aprovechó para preguntarle a Silvio si tenía algún show previsto para llevar a los niños a escucharlo cantar.

Silvio guardó silencio un momento y luego le dijo: “No,

compañero, de ninguna manera. El que va soy yo”. El trovador ya conocía la guardería y también a algunos de los adultos con quienes había mantenido extensas conversaciones políticas.

Y fue así que organizaron un sábado por la tarde la visita del cantautor, pero por razones de seguridad se decidió que la cita no sería en la guardería de calle 14 sino en la casa de Siboney, para no llamar la atención en Miramar. Y se armó algo así como un cumpleaños que fue un show. Y aunque las canciones eran más para adultos, toda esa tarde Silvio y sus compañeros de la Nueva Trova compartieron su música tanto con los niños como con los grandes. Claro que “los tíos” no pudieron relajarse y disfrutar porque no podían quitar la vista de puertas y ventanas, por si algo pasaba.

Cantaron Silvio Rodríguez y Pablo Milanés junto a Vicente Feliú. Entonaron los versos de Gabriela Mistral a los que Teresita Fernández les puso música, como “dame la mano y danzaremos, dame la mano y me amarás. Como una sola flor seremos, como una flor y nada más...” y también *Pioneros*, una canción que escribió luego de participar en el proceso que terminó con la independencia de Angola en 1975. “Yo conocí a un internacionalista cubano que estaba en el norte de Angola; él tenía una hija en Cuba y sentía mucha nostalgia por ella y se reunía cada vez que podía con los pioneros a cantar en las ‘sanzalas’, que es como llaman en Angola a las aldeas. Pensando en él hice esta canción”, narró Silvio.

La canción dice en sus dos primeras estrofas:

*El domingo me fui a la sanzala,
me puse las alas, me sentí mejor,
porque oyendo un cantar de pioneros
me sentí más lleno de Patria y de amor.*



Nicolás, hijo de Nora Patrich, y Pepe Firmenich en el comedor jugando.
El comandante montonero iba con frecuencia a visitar a los chicos
de la guardería.

*Fue como regresar a un lugar
donde guardo raíces y luceros.
Fue como si mi niña cantara
y, más, me abrazara en aquella canción.
Fui papá de un pionero de guerra
aquí en esta tierra cantándole al sol.*

No faltó, aquella primera de otras tantas tardes en las que los cantautores regresarían a cantar a los niños, el clásico *Unicornio* ni *Pequeña serenata diurna*, el tema en el que habla de esa mujer clara que era Juana Paz. Esa dama a la que por esos días amaba y ella, en reciprocidad, lo amaba también “sin pedir nada o casi nada, que no es lo mismo pero es igual”.

Como casi todo lo que sé de la guardería, tardé en saberlo porque los protagonistas se demoran en contar. Fue Sabino Vaca Narvaja el primero que desató el nudo que ataba la guardería a Silvio y la Nueva Trova Cubana y detrás suyo otros chicos se animaron con orgullo a hablar de él y sus visitas guitarra en mano. Todos repiten el relato de terceros porque de tan niños que eran a la mayoría se les borró el recuerdo. Incluso se le fue a Silvio durante un tiempo largo. Hasta que nos vimos en una conferencia de prensa que dio en el hotel Sheraton de Retiro. Llevaba él once años sin pisar la Argentina cuando vino a dar varios recitales aquí y en Uruguay. En el hotel conversó con una docena de periodistas y según me dijo Victoria Enquin, a cargo de la prensa, sería mi única oportunidad de charlar con él, por lo que frente a todos los demás colegas tomé coraje y ante el micrófono le conté de este libro. Entonces a Silvio, que acababa de realizar una serie de consideraciones políticas en tono endurecido, se le suavizaron los gestos y se le iluminó la mirada. Sonrió y contestó: “Yo estuve allí”. Y entonces tarareó algunas canciones que cree recordar les cantaba a los niños. Con la vista en el techo, como buscando en la memoria, siguió: “Imagínate todo lo que le pasa a uno por la mente, los cubanos que tuvimos algo que ver con eso tratamos de ayudar, de cooperar con lo que tuviéramos a mano. Ir a cantarles era muy especial”. Como encadenadas parecieron surgirle las imágenes en su cabeza y continuó el relato. Explicó con la mirada en un punto lejano que a veces andaba con su guitarra por La Habana y “me encontraba en la calle a las muchachas o a los muchachos que trabajaban allí en la guardería y me decían “hace rato que no vas por allá”, y entonces yo les decía voy tal día y me aparecía a cantar”. Relata que conocía poco sobre los niños, que sólo sabía que sus papás habían vuelto clandestinos a Argentina y no mucho más.

Cuando la conferencia llegó a su fin esa tarde de noviembre de 2011, y antes de que Silvio se fuera por una puerta lateral, me acerqué, me detuve frente a él y Silvio me miró de frente y directo a los ojos. Calmo, me volvió a sonreír ajeno a los que le indicaban que debía retirarse. Entonces tomé coraje por segunda vez en la tarde y le dije que me pareció que al escuchar mi pregunta sobre la guardería cambiaba su expresión. “Es que realmente hacía muchos años que no me acordaba de eso, una cosa que estaba oscura ahí en la mente y de pronto me la iluminaste. Para mí fue importante y lamentablemente algunas cosas importantes uno a veces se las olvida, es increíble”, respondió, sinceramente conmovido. Mientras alguien lo tomaba del brazo para llevárselo, alcancé a decirle que los niños, ya grandes, me contaron que él iba a la guardería. “¿Se acuerdan? ¿De veras se acuerdan? Qué curioso, ¿no?”, me preguntó sorprendido y se fue, y yo, desde entonces, no puedo dejar de escuchar las canciones que me dijo que les cantó a los niños y lo hago una y otra vez mientras escribo este libro, intentando quizá que “el reparador” acomode mis propios sueños.

También Hugo Fucek, el que se disfrazaba de “Tía Porota”, me contó que fueron varias las visitas improvisadas a la casa de la calle 14. Eran los mismos Silvio, Vicente Feliú y Pablo Milanés, que además alguna noche se quedaron a discutir con los grandes sobre sus ansias de cambiar el mundo. Todavía quieren, se entusiasma frente a mí Vicente Feliú, treinta y largos años después. De hecho me contó Feliú, para que yo entendiera por qué les cantaban a los niños, que en Cuba a él lo pararon a una distancia de tres metros de un cartel con letras alineadas de tamaños distintos. Y que no distinguió ni una sola de todas las que tenía que leer y por eso el Ejército cubano lo dejó afuera y que por eso se perdió la posibilidad de sumarse a la lucha armada en la que

creo “frente a determinadas injusticias y violencia social”. Culpa de su menos nueve de miopía, Feliú se quedó con las ganas de pelear en su tierra como después se quedaría sin poder luchar en Nicaragua. Tendría su revancha finalmente en la revolución de Angola adonde fue junto a Silvio Rodríguez, su hermano del alma, amigo de la niñez, compañero de adolescencia, cocreador de la Nueva Trova cubana. Logró ir porque advirtió que si no lo alistaban, él desertaría de Cuba. Así como lo escribo, así me lo dijo él, como también me contó que no solo les cantaban a los chicos argentinos. A Feliú se le confunden en la memoria los niños de las distintas nacionalidades. “Íbamos a cantarles a niñitos de otros países, hijos de compañeros chilenos y también íbamos a una cuadra de mi casa a cantarles a chicos colombianos”, recuerda en 2012 cuando termina un show en la Casa de la Amistad Argentino Cubana a metros del Congreso Nacional donde el kirchnerismo acaba de votar la reestatización de la petrolera YPF. Incluso hizo una mención entre canción y canción a la ley que discutía el Parlamento. Me habla con entusiasmo y calidez, feliz de haber colaborado, dice.

Alguna visita de los trovadores terminó como otras reuniones. Con “Pepe” Firmenich tocando la guitarra y cantando un tango. Una de esas noches, después de agotar una larga lista de canciones, arrancó la conversación y Silvio se quejó ante el comandante montonero porque por esa época se sentía incomprendido y hasta se atrevía a cuestionar algunas decisiones de Fidel Castro y la Revolución.

–Nadie es profeta en su tierra, señaló.

Entonces el argentino lo miró con cierto reproche y respondió en contra de sus planteos políticos y en defensa de su anfitrión el comandante Castro:

–Lo importante no es el profeta sino quién gobierna la tierra del profeta.

Amigos

Nicolás Machi tenía cuatro años en la guardería. Lo conozco vía e-mail a sus 36 y el recuerdo más lejano que él tiene de su vida lo ubica ahí en la guardería de la calle 14. Rememora un patio y una tortuga. No tiene en la memoria recuerdos de Argentina, ni de Israel, ni de España. En la guardería empieza la infancia para Nicolás y después sí vendría México y finalmente Canadá, donde su mamá, Nora Patrich, se llevó a vivir con ellos a otros niños a los que crió como propios, niños institucionalizados que necesitaban un hogar.

Decidieron que en el jardín de la casa harían un corral para la mascota de la guardería. Era bueno que los niños tuvieran una, consideraban los adultos. Y ella, que a los ojos de los adultos era solo una tortuga, a los ojos de los niños podía ser mucho más. El cubano Saúl, siempre pendiente de buscar cosas que ayudaran a los niños, la llevó desde Playa Girón a la guardería. Usaron como fondo del corral las paredes donde la casa hacía un ángulo recto y construyeron las otras dos entre todos, con piedras grandes. Enseguida le tomaron cariño y hasta paseaban sobre su caparazón como si fuera un animal para cabalgar y no una jicotea cubana.

Nicolás me manda a decir que la tortuga “era tan grande que me subía a ella y quedaban mis piecitos colgando, era más alta que yo”. Chequeo con Saúl que me dice que de ninguna manera, que no hay tortugas así en Cuba.

De niños solemos ver todo más grande y los recuerdos se achican o se agigantan cuando pasan los años. Como sea, Nicolás y su hermana Laura atesoran sus imágenes magnificadas de la guardería, donde se ven rodeados de otros chicos. Hasta donde llega su memoria, los hijos de Nora Patrich no recuerdan haber vivido solos con su mamá. Incluso en los días en que a los adultos a cargo de la casa les daban una

especie de franco, a Nora le costaba irse de paseo sola con sus hijos. Siempre se llevaba algún otro niño para que no hubiera diferencias entre los que tenían allí a su mamá y los que estaban sin ninguno de sus progenitores. “Los rotaba para que no fueran siempre los mismos”, me cuenta.

Nora Patrich no hacía diferencias entre los chicos pero Nicolás sí tenía un favorito. Su amigo era otro chico que como él tenía a su mamá en Cuba. Su amigo Juan era el hijo del “Chufu” Villarreal y de Silvia Tolchinsky, secretaria de la Conducción. Todos habían estado juntos en Israel donde el papá de Juan era el único hombre en el grupo argentino integrado por viudas del ERP y de Montoneros. Casi todos los días se veían hasta que se fueron a España, donde Nicolás y Laura se reencontraron con primos argentinos, hijos de Alcira Machi, teniente montonera, y del “Cuis” Durante, secuestrado el 8 de mayo de 1976. Así eran las cosas, las familias de las colonias de argentinos llegaban al exilio mutiladas.

A principios de 1980, Juan y Nicolás se reencontraron en La Habana y vivieron juntos en la guardería. Eran compañeros de juegos, los dos se dejaban pintar la cara por Nora, que los llenaba de colores para ir al carnaval, y hacían muchas cosas juntos como pasear con la tortuga o jugar con los sapos del fondo.

Los dos hermanos de Juan también estaban ahí. Silvia, su madre, era Secretaria Técnica de la Organización y había postergado su regreso a la Argentina tras la muerte de su marido, lo que ocurrió después de Israel, cuando él regresó al país. Tenía asignada la tarea de ocuparse de legajos, archivos y la publicación y distribución de los boletines internos. En la misma oficina había otras mujeres, como la excompañera de Mario Montoto, María Inés Raverta, y María Elena de Guevara, la cuñada del Che.

En marzo de 1980 había llegado la hora de volver a la



Nicolás Machi, de frente a la izquierda, y Juan, el hijo del “Chufu” Villarreal y de Silvia Tolchinsky, delante a la derecha, dentro de la “guaguüita”, camino al carnaval. Todos los chicos estaban disfrazados y Nora se había ocupado de maquillarles los rostros.

Argentina y Silvia se sumó, tal vez por su propia y extensa lista de muertos y desaparecidos, empezando por el padre de sus hijos, que tras acompañar a Silvia a operarse de la columna, en 1977, a Israel –donde vivían los padres de ella– se había instalado en México y desde allí había sido enviado a La Plata, donde habían aniquilado a Montoneros. El “Chufu” era el encargado de reconstruir la Organización.

Catorce días después de que Argentina, con dos goles de Kempes y uno de Bertoni, se consagrara campeón del mundo frente a la selección de Holanda –que sólo rompió una vez el marcador– Villarreal salía de un bar en Tribunales. Fue perseguido, atrapado y llevado a la rastra frente a una decena de testigos mientras gritaba su nombre, el de su madre y

luego tomaba la pastilla de cianuro. La tarde de ese mismo día de 1978 un grupo comando llegaba a la casa de su familia y mientras requisaban y esposaban a todos le apuntaban a una sobrina de once años para que les cocinara. Esa tarde se llevaron a la hermana del “Chufó” y a una empleada para interrogarlas bajo tortura. Fueron liberadas las dos.

El 14 de julio encontraron el cuerpo de Villarreal en un parque de La Plata. Llamaron por teléfono a su madre al domicilio de la requisada para avisarle y decirle que a cambio del cuerpo debía firmar una declaración policial en la que constaba que su hijo había sido víctima de un crimen pasional.

Por esos días de julio, Silvia Tolchinsky tenía citas acordadas con su marido. Supo de su muerte antes de partir y abortó su viaje mientras los comandantes montoneros la mandaban a Cuba, asumía la función como secretaria y luego coordinaba la primera guardería. Allí tenía acceso a toda la información y fue recibiendo noticias sobre las otras desapariciones de su familia: su hermano y su cuñada, ambos también integrantes de las tropas de la primera Contraofensiva, y luego la de su prima Mónica Pinus de Binstock, la mamá de Ana y Miguel, que había dejado la isla para organizar una base montonera en Brasil.

En marzo de 1980, con la segunda guardería organizada, le asignaron a Silvia otra función, pero en Argentina. Entonces, recuerda Nora Patrich, Silvia fue a dejar a sus tres niños y le habló: “Me voy tranquila, mis hijos quedan acá y además, con vos”. Como pasó con todos los chicos de la guardería, Juancito y sus hermanas (Julieta tres años mayor y Laura, dos años más chica) dejaron de ver a su mamá durante un tiempo largo, en su caso más de dos años.

Nicolás Macchi tenía cuatro años y arrancaba el preescolar en Cuba cuando se aferró a Juan Villarreal que por ser un año mayor ya estaba en primer grado.

Nicolás no tenía papá desde que tenía un año. Juan



Nicolás en el dormitorio de los chicos más grandes, en un raro momento de soledad. En la segunda guardería se alojaban por lo menos una veintena de chicos que, como en la guardería anterior, podían ser más según los viajes de sus papás.

hacía dos que lo había perdido. Post mórtem el “Chufu” Villarreal recibió de la Organización la condecoración “Al Héroe en Combate” en su máximo grado, el del “Comandante Fernando Abal Medina”. Un día le tocó también la misma medalla al papá de Nicolás. Se parecían los dos cada día más.

La medalla fue entregada a Nora en una ceremonia que tuvo lugar en la sala principal de la guardería de calle 14. Allí estaban todos: el comandante Mario Firmenich, el comandante Yäger, los cubanos de Tropas Especiales, y la mayoría de los montoneros que estaban en ese momento en la isla.

A la hora señalada Nora esperaba en un pasillo con sus hijos, del otro lado de la puerta cerrada del salón. Ahí sentada

los peinaba. Nicolás y Laura la miraban de frente cuando comenzó a explicarles lo que estaba por ocurrir.

–Bueno chicos... hoy vinieron todos los compañeros porque hoy es un día especial, ¿saben por qué es un día especial?

Fue Nicolás quien respondió:

–Porque nos van a dar una medalla por papá.

Laura en cambio no prestaba atención, miraba para otro lado como distraída.

–Hija –preguntó Nora–, ¿sabés lo que es una medalla?

La niña hizo un gesto para decir que no con la cabeza y entonces su mamá le explicó de qué se trataba. Laura seguía sin prestarle atención. Y Nora repreguntó:

–Lauri, ¿vos sabés lo que pasó con papá?, ¿te acordás?

–Sí, mami.

–¿Sí?

–Sí, mami. Lo mataron los indios.

Nora se quedó mirándola fijo, no sabía si llorar o reír cuando volvió a repetirle la historia de siempre: “No fueron los indios, hija, eso pasa en algunas películas, a papá lo mataron los milicos”.

Más allá de las cosas parecidas que les pasaban, Nicolás seguía con admiración a su amigo Juan. Les tocó la misma escuela y cada día Nicolás hacía lo mismo que la tortuga gigante, se escapaba, pero en su caso por la puerta trasera de la salita del preescolar. Se escabullía al aula de primer grado y sin que lo vieran se sentaba al fondo de la clase, justo detrás de Juan. Se agachaba tratando de que no advirtieran su presencia pero fracasaba, lo veían, siempre lo veían, y lo mandaban de regreso al preescolar. Nicolás persistió en sus huidas y no se saltó ni un solo día. Lo descubrían también cada día, pero fue él quien ganó por cansancio. Lo adelantaron a primer grado y continuó la escuela junto a Juan. Hasta que unos meses después la mamá de Nico, Nora, que ya no estaba en

pareja con Hugo, anunció que dejaban la guardería y se iban a México donde al niño le reconocerían la escolaridad y cumpliría los objetivos de primer grado. Pero allí no estaría Juan. Se separaban por segunda vez. Así sería su infancia desde que salieron de Argentina y así sería por lo menos hasta que se instalaran, durante un tiempo más largo, con abuelos y tíos en Canadá.

Silvia Tolchinsky, la mamá de Juan, fue la última militante montonera de lo que algunos llaman segunda Contraofensiva que quedaba en la Argentina para septiembre de 1980. La secuestraron en la frontera con Chile y estuvo detenida desaparecida hasta la vuelta de la democracia.

Su historia también es muy larga. Como otros, no volvió a buscar a sus hijos, y sus abuelos tuvieron que ir por ellos. Vivieron en la Argentina pensando en una mamá desaparecida hasta que a Tolchinsky –que fue una de las desaparecidas sobrevivientes de la ESMA– le dieron la libertad vigilada y luego de 1983 se autoexiliaron en Israel ya en plena vigencia de la democracia.

Mucho antes de este exilio, Juan solo pensaba en jugar y divertirse en la guardería. Los adultos a cargo de la casa cubana intentaban transformar ese espacio en un útero cálido, que ayudara a los chicos a aislarse de la dolorosa realidad. O que al menos les diera fuerzas para soportarla. Juan y Nicolás jugaban con la tortuga y con la laguna de sapos que fue el gran fracaso de Nora, porque cada vez que lograba atrapar a alguno y lo ponía en el medio del agua, el bicho saltaba o se iba por las paredes y había que volver a empezar. La tortuga también se escapaba, pero como era más lenta siempre la volvía a atrapar. Como ella, Nora y sus hijos volverían a empezar, una y otra vez, una nueva vida.

Peligro en las fronteras (junio de 1980)

La Revolución se quiso llevar también a Dios de la isla. Y a su hijo Jesucristo con él. Pero aun así hubo quienes mantuvieron su fe, y lo mismo entre los montoneros de origen cristiano. Entre ellos llegaron dos sacerdotes. El padre Jorge “El Turco” Adur fue uno de ellos, y Tropas Especiales lo alojó en el hotel del partido sobre la Avenida Séptima donde se hospedaron muchos de los dirigentes y militantes que llegaron a Cuba.

Apenas llegó, y como lo hacía a diario, Adur quiso oficiar misa. Sólo necesitaba su cuarto y un poco de vino.

–Saúl, hermano, ¿puedes traerme vino? –pidió al compañero que lo recibió y que se había puesto a “su entera disposición”.

–Pero, Padre, aquí no hay vino.

–¿Cómo que no? ¿No puedes conseguirme?

–No, Padre, no hay vino, no hay nada, muchas cosas faltan. Pero usted puede oficiar misa con un poco de agua, le agrega azúcar prieta y unas gotas de limón. Dios no le va a decir nada.

–Pero Saúl, como dices eso, estamos hablando entre católicos –insistió, conector de que su anfitrión era uno de los que honraba su fe en Cristo.

–Sí, claro, pero oiga Padre, acá no hay vino y yo sé bien que Dios no se va a ofender, usted ponga agua con azúcar morena y limón y haga de cuenta que es la sangre de Cristo.

El “Turco” Adur, capellán del Ejército Montonero, en Cuba volvió a cruzarse con chicos que había conocido en la Argentina o en el exilio. Chachi, el pequeño del monte, y Rosana, su hermanita nacida en España, habían sido bautizados por él en Madrid. Entró y salió de la Argentina varias veces, incluso hay quien le atribuye una misión para rescatar al hijo de “Pepe” Firmenich en Córdoba.



Marina Siri junto a sus hijas Eva y Gabriela en Cataratas. Como otras familias, regresaron a la Argentina en 1980, ingresaron por Misiones como turistas para reinsertarse políticamente en Buenos Aires y Córdoba.

Su caída ocurrió casi un mes después de que “chuparan” a los Ruiz Dameri y la tía de Nicolás y Laura, Alcira Machi. Silvia y Orlando, el matrimonio que había ido a buscar a sus hijos a la primera guardería, la de Siboney, y que había llevado a los hijos de otros compañeros de Cuba a España, se sumó a la convocatoria para las operaciones de 1980 en las que ya se permitía el regreso con hijos. Su secuestro ocurrió al entrar al país y figura en otro “informe de inteligencia” escrito en máquina de escribir y cuya autoría según se desprende del mismo documento debe atribuirse al GT 3.3 (Grupo de Tareas) de la Escuela de Mecánica de la Armada.

“A raíz de las operaciones de inteligencia que personal de este grupo de tareas realiza en zona de fronteras juntamente con personal de PNA; Operación ‘S’ ‘Yacaré’ el 04-06-80 fue

detectado el DTB NG: ‘Carlos’ o ‘Chicho’: Orlando Antonio Ruiz, que se dirigía a la Ciudad de Buenos Aires en compañía de sus dos hijos de 4 y 2 años de edad y de su esposa la de DTM MG: ‘Victoria’ NL: Silvia Beatriz Dameri de Ruiz”.

Según investigaciones posteriores, los cuatro fueron llevados a la ESMA y permanecieron allí secuestrados durante algún tiempo. Incluso sobrevivientes del centro clandestino recuerdan haber visto cómo al secretario de Hacienda Juan Alemann le mostraban a Orlando Ruiz en el subsuelo y se lo señalaban como uno de los integrantes de las Tropas Especiales que el año anterior había atentado contra su vida. Silvia estaba embarazada y allí dio a luz a una niña a la que llamó Laura.

Al día siguiente de la detención de la familia en la frontera, fue secuestrada Alcira Enriqueta Machi quien usaba los sobrenombres “Julia” y “María”.

Después de entrar y salir de la Argentina un par de veces, también en junio de 1980, el día 28, el capellán Adur fue secuestrado en el Puente Internacional de Paso de los Libres, en la frontera de Corrientes. Intentaba llegar a Brasil con documentos que probaban la violación a los derechos humanos en Argentina que debía entregar al papa Juan Pablo II en su visita a ese país.

La libreta roja

La teniente “Mecha” –o la “Flaca”, cuyo verdadero nombre era María Inés Raverta– había llevado desde España a sus hijas Ana y Fernanda a la guardería de Cuba. En Europa ambas niñas pasaban algunos períodos en la casa que funcionaba como guardería y en Madrid Raverta había sido responsable de Nora Patrich. Junto a sus niñas, Estela Cereseto y la pequeña Ana Victoria, a quien todos llamaban “Pitoca”,



Fernanda Raverta (izq.) compartía juegos con Laura Machi (der), hija de Nora Patrich. Su mamá dejó a Nora una carta en la que le pedía que si algo le pasaba, les explicara a sus hijas las razones por las que las había dejado en la guardería.

había volado de Madrid a México y de ahí a La Habana a principios de febrero de 1980. “Pitoca” era hija de Marta, pareja en ese momento de Ricardo Zuker, el hijo del actor Marcos y cuya historia narra su hermana Cristina en el libro *El tren de la victoria*. La pequeña “Pitoca” estaría un tiempo en La Habana hasta que Marta y Zuker pudieran llevarla con ellos, ese era al menos el plan, y constituía el plan de la mayoría: regresar al país y luego volver a Cuba por sus niños. Ese era también el objetivo de la mamá de Ana y Fernanda, hijas ambas de Mario “Pascualito” Montoto, que por ser el secretario de la Organización residía en la isla aunque también se ausentaba en ocasiones. Raverta viajó varias veces y cuando lo hacía las nenas quedaban en la guardería de Siboney que estaba por entonces a punto de

mudarse a la calle 14 con Susana Croatto y Estela Cereseto a cargo de la casa.

Antes de partir por última vez –tal vez intuyendo su destino–, Raverta le dejó una carta a Nora Patrich, la otra mujer que cuidaría de sus niñas. Y la “Flaca” no volvió. La secuestraron en junio de 1980, como a muchos de sus compañeros, pero en su caso fue en Perú, en un operativo de inteligencia en el que se intentó secuestrar, sin éxito, a Roberto Perdía.

Hacía seis meses que la mamá había dejado la isla y las niñas Ana y Fernanda estaban en la guardería. Su papá, “Pascualito”, las buscó para hablar. La norma interna establecía que el familiar más cercano debía dar la noticia a los niños y nadie más debía ocuparse de la dolorosa misión. Si tenían papá o mamá, eran quienes tenían que hablar, por lo que Montoto sentó a sus hijas y fue él quien les contó la verdad de lo que se sabía, de la forma en que ellas pudieran entenderlo. Ana tenía un año y nueve meses y había nacido allí en Cuba. Fernanda tenía tres años y medio. María Inés, su mamá, tenía 24 años cuando voló a Perú junto a Noemí Gianotti, de 55. Gianotti era madre de seis hijos, todos militantes aunque repartidos entre el Partido Revolucionario de los Trabajadores, el Ejército Revolucionario del Pueblo, la Juventud Peronista y Montoneros. En Lima estaba prevista una reunión de Montoneros y según los informes militares el grupo estudiaba la viabilidad de un atentado contra el general Jorge Rafael Videla, que viajaría a ese país en visita oficial en el mes de agosto. Con las mujeres estaba también Julio César Ramírez, el “Negro Cacho”, un exseminarista cordobés de 32 años, que después de haber sido detenido y liberado se había ido a México, luego a España y había vuelto a la Argentina para reintegrarse a la lucha armada.

Militares peruanos los secuestraron a los tres entre el 12 y el 14 de junio. A Raverta y al “Negro Cacho” los llevaron

a la frontera con Bolivia y los entregaron a sus pares argentinos. Gianotti de Molfino en cambio fue trasladada a España donde apareció muerta en un departamento en Madrid. Raverta y Ramírez siguen desaparecidos.

Ana y Fernanda, que llevaban el apellido Raverta, habían conocido a Jorge Areta y a su mamá Adela, a quien llamaban “Juani”, en la guardería de España, porque el niño también se quedaba allí como ellas. Incluso habían pasado juntos una Navidad.

Para cuando María Inés se fue a Perú, estaba ya separada de Montoto y él, que según dicen era de esos hombres que hacen lo que sea por conseguir lo que desean, había empezado una relación con Adela y al final la había convencido de que antes de viajar a la Argentina pasara por Cuba y que ella misma dejara a Jorge en la guardería. Ella se entrenaba en El Líbano en 1979 mientras Jorgito vivía en la guardería española. Desde allí y por escrito Adela le dijo a Pascual que no volaría a la isla. Pero terminó cediendo y voló a Cuba con su hijo. Durante un tiempo Segarra se quedó en una casa “tabicada” que quedaba en el Vedado, en el centro de La Habana, y de cuya existencia no sabían ni siquiera sus propios compañeros.

Fue entonces, mientras estaba allí, que María Inés Raverta fue secuestrada y que Montoto le pidió a Adela que cuidara a las niñas, y por eso ella tuvo que desistir de su regreso a la Argentina y asumir –casi sin darse cuenta– otra misión.

Hoy admite que quizá sentía culpa de estar viva y no haber ido a la cita en que cayó su marido, el papá de Jorgito. Y también que se convirtió en algo así como la custodia de la memoria de todos sus muertos, de todos sus desaparecidos. Y se transformó también en la guardiana de esos versos que su marido escribió, unas líneas que había garabateado Jorge Areta sobre las pequeñas páginas de una libreta roja que ella siempre llevó escondida entre su ropa, incluso cuando

se metía en el agua del mar cubano allí en la Playita 16. Llevó encima esa libreta desde 1978 –en el exilio en España– y también en el entrenamiento en El Líbano, en Cuba, en cada entrada y salida a la Argentina para la Contraofensiva y para las distintas tareas que le tocaron luego.

Desde ese mes de junio de 1980, Segarra agregó a la mesa de fotos en las que estaban Joaquín Areta; su cuñado Iñaki y sus hermanos Jorge y Laura Segarra, la foto de “Mecha”, la mamá de Ana y Fernanda, niñas a las que criaría como si fueran suyas. Desde entonces y en adelante, fueron una libreta y por lo menos cinco fotos las que siempre la acompañaron, la de sus muertos y desaparecidos a los que idealizó y convirtió en héroes familiares, en modelos a seguir, en memoria a respetar, en dogmas para resistir. Así fue en la “Isla del Triangulito” y al volver a la Argentina en 1983.

–¿La Isla del Triangulito? –le pregunto a la doctora Astrea Damiani con quien trabajó amistad allá en el hospital donde una de las niñas de Montoto solía ser internada por problemas respiratorios.

–Así la llamaba Juani, porque si un día volvían a la Argentina, los chicos no podrían decir de dónde regresaban. Dirían que estuvieron en la “Isla del Triangulito”.

En la casa tabicada de la “Isla del Triangulito”, Adela volvió a festejar un cumpleaños, mas no el suyo. El suyo no lo celebró nunca más en su vida desde junio de 1978, la tarde en que no volvió su amor y poeta.

En esa casa del Vedado debía “guardarse” con los niños: el propio, es decir Jorgito, las dos niñas de Raverta y Montoto y luego Luche Allocati porque su mamá también había caído en 1979 y su padre, “Chacho”, iba y volvía clandestino de y hacia la Argentina.

Mientras ella estuvo en la isla vivió en aquella casa con los chicos, luego en un departamento en calle 16 y Primera



Fernanda Raverta con su mamá María Inés en la oficina de la Comandancia en La Habana en 1978. La actual diputada provincial tiene este retrato de su mamá desaparecida en su despacho.

y hasta pasó un tiempo en el primer piso de la guardería. A “Luche” se lo llevó Adela por un tiempo a esa casa de la que nadie debía saber porque empezaban a sospechar que algunos niños o adultos estaban marcados. Temían que si el hijo de Chacho Allocatti iba a la guardería alguien podría advertir que su papá tenía alguna misión en Argentina e ir detrás suyo.

A esa mujer que cuidaba ya de cinco niños, alguna vez alguien la vio arrojar al mar en la escarpada Playita 16. Era en la época en que vivía en el edificio de Primera, con departamentos que daban al mar y otros desde los que se veía la Comandancia de Montoneros, una cuadra más allá.

Lo que nadie vio, y durante años ella guardó como celoso secreto, fue la delicadeza con la que envolvía en una bolsita de nailon una pequeña libreta roja.

Delgada, rubia, de ojos claros e inquieta. Veintidós años tenía esa niña-mujer a la que llamaban “Juani”.

A veces metía en el mar con ella a un grupo de niños, a veces eran dos, a veces tres, a veces cuatro. Los subía a unas colchonetas que flotaban y sobre las cuales ponía sus ropas para que no se mojaran. En ocasiones los llevaba hacia el complejo hotelero y comercial Sierra Maestra. Allí iba a hacer las compras con la libreta especial de los técnicos extranjeros, que era el estatus que le daban a ella y a los dirigentes montoneros, y que le permitía comprar raciones un poco más grandes de arroz y pollo y la misma cantidad de carne que los cubanos.

Además de la libreta, Adela Segarra llevaba adonde se mudaran dos libros para leerles a sus hijos y a las niñas de su pareja, a quienes criaría como propias. Fueron los libros con los que los dejaría en la guardería, cuando le tocara hacerlo. La novela *Dailan Kifki* de María Elena Walsh era uno. El otro, *La escuela de las hadas*, una novela corta del mexicano Conrado Nalé Roxlo en la que una niña llamada Cordelia se pierde en el campo. Es su hermano quien cuenta:

Lloró acordándose de toda la familia, sin olvidar al gato ni a mí, que siempre le tiraba de la trenza. Cuando se secó las lágrimas se encontró en un camino que antes no existía y que la llevó, cruzando un bosque, que tampoco existía antes, hasta la puerta de una casa de aspecto siniestro. La puerta y las ventanas estaban cubiertas de espesas telas, por las que se paseaban horribles arañas, y en el interior sonaban cadenas y una voz de ogro que decía:

—¡Ah, que te como! ¡Ay, que te almuerzo!

Cordelia iba a escapar muy asustada cuando oyó la vozcita lastimera de un niño que gritaba:

—¡Socorro! ¡Socorro, que me come crudo!

Cordelia entonces hizo un gran esfuerzo para vencer su

miedo y, cerrando los ojos, desgarró las telas de araña de la puerta y entró en la casa temblando heroicamente, pues ha de saberse que el verdadero heroísmo es el de quien, con miedo y todo, se atreve a hacer lo que corresponde.

Juegos

Mario Yager (cuyo apellido, a diferencia del de su padre, se escribe sin diéresis) mira a lo lejos con sus ojos celestes bien claros.

A Cuba llegó una noche del año 1979. Dormían todos en la casa asignada a tres comandantes, los máximos responsables de Montoneros, en la calle 28 entre Primera y Tercera. Entraron sin hacer mucho ruido en esa casa de dos plantas con un gran jardín adelante y entrada independiente para el segundo piso. Al día siguiente –o quizás haya sido varios días después– fueron a conocer la primera guardería de la calle Siboney donde se quedaron muchas veces durante ese primer año cuando su papá y su mamá se iban al mismo tiempo de Cuba. Los cuatro, Gilda (“La Gringa Raquel”), el “Roque” Raúl Clemente Yäger, Mario y su hermanita Ana llegaban desde México, donde había nacido la niña. Mario había nacido el 21 de marzo de 1973 en Chaco aunque lo inscribieron con fecha 5 de julio en un pueblito de Santa Fe, cuando su padre volvía a hacerse “visible”. Cuatro años después nació su hermana. En aquellos años varias veces salieron y entraron todos juntos de la Argentina, pero Mario sólo recuerda la última vez, en 1979, cuando tenía apenas cinco años. Ya no vivían en Santa Fe y fueron de Buenos Aires a Posadas para cruzar al Paraguay en bote o en alguna embarcación de la que ya se le borraron todos los recuerdos. Volvieron a México, él cursó allí el jardín de infantes y pasó algún tiempo en las casas donde compañeros cuidaban a los chicos.

Marito habla poco y es difícil adivinar lo que sus ojos dicen. Vaya a saber si así miraba, de niño, en el tiempo de su estadía en la isla. En la primera guardería pasó muchas noches y en la segunda menos, porque su mamá y su papá, para 1980, ya se quedaban casi todo el tiempo –al menos uno de los dos– en Cuba. De todos modos su vínculo es más fuerte con la segunda casa, la de la calle 14, porque quedaba cerca de donde los Yäger vivían. Con libertad, cuando quería, iba y venía, caminando o en bicicleta porque la guardería era un lugar de encuentro incluso para los que no vivían ahí. Además allí estaba la “bandita” de amigos, algunos grandes como él, con quienes iban juntos al complejo Sierra Maestra en Primera y Cero. Si los acompañaban adultos, lo que a veces ocurría, hasta comían una pizza. Marito iba de 28 a 14 y buscaba a los chicos. O se quedaba cuando regresaba de la escuela. Junto a los más grandecitos pedaleaba a máxima velocidad desde la guardería hasta el complejo comercial en cuya vereda tiraban las bicicletas para escabullirse y bañarse en las piletas del hotel. Ser argentinos, o uruguayos como creían en Cuba, les permitía el acceso a lugares vedados para los cubanos. En la isla había pocas bicicletas, pero ellos tenían algunas que compartían.

Con las bicis pasaban también por la Comandancia de camino de regreso. Arrancaban desde Cero por Primera, pasaban delante del teatro Karl Marx y llegaban en cinco minutos a la oficina. Iban a visitar a sus papás, o a ver películas porque allí había una gran selección. Y a veces, como a todo niño, se les ocurría alguna travesura. Así fue aquel día en que habían ido a bañarse a la pileta del hotel Sierra Maestra. A alguno de los chicos del grupo se le ocurrió en el pedaleo de regreso espiar a los adultos en la Comandancia. Pensaron en sorprender a los grandes y planearon los detalles en la esquina de 12, justo frente al Hogar de Ancianos. Los chicos dejaron las bicis en la vereda, antes de llegar a la entrada de

vehículos. Saltaron la reja del portón de ingreso, se agacharon y avanzaron pegados a la pared. Bajaron la cabeza para no ser vistos desde el ventanal que daba al Este pero no lo suficiente. Desde el interior alguien oyó o vio algo. Los adultos estaban siempre alertas. Con señas grandes se dividieron, un par por delante, otros dos por detrás.

Los chicos sintieron ruidos y se detuvieron antes de llegar al último ventanal. Mario tapó sus labios con el índice derecho. Los otros guardaron hermético silencio pero los descubrieron, los sentaron, los sermonearon y les pusieron una penitencia: durante tres semanas irían de casa a la escuela y de la escuela a casa y no podrían salir, ni ir a la pileta, ni nada.

Hay cosas con las que no se juega, advirtieron los adultos.

El padre de Mario, Raúl Clemente Yäger, era ejemplo de la disciplina que se debía seguir. Nacido el 20 de julio del año 1944 en Santa Fe, había estudiado ingeniería y era un hombre muy organizado y detallista. En lo político, planificó y armó uno de los grupos de base de Montoneros —el Ateneo de Santa Fe— y al mismo tiempo hacía todo lo que hace un padre. “Durante los años 1975 y 1976 muchas veces me conmovió el esfuerzo que tenía que hacer para cumplir con sus tareas en la conducción y simultáneamente hacer de padre y madre de su hijo mientras su compañera estaba presa”, dijo de él Roberto Perdía. De hecho, en Cuba, de día trabajaba en la oficina y a la tarde o noche se sentaba en la mesa a trabajar con sus papeles o a arreglar cosas y fabricar juguetes para los chicos de la guardería y para su hijo. Se sentaba en la mesa de la casa de 28 y con sus manos y un par de herramientas podía convertir mágicamente un pedazo de madera en un juguete. O fabricar una pecera como la que pusieron en el ingreso de la guardería de calle 14, que muchos niños y grandes recuerdan.

Cuando Yäger llegó a la isla tenía rango de comandante, estaba entre los cinco hombres más importantes. Era secretario

militar del Partido Montonero y jefe del Estado Mayor del Ejército Montonero cuando la Organización se militarizó. Sin embargo, no le pesaba su rango ni lo hacía sentir. Imponía, dicen, respeto, sólo con su presencia. Cuando estaba en Cuba era Yäger el primero en llegar a la oficina. Entraba, saludaba a quien estuviera de guardia y revisaba la planta baja y el primer piso. Atravesaba la puerta, pasaba el living donde había dos banderas, la argentina y la montonera, colgadas en la pared, entraba en la oficina de la derecha, se detenía, echaba un vistazo y si algo estaba fuera de lugar, lo colocaba donde debía estar. Por el pasillo iba hacia atrás y entraba en cada baño, en cada oficina. Lo mismo hacía después en el primer piso. Arriba estaban las oficinas de Firmenich y de Perdía, las revisaba también y a veces hasta abría las persianas de madera para que entraran aire y luz, para mirar el mar y echar un vistazo al área. Más de una vez hubo quien lo vio desandar sus pasos para buscar una escoba y barrer. No retaba a nadie si encontraba algo fuera de lugar pero ver al “comandante Roque” hacerse cargo de esa tarea daba, por lo menos, culpa. Así lo dicen los que trabajaron en la oficina con él. Recién después, recuerdan, se sentaba a ocuparse de sus tareas específicas.

Quienes fueron amigos del padre y están en contacto hoy con su hijo ya adulto aseguran que se parecen mucho los dos. Y el parecido no es sólo físico, comparten también la habilidad con las manos. Pero entonces Marito era como todos los chicos, quizás un poco más independiente. Aprendió, como otros niños, que allí nada era suyo ni lo sería nunca. Y se acostumbró a expresarse usando artículos en lugar de los posesivos. Siempre fue “la” casa y no “mi” casa, porque nada fue “mío” ni “suyo”, explica. A lo sumo “nuestro”, le decían, porque era todo compartido o prestado por los compañeros o los cubanos.

El niño Yager copió gestos y formas de su papá en aquellos años que pasaron juntos en Cuba y en México. En la isla

era de los pocos que iba solo a la escuela. Le daban una moneda de veinte centavos para ir en “guagua” pero casi siempre se la guardaba en su bolsillo. La moneda se transformaba en un granizado o dos, hielo raspado y saborizado con jugos a elección que se sirve sobre un cono de cartón. Extraña esos granizados, cuenta, más de treinta años después. Y los pide y los saborea cada vez que regresa, si es posible cada dos años. Y añora la calidez de la gente, el tiempo para charlar, la tranquilidad para caminar en las calles y la hospitalidad.

De primero a tercer grado a Mario le asignaron la escuela Vo Thi Tang que llevaba ese nombre en honor a la heroína vietnamita que tuvo “la más bella sonrisa de la victoria” y en homenaje a las relaciones entre Cuba y Vietnam. La escuela quedaba a unas veinte cuerdas o quizás algunas más desde la casa de 28, donde vivían también Amorcito Perdía con sus papás, Gustavo y Susana Vaca Narvaja con los suyos, y la hija de Firmenich, María Inés, que muchas veces iba y venía con Amor Perdía a la guardería.

En México Marito aprendió lo importante que es saber nadar luego de un accidente en la “alberca”. Sin embargo el incidente no lo intimidó y se trepaba victorioso a los trampolines del Sierra Maestra que se le antojaban gigantes. Competían en clavados con los otros chicos y a veces también con las chicas los días que los grandes les pedían que las llevaran. Ellos se preguntaban a veces por qué tenían que compartir juegos con las nenas, que además eran más chicas. Era la edad en que los niños querían jugar con niños y las nenas con sus pares, pero terminaban muchas veces todos juntos en la piscina o jugando un partido de béisbol, deporte que practicaban los chicos cubanos.

También se iba el grupo de mayorcitos –con permiso– a la Playita 16, casi a la vuelta de la oficina, para buscar cangrejos o erizos en los huecos que el agua iba formando entre

las rocas. A veces hasta se animaban y se sacaban las zapatillas que ya acostumbraban llamar las “tenis”. En esa playa escarpada no se podían bañar.

Aquellos ojos celestes de Marito eran los de un niño que descubría secretos, hoy los de un hombre reservado que prefiere guardar mucho de su intimidad y de sus recuerdos. “Nunca pregunté mucho para atrás. Hay cosas que no pregunto. Pasaron y ya está”, pone el límite frente a terceros. Para él la guardería “era un punto de encuentro donde nos podíamos ver todos. Aparte, como la sociedad en Cuba es distinta, de chico podés salir a la calle y no te pasa nada así que iba y venía”, recuerda con un profundo amor por Cuba incluso hoy que va como extranjero, que en su caso no es lo mismo que hacerlo como turista porque visita amigos y se mueve como si estuviera en su propia patria.

Todavía resuenan en su memoria los acordes del himno cubano que entonaba con entusiasmo en la escuela. Las dos estrofas de ese himno “muy aguerrido” que allá le gustaba cantar y frente al grabador no tararea.

La familia de Mario estuvo entre las últimas en irse de Cuba en 1982, mientras que la mayoría de los chicos que habían sido dejados al cuidado de Susana, Estela, Hugo y Nora (que fue la primera en partir) ya no estaban allí. Algunos regresaron a Argentina con sus papás porque la democracia parecía ser inminente después de la guerra de Malvinas. Pero a otros, como a la “Pitoca”, fueron a buscarlos sus abuelos. Solo unos pocos se quedaron en la isla.

La vuelta a casa para muchos fue a través de México. Los Yäger volvieron cuando Marito terminó tercer grado. Tenía nueve años cuando fue con su mamá a despedir a su papá al aeropuerto mexicano.

Estaban acostumbrados a las despedidas, a pasar tiempo sin verse. Por eso no lloraban al decir adiós y las vivían casi

naturalmente. “A mí me decían ‘vamos’ y yo iba. No sé si estaba acostumbrado pero no le daba demasiada importancia a dejar las cosas atrás”, asegura.

Así fue, cuenta, la despedida en el aeropuerto de México. Prometieron verse pronto, se dieron un abrazo, tal vez un beso y se saludaron una última vez desde lejos.

Dos meses después y según el plan, el abuelo Juan buscó a Mario y a Ana en el Distrito Federal y volaron hacia Argentina en el mismo avión que la mamá de los niños. Fueron en asientos separados, como si no la conocieran. En la escala en Brasil ella se tomó otro vuelo. Los niños no supieron hacia dónde iba. Pero como con su papá, prometieron pronto volver a verse.

TERCERA PARTE

Regresos (de Cuba a la Argentina, 1980-1987)

“Pajarito”

Cuando nació Selva, el 29 de noviembre de 1976, dijeron al verla que movía la boca como hacen los pajaritos con su pico cuando piden comida. Los amigos de sus papás la llamaron entonces “Pajarito” porque además era larga y muy delgada.

“Pajarito” pasó 51 días con su papá. A Mario Bardi lo detuvieron el 19 enero de 1977, en Lanús, en la zona sur del Gran Buenos Aires. En noviembre, antes de que llegara al año de edad, secuestraron a su mamá Claudia Istueta. Entre el secuestro de su marido y el suyo, Claudia escribió una carta con un pedido similar al de muchas de las madres que militaban con ella: que si le pasaba algo, “Pajarito” fuera criada por compañeros y no por su familia de sangre.

Carlos Karis y Nora Larrubia eran estudiantes de Medicina en La Plata, integrantes de la Juventud Universitaria Peronista primero y luego militantes de Montoneros en la misma estructura en la que desarrollaban su actividad Mario y Claudia. Se sentían su familia, sus hermanos, sus compañeros. Eso le dijeron a la abuela materna de “Pajarito”, Amalia Job de Istueta, cuando fueron a verla en noviembre de 1977.

Le entregaron la carta, le expresaron su deseo de cumplir la voluntad de la madre de la niña, pero le advirtieron que el riesgo seguía latente porque ellos también militaban y no dejarían de hacerlo. La abuela pensó y aceptó.

La abuela Amalia puso una sola condición: ver a la niña con alguna frecuencia para saber que estaba bien. Entonces compartió ratos en la clandestinidad con su nieta e incluso viajó a Acapulco, México, cuando los Karis se instalaron en ese país para recibir entrenamiento político y militar. Era fines de 1979 cuando la abuela de “Pajarito” los visitó en un hotel mexicano y Nora le contó que estaba embarazada y que pronto volverían a la Argentina. La niña ya había estado en la guardería en La Habana, la primera, la de Siboney, adonde Karis y Larrubia habían ido a buscarla. “Si algo nos pasa le pido que críe a los dos”, pidió Nora a la abuela que respondió con otro pedido: “No regresen, por favor”. Sin embargo, otra vez aceptó: “Si les pasa algo, yo cuidaré a los chicos”, prometió.

Nora y Carlos volvieron a la Argentina, como otros matrimonios con hijos que habían recibido instrucción en México, El Líbano y España. Los Karis entraron en el territorio en abril de 1980. Se instalaron en una casa en Banfield, provincia de Buenos Aires, junto a Silvia Tolchinsky, llegada de la Comandancia en Cuba. Cuatro meses después nació el bebé y cuando el niño tenía sólo treinta días de vida Tolchinsky fue detenida en la frontera con Chile cuando iba de regreso a La Habana. Luego de cuatro días fuerzas de seguridad realizaban un operativo en la casa que habían compartido. De ahí se llevaron a Carlos (el “Flaco Juan”) y a Nora (“Emilia”), a quienes Selva “Pajarito” recuerda como su papá y su mamá. A la niña y a su “hermano” recién nacido los militares los dejaron con vecinos.

Entonces la abuela de “Pajarito” hizo lo que otras abuelas hicieron y empezó a buscarlos e incluso a recorrer barrios



Los Karis cuidaron a “Pajarito” luego de la desaparición de sus padres gracias al consentimiento de la abuela. Fueron secuestrados en 1980 en Buenos Aires. Aquí Selva posa en México con su mamá “del corazón”.



Selva, a quien llamaban “Pajarito” en el patio de la guardería de Siboney. Llegó a La Habana luego de vivir un tiempo en México con el matrimonio Karis. Sus padres habían desaparecido en Argentina.

de la Zona Sur detrás de cada dato sobre chicos perdidos que recibía. Su hermana era maestra y alguien le dijo en la escuela en la que trabajaba que había habido un operativo allí cerca y que en ese operativo se habían llevado a una pareja pero que una nena rubia con rulos y un bebé habían sido dejados con vecinos. La abuela de “Pajarito” se presentó en la escuela, habló con la directora y la mujer le dio pistas sobre alguien que probablemente supiera sobre el hecho. Pero ese

alguien se negó a colaborar y la abuela entonces, sin más datos, caminó cuerdas y cuerdas por la zona. Tenía dudas porque su nieta no tenía rulos sino que tenía el pelo muy lacio.

La abuela Amalia ya falleció, pero “Pajarito” no olvida ese día en que se reencontraron en Banfield: “Yo estaba en el patio de una casa que tenía un alambrado. Recuerdo verla caminando por la calle. La vi y le grité: ¡¡¡Abuelaaaaaaaaaaaaaaaa!!!”.

Entonces la abuela fue a la comisaría y presentó una denuncia. La Policía fue por la niña de cuatro años y su hermanito. A Selva la sentaron en una silla y la interrogaron durante toda la noche: ¿Quiénes eran tus papás? ¿Quiénes eran sus amigos?

Recién por la mañana dejaron de hacerle preguntas para las que ella no tenía respuestas que les sirvieran. Entonces la abuela de “Pajarito” inició los trámites de tenencia de los chicos, algo complicado porque la niña tenía documentos falsos y el nacimiento del niño ni siquiera había sido inscripto. De todos modos le otorgaron la guarda temporaria de ambos pero al tiempo le sacaron la del bebé porque no podía acreditar vínculo biológico. “Lo internaron en un hospital de niños en Remedios de Escalada, lo recuerdo como algo tremendo, no tener a mi hermanito... todos los días preguntaba dónde estaba, cuándo volvía, para mí era incomprendible”, evoca Selva con tristeza.

Entonces el bebé empezó a tener problemas de salud y lo derivaron a la Casa Cuna de La Plata. Cada día empeoraba mientras la abuela insistía ante la Justicia para que le devolvieran su guarda.

Unos meses después la situación legal seguía sin avanzar y el bebé se iba agravando.

“Como ya estaba muy mal, el juez accedió”, recuerda Selva que así se hacía llamar desde que pisó la casa de la abuela. “De ahora en más yo me llamo Selva y él (dije señalando al perro) se llama Pajarito. Y con mi sobrenombre bauticé

al perro que adoré por muchos años”, se ríe hoy cuando lo cuenta. Recuerda también lo que pasó cuando fueron con su abuela a buscar a su hermano de crianza: “Había dejado de comer, escuchó mi voz y al instante tomó su mamadera”.

Durante un tiempo los dos vivieron con la abuela Istueta, que una mañana despertó a su nieta con un álbum de fotos de regalo. Buscó todas las que tenía de su hija, de su yerno y las pocas que había de ella, del bebé y de los Karis. “Tus papás de la panza, tus papás del corazón”, señalaba la abuela y cada día sentaba a Selva y le pedía que ella le contara quién era quién y lo que habían sentido por ella y por qué ya no estaban.

Pronto los niños volvieron a cambiar de hogar. De Brasil regresó una tía con su esposo y los adoptaron legalmente. “Nuestra abuela ejerció el rol de abuela hasta que murió a los 76 años, siempre hablándonos de nuestros padres, de su lucha, cuidando los pocos objetos que tenía de ellos y mostrándonos fotos. A mi criterio, naturalizó su presencia/ausencia de una forma muy sana y muy necesaria para nosotros, ya que no teníamos el mismo contexto en nuestra casa”, se lamenta.

¿Qué es para vos la guardería?, pregunto a Selva como a todos los demás chicos, ya grandes, que conozco.

Y Selva, a quien todo le costó mucho en la vida, que estudió tres años Medicina y fue becada pero no pudo más y abandonó, que trabajó desde muy chica y supo de necesidades materiales y afectivas, que a los veinte se fue a estudiar a Cuba porque necesitaba reconstruir su historia y reencontrarse, que luego estudió Antropología y se integró al Equipo Argentino de Antropología Forense, que aprendió a bailar danzas afro en Cuba, Buenos Aires y África y bailó y baila tanto como para sanar, ahora en Tucumán, me contesta:

“Veo las pocas fotos de ese momento y en todas estoy sonriente, como si hubiera vivido un ‘recreo’ de tanta experiencia dolorosa, como un paréntesis porque después seguiría

algo horrible también. Tengo una idealización del período en la guardería, como de un momento atesorado, prístino, como un regreso al seno y al cuidado materno, a la protección y a la tranquilidad. Como un descanso en el abrazo de una madre”.

Vicki

Sobrevivientes de la ex ESMA los vieron corriendo en el subsuelo entre las columnas de hormigón.

Como también vieron al ex secretario de Hacienda de la dictadura Juan Alemann que declaró en un juicio: “Fui invitado a ver las armas con las que atentaron contra mí en 1979”. Los sobrevivientes dicen que no fueron armas lo que le mostraron sino a dos detenidos desaparecidos y que uno de ellos era Orlando Ruiz, el papá de Marcelo y María de las Victorias, los niños que jugaban cerca del laboratorio fotográfico.

En su caso habían sido detenidos los niños, su papá y su mamá Silvia en la frontera, en junio de 1980. Llegaban de regreso de España y antes habían estado en Cuba. En 1979 habían entrado y salido de la Argentina para participar de operaciones planificadas en el marco de la Contraofensiva. Se habían entrenado en El Líbano y habían caído como muchos compañeros (los grupos que ingresaron en febrero, casi todos). Volvían a la segunda etapa de la Contraofensiva, a insertarse en barrios y fábricas bonaerenses. Su plan era el mismo que el de la familia de “Pajarito”.

Tal vez Silvia haya permanecido con vida un tiempo más gracias a su embarazo. En la primavera de 1980 parió a Laurita en la ex ESMA, donde funcionaba una maternidad clandestina como en Pozo de Banfield, como en Campo de Mayo, como en La Cacha, y otros lugares de detención.

Después del nacimiento, la mujer y los tres chicos fueron trasladados a una casa. El dato lo aportó Víctor Basterra, fotógrafo detenido desaparecido a quien obligaban a realizar documentación falsa para que los militares viajaran al exterior detrás del rastro de los dirigentes montoneros. Un día, en el subsuelo de la ESMA, Basterra recibió un rollo de fotos y al revelarlo vio la imagen de la mujer y los tres niños. Los dos que corrían días atrás entre las columnas de hormigón y un bebé que tomaba la teta.

Nadie nunca más supo de ellos hasta febrero de 1989 cuando la filial Córdoba de Abuelas de Plaza de Mayo encontró a Marcelo. Tenía casi catorce años cuando la Justicia ordenó el examen inmunogenético y se confirmó que era hijo de Orlando y Silvia y que era uno de los que había estado en la guardería en Cuba. Y le dijeron algo que él creía recordar vagamente, que tenía dos hermanas. Con la misma vaguedad recordaba el trayecto en auto (de Buenos Aires a Córdoba) y el momento en que “Willy”, el militar a cargo de él y de su hermanita, lo dejó en la Casa Cuna de esa ciudad al cuidado de unas monjas en diciembre de 1980.

Exactamente diez años después de que Marcelo supiera la verdad, una joven llamada Victoria, junto a su padre adoptivo Humberto Torres, se presentó en Abuelas de Plaza de Mayo. Había visto una foto publicada en el diario *Clarín*, la foto de una niñita desaparecida a la que se buscaba. Vio la foto y se vio. Desde diciembre de 1980 creía haber sido abandonada. Y de hecho así fue pero no por su madre sino que se supone lo hizo el mismo “Willy” que llevó a su hermano hasta Córdoba y que a ella la dejó (en el camino de ida o de regreso) en las escalinatas del Hospital de Niños de Rosario con un cartel que decía: “Me llamo Victoria. Mi mamá no me puede criar. Que Dios los ayude”. A su lado había un perro grande, un perro negro. Un juez se llevó a la niña a su

casa donde estuvo unos días hasta que la entregó en adopción a un matrimonio de Fighiera, en las afueras de Rosario. Por el tamaño de los huesos de la niña calcularon que habría nacido en 1977 y al no contar con más datos los Torres le pusieron como fecha de cumpleaños el día que la llevaron a su casa más allá del Arroyo Seco, el 14 de diciembre de 1980. Su ropa estaba tan vieja y sucia que los zapatos los tiraron en el arroyo y antes de irse a la casa pararon a comprarle un juguete. ¿Qué querés?, le preguntaron. Un hermanito, respondió ella. Un hermanito más grande, agregó esa vez y muchas otras veces en los años siguientes.

Victoria leía a escondidas su partida de adopción y sentía la congoja del abandono materno porque la nota que colgaba de su cuello supuestamente la firmaba su madre. Cuando a los 22 años vio la foto del diario y se reconoció, gritó: “Soy yo, esa soy yo”. Y despertaron en ella otra vez los deseos de saber cuál había sido la razón por la que la dejaron frente al hospital con ese cartel y ese perro.

El diario indicaba que era hija de desaparecidos, por eso fue a Buenos Aires donde a ella y a Torres los recibió Estela de Carlotto. La presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo sospechó de inmediato que efectivamente ella y la pequeña de la foto eran la misma persona.

Después del examen de ADN en el Hospital Durand, que confirmó las sospechas, le explicaron a Victoria que tenía un hermano mayor y que seguían buscando a su hermanita nacida en la ESMA.

La noche anterior a reencontrarse con su hermano Marcelo, Victoria no durmió. Los citaron en la oficina de la organización en el barrio del Abasto y apenas se vieron accidentalmente rozaron sus manos. Casi ni se tocaron, pero ninguno de los dos tuvo más dudas de quiénes eran.

Cuando conocí a María de las Victorias me contó que había



Esta foto la recibió por correo la familia Ruiz. Allí se la ve a Victoria en el patio de la guardería de Siboney. En el dorso se lee: *Querida abuelita: Para que veas cómo estoy de grande y linda te mando esta foto que me sacó papá, estoy medio alunada, pero por algo soy Ruiz.*

estado enojada durante años con su mamá, creyendo que la había abandonado en el hospital. Cuando supo la verdad se volvió a enojar por la elección de vida que tuvieron con su padre, por haberlos dejado en España y en Cuba, por arriesgarse a volver. Habló con amigos de sus papás, conoció más de su historia y los perdonó. Me lo dijo en el año 2007 mientras de su billetera sacaba la foto de Silvia Dameri en un alto en el entrenamiento en El Líbano. Sin embargo cuando la busco otra vez para hablar sobre la guardería en La Habana la encuentro enojada, herida, dolida, con una profunda sensación de abandono. Es principios del año 2013 y su año anterior fue extremadamente difícil. Las heridas están ahí, intactas, sin cicatrizar. Las de niña, las de adulta, las de ayer, las de hoy. “Me sentí abandonada durante veintiún años. Me dejaron en



“Victoria” (Silvia) y “Carlos” (Orlando) en la playa rocosa del Mar Mediterráneo en Damour, 24 kilómetros al sur de Beirut. Allí estaban los papás de María de las Victorias y Marcelo Ruiz Dameri entrenando para la Contraofensiva, mientras los chicos estaban en la guardería cubana.



un lugar con gente que jamás vi en mi vida y con tan solo meses... Yo jamás dejaría a mis hijas ni una noche si no es con mi vieja adoptiva o con Marcelo, mi hermano. Se metieron en un ejército revolucionario, me cambiaron por un arma, ¿sabés los problemas psíquicos que me ocasionaron por privilegiar a ‘Chicho’ y a ‘Victoria’?”, pregunta usando los nombres con los que en Montoneros se conocía a sus papás porque así los diferencia cuando reprocha que hayan optado por ser soldados de la Organización y no sus padres. “Nunca haría nada que lastime a mis hijas”, sigue ella que es madre de dos niñas y que por fin en el año 2008 encontró a su hermana Laura, sacada de la ESMA por el prefecto Juan Azic, quien la crió como hermana de otra niña apropiada por él en el centro clandestino. A la menor la llamaron Carla, a la mayor la llamaban Analía. Carla es Laura Ruiz Dameri y Analía es la actual diputada nacional Victoria Donda.

Victoria Torres es madre de dos niñas de las que nunca se

separa. Ella es María de las Victorias Ruiz Dameri, la niñita que cumplió su primer año de vida apenas llegó a la guardería de La Habana y a la que se ve en la falda del jefe montonero Firmenich en la foto de ese primer festejo.

El 4 de enero del año 2000 tuvo el resultado de su examen de ADN. El 5 conoció a Marcelo, que pocos meses después recibió un llamado en Córdoba: su hermana había tenido un accidente, estaba grave. Marcelo se subió a un auto y en menos de cuatro horas recorrió con un amigo los 397 kilómetros que separan a su ciudad del lugar donde ella estaba internada. Cuando Victoria abrió los ojos, él ya estaba sentado junto a su cama. Su presencia la ayudó a tener fuerzas una vez más y desde entonces, aun viviendo en distintas provincias, se han vuelto muy unidos. Y uno al otro se cuidan.

Marito

La madrugada del 2 de mayo de 1983 el abuelo Juan despertó a Mario y a su hermana. Fue un rato antes del horario habitual para ir a la escuela pero les dijo que ese día no irían.

Juan se había levantado a las cinco y media y había encendido la radio. La radio hablaba de su yerno, del papá de Mario y de Ana. Dos días antes habían matado al “Roque”, el comandante Raúl Clemente Yäger, uno de los jefes máximos de Montoneros en ese momento dentro del territorio argentino y la información estaba en las principales noticias. El presidente de facto Reynaldo Bignone, a cargo del poder desde el 2 de julio del año anterior, había fijado ya el 30 de octubre como fecha para las elecciones cuando Yäger viajaba en Córdoba de pueblo en pueblo y retomaba contactos.

Tras la rendición en la guerra de Malvinas se había acelerado el regreso de muchos de aquellos que estaban en el

exterior y dentro del país se organizó una conducción clandestina de Montoneros que públicamente se mostraba desde el Movimiento Peronista Montonero. Firmenich y Obregón Cano se quedaron en el exterior, en países cercanos, Oscar Bidegain en España y Yäger, Vaca Narvaja, Perdía y Pereyra Rossi dentro del territorio nacional sin planes militares pero organizando actos, reagrupando gente, reiniciando vínculos con dirigentes y sectores políticos. En pos de la reunificación del peronismo, los montoneros participarían del primer acto peronista posguerra de Malvinas en julio de 1982 y en el del Día de la Lealtad organizado por el PJ y la CGT Brasil en la cancha de Atlanta el 18 de octubre de ese año. Allí hubo enfrentamientos con dirigentes sindicales de las “62 Organizaciones”. Peronistas, radicales, intransigentes, democristianos y dirigentes del MID convocaron a la “Marcha del Pueblo por la Democracia y la Reconstrucción Nacional”. Hubo dos manifestaciones ese 16 de diciembre y Pereyra Rossi y Vaca Narvaja marcharon esa tarde junto a los jóvenes peronistas. Al anochecer un grupo intentó ingresar en la Casa Rosada, hubo represión y un muerto. Una semana después Bignone se vio obligado a anunciar que las elecciones se realizarían a más tardar en noviembre del año siguiente.

En ese tiempo, Montoneros intentaba regresar a la actividad política. El 11 de marzo de 1983, en el décimo aniversario del triunfo de Cámpora, volverían a la cancha de Atlanta identificados con banderas de las agrupaciones vinculadas a la IMP (Intransigencia y Movilización Peronista). La estrategia era organizar ese movimiento y en esa tarea estaba Yäger cuando lo asesinaron al bajarse de su Renault 4 en Córdoba. Su tarea era reconstruir la fuerza política en las provincias del centro, Cuyo y el Noroeste.

La noticia corrió rápido. “Era un trofeo para la dictadura”, recuerda su hijo Mario que no olvida esa mañana sentados

ahí con su abuelo y su abuela y su hermanita Ana, los cuatro escuchando la radio, en silencio. Don Juan los dejó solos un rato para irse hasta el almacén a dos cuadras de la casa, desde donde podía hablar por teléfono. De su hija, “La Gringa”, no sabía nada.

Fue la abuela paterna de Mario, que vivía en Rosario, la que se encargó de los trámites para recuperar el cuerpo de su hijo, que en este caso los militares entregaron.

Los meses siguientes los chicos vivieron con los abuelos mientras se veían periódicamente con su mamá en la casa de algún amigo. Ella les dijo que dejaría la Organización y tras el triunfo de Raúl Alfonsín en las elecciones se fueron a vivir los tres juntos a la Zona Oeste del Gran Buenos Aires.

Catorce días después del asesinato de Yäger, otro de los principales cuadros montoneros caía en Rosario. Eduardo Pereyra Rossi, “Carlón”, que había vivido en el primer piso de la guardería de calle 14, era el más joven de la conducción de Montoneros. A principios de la dictadura había sido el máximo responsable de la Columna Sur del Gran Buenos Aires. En 1977, al salir del país, su primer destino había sido México, donde se ocupó de coordinar las acciones de prensa. Había regresado a la Argentina en 1980 para la nueva etapa contraofensiva con el grado de oficial superior y el cargo de Segundo Comandante Montonero. Se concentró en la creación de la Intransigencia y Movilización Peronista y tuvo una importante participación en la concentración de cien mil personas del 16 de diciembre de 1982, cuando en Plaza de Mayo se reclamó por la vuelta de la democracia. Fue uno de los que, usando las vallas de contención, intentó voltear el portón de la Casa de Gobierno. Vivía expuesto. Lo secuestraron en Rosario el 14 de mayo de 1983 junto a Osvaldo Cambiasso. Intentó matarse con el vidrio de un vaso que rompió pero los militares se lo impidieron.

A Cambiasso lo llamaban cariñosamente “El Viejo”. Los detuvieron cinco hombres de civil armados, los golpearon y se los llevaron. Tres días después hubo una movilización en Rosario reclamando su aparición con vida. Pero sus cuerpos aparecieron en Lima, provincia de Buenos Aires, con signos de haber sido dopados, torturados y de haber recibido disparos a corta distancia. En los documentos desclasificados de los Estados Unidos en junio de 2006, aparece la confirmación de que del hecho participó el policía Luis Abelardo Patti y se reabrió la causa. En el año 2012, el juez federal Villafuerte Ruzo procesó a nueve represores por los secuestros, torturas y asesinatos de Cambiasso y Pereyra Rossi, entre ellos Reynaldo Bignone y Patti, detenido y condenado por otros hechos de violación a los derechos humanos tras su paso en la década de los 90 por la política.

Las hermanas de Cambiasso mucho tuvieron que ver en la reapertura de la causa. Pero además una de ellas, Ethel Cambiasso, tuvo una actuación decisiva en el reencuentro de uno de los chicos de la guardería con su padre

“El Bichi”

En el mismo aeropuerto en que Mario Yager se despidió de su papá, Mario Javier Firmenich conoció al suyo.

El día del desembarco militar en Malvinas, el 2 de abril del año 1982, Mario Javier partió de Córdoba e inició un largo viaje para ser libre. Tenía cinco años y no lo llamaban Mario (o Mario Javier como lo harían después para diferenciarlo de su papá). De hecho cuando conoció a su mamá “La Negrita” era simplemente “El Bichi”.

Tras ese largo viaje madre e hijo bajaron del avión en México, ella apretándole muy fuerte la mano a él. En el hall

central esperaba Mario Eduardo Firmenich, alias “Pepe”, el Comandante, el número uno de Montoneros. Y de su mano estaba María Inés, que había pasado un poco más de cinco años sin ver a su mamá y que había sido sacada de la Argentina por su tía Soledad, la hermana de “La Negrita”.

Su madre había estado presa en Argentina, el padre exiliado en Cuba y en México, además de los viajes por Europa. María Inés había pasado muchos días con sus noches en la guardería de La Habana, “El Bichi” en el hogar para chicos huérfanos que el padre Francisco Luchesse contruyó en Villa Allende, en las afueras de Córdoba capital.

La niña había sido criada sin creer en la Iglesia, el pequeño rezando junto a su cama cada mañana al despertar, cada noche antes de irse a dormir, con misa diaria y bendiciendo los alimentos en cada comida.

A María Inés no le gustaba la leche con la comida. En Cuba la obligaban a tomar un vaso grande con el almuerzo. En el hogar de Mario Javier no alcanzaban ni las partidas propias ni las donaciones para los cien litros de leche diarios que hubieran necesitado y menos para untar el pan con manteca.

“Marinés” conocía toda la verdad desde que tuvo uso de razón. Marito hacía poco sabía que tenía un papá, una mamá y hasta esa hermana mayor. Para él, la figura paternal era la del cura del hogar. “Era muy recto, de gesto duro. Era el santo, era el padre de todos nosotros”, se emociona al recordarlo tras regresar de adulto y con su propia familia y comprarse una casa a pocos kilómetros de Villa Allende, en el pintoresco pueblito de Salsipuedes.

Cuando en el aeropuerto Firmenich alzó por vez primera a su hijo, “El Bichi” le hundió las yemas de los dedos en el pelo. “Lo admiré desde ese momento, para mí pasó a ser como antes era el padre Luchesse, que lo veía grande y me generaba respeto”, revela en la primera entrevista de estas

características que se atreve a dar, porque su nombre y su palabra frente a los demás, pesan. “Imaginate, voy a buscar un documento y me llaman en voz alta: Mario Firmenich. Todos se dan vuelta y me preguntan qué tengo que ver y digo que soy el hijo”, revela con una sonrisa porque Mario casi siempre sonríe cuando no ríe a carcajadas gigantes.

Y así, riéndose y sin llorar, cuenta su vida y la cuenta solo él porque de los Firmenich es el único que se atreve a hablar. Y arranca aquel día en que detuvieron a su madre, cuando desde un Falcon verde alguien la señaló en el momento en que ella llegaba a una cita. La secuestraron y la llevaron a Coordina (Coordinación Federal sobre la calle Moreno en la Capital Federal). María Elpidia, “La Negrita”, negó conocer a Firmenich. Bajo tortura, finalmente admitió que era su mujer aunque intentó aclarar que estaban separados. No le creyeron y hubo festejo entre los represores ese día en que la convirtieron en su rehén.

La Policía Federal tenía “el botín”, pero la Marina presionó para que le entregaran a “La Negrita” cuya detención, como un “trofeo de guerra”, fue legalizada unos meses después. La trasladaron entonces al pabellón 49 de la cárcel de Devoto adonde enviaban a las presas políticas “blanqueadas” como ella.

Hasta que fue visiblemente inevitable la mujer de Firmenich ocultó su embarazo. El 24 de diciembre del 76 nació Mario a quien además llamó Javier porque era el “nombre de guerra” que usaba el jefe de Montoneros cuando conoció en Córdoba a la que sería su esposa. El parto fue en la enfermería de la cárcel en la semana 24 de embarazo. Sólo un kilo y medio pesaba Mario Javier al nacer. Contra todos los pronósticos, sobrevivió. Su mamá lo hizo inscribir como hijo de madre soltera con su apellido: Martínez. El bebé estuvo tres meses en incubadora y apenas uno en el pabellón de presas políticas con su mamá. Cuando se cumplió el plazo

permitido para que el niño estuviera en el penal “la jefa de guardiacárceles le dijo a mi abuela que ella se iba a quedar conmigo, que no me entregarían”.

Entonces empezaron las negociaciones. La que se ocupaba de eso era la abuela María Elpidia Martínez Agüero, quien alternaba las visitas a su hija en la cárcel con los viajes a Trelew para ver a “Polo”, otro hijo preso. Además viajaba a Brasil, adonde se exiliaron sus hijos Diego y Gabriel. Su hijo José Agustín estaba desaparecido desde el 28 de enero de 1976 y por eso también se ocupaba de otros dos nietos que vivían en Córdoba.

Pero era el momento de rescatar al bebé y la señora de Martínez Agüero regresó a Villa Allende, en las afueras de Córdoba capital, y buscó al padre Luchesse, que era sacerdote penitenciario además de dirigir un hogar de niños huérfanos; también era hombre de confianza de la familia. De hecho el padre de “La Negrita” había sido su padrino de ordenación. El cura y la abuela fueron y volvieron juntos de Villa Allende a Buenos Aires y viceversa. Los contactos del cura pesaron y de vuelta se llevaron al bebé para “camuflarlo” detrás de los muros del orfanato.

Era mediados de 1977 cuando el bebé se convirtió en “El Bichi”. Como todos los bebés, durmió en la pieza de “La Tata”, quien dirigía el hogar junto al padre Luchesse. Una enorme habitación con camas contra la pared y cunas pegadas a las camas. Era una pieza a la que costaba llegar, porque el lugar fue construido casi como un laberinto y había que saber en qué pasillos doblar para llegar hasta allí. En las camas grandes dormían mujeres jóvenes que se hacían cargo de los más chiquitos. De a poco “El Bichi” se convirtió en el niño mimado de “La Pato”, una adolescente que fue a colaborar y se quedó a vivir. De a un día por vez ocupó el lugar de mamá y él, allí y en Devoto, había pasado más tiempo en la

incubadora –tres meses exactamente– que con “La Negrita”, olvidó que tenía una madre y por seguridad nadie le habló de ella.

Anónimo entre otros cuatrocientos chicos, algunos abandonados, otros hijos de padres detenidos (ninguno, excepto él, por razones políticas), otros huérfanos desde chiquitos, “El Bichi” tampoco supo su nombre y mucho menos su apellido. Si a alguien se le hubiera cruzado una sospecha, no era lugar para preguntas y el padre Luchesse no daba explicaciones ni se las pedían. El cura tenía por costumbre sentar al chico junto a él en cada comida y cuando aprendió a caminar, le puso una sillita de madera en primera fila en la capilla para tenerlo siempre a la vista, incluso cuando oficiaba misa.

La capilla fue construida en la Casa Dos, la de los varones, ubicada a unos cien metros de la Casa Uno, que era donde vivían los bebés y niños pequeños como “El Bichi”, las niñas y las adolescentes. Al niño le gustaba ir y caminaba con sus pasos cortos cuesta arriba, atravesaba el puente por sobre el Arroyo Seco que bajaba por detrás de la casa principal y se colaba en la casa de los chicos más grandes. Ahí también el cura tenía su oficina, cerrada con llave, su baño y su habitación. Y desde su muerte, allí, en un pequeño patio interno descansan sus restos y los de “La Tata”, enterrados frente a dos árboles cuyos troncos se entrelazan mientras sus ramas se alzan hacia el cielo y al llegar al techo se vuelven a dividir en dos y se extienden hacia cada lado de la casa, como abrazando los techos.

Las entrevistas con Mario duraron varios días. Nos conocimos en un bar frente a Plaza de Mayo, un día que viajó en colectivo a hacer algunos trámites en la ciudad de Buenos Aires. Me dijo esa mañana que antes de la noche regresaría a Córdoba, porque no le gusta separarse mucho de sus tres hijos, porque tiene que ocuparse de ellos. Ese día aceptó participar en el libro con un único pedido más que condición: que

yo viajara a conocer el hogar del padre Luchesse. “Tenés que verlo”, me invitó. Dos fines de semana después, era Pascua y viajé en un colectivo directo a Salsipuedes. El Viernes Santo hablamos por horas debajo del árbol de la casa que compró a medio terminar. La eligió no solo por el precio sino y sobre todo porque tiene un quincho con parrilla donde reúne amigos con quienes habla hasta la madrugada de política. Tiene además un jardín enorme donde con sus hijos y su mujer intentan cultivar zapallos y otras hortalizas. Con mate hablamos hasta que el sol se ocultó. Y al día siguiente, Sábado Santo, me citó en la terminal de ómnibus y de ahí nos fuimos al hogar en Villa Allende. Al llegar me sentí como él me decía que se sentía su abuela cada vez que iba de visita.

Mujer de “alta sociedad”, del barrio más caro de Villa Allende, llegaba siempre simulando una visita de caridad con dos bolsas grandes de caramelos que no alcanzaba a repartir porque los chicos del orfanato se los arrancaban de las manos apenas la veían. Sin decir que era la abuela, casi nunca faltó a los eventos importantes como el primer cumpleaños de “El Bichi”, cuyo festejo organizó el propio padre Luchesse. También a mí los niños me pidieron caramelos mientras algunos grandes y chicos se colgaban del cuello de Mario y gritaban: “Llegó El Bichi, vengan que está El Bichi”. Entonces él pidió que me mostraran el lugar y dos nenas se pelearon por hacerlo. Terminé con una aferrándome cada mano y yo, al descubrir los más recónditos recovecos, imaginaba dónde había ocurrido todo lo que el día anterior Mario había compartido conmigo.

Imaginé al cura mirándolo aquel día y viéndolo igualito a su padre montonero. El día en que el sacerdote advirtió que “El Bichi” tenía el mismo lunar en la mejilla que su padre y que aun entre cuatrocientos chicos sería muy fácil identificarlo cuando lo fueran a buscar. Y el cura estaba seguro de que eso ocurriría. La única diferencia era que el niño tenía el

lunar en la comisura de la boca del lado izquierdo y no en el derecho. Tomó una decisión y no le tembló el pulso. Buscó una hojita de afeitar y le rasuró el lunar. No hay quien recuerde si “El Bichi” lloró y cuánto –si es que lo hizo–, pero todavía hoy, a los 36, si se lo mira con atención se ve la cicatriz que le dejó la “operación”, una pequeña línea blanca en el pliegue de su risa.

Por lo menos tres veces fueron a buscar a Mario hijo al hogar del padre Luchesse. Las tres veces el cura se negó a entregarlo, algunos dicen que no se lo entregaría ni a los militares ni a los montoneros por los temores de su madre de que algo le pasara fuera del hogar. La cuarta vez, según algunos testimonios, el propio Firmenich habría desistido y los que estaban prontos a viajar a buscarlo se quedaron en México. La versión familiar es que “La Negrita” no quería, que algo le habían dicho estando presa para que se negara a que el Comandante mandara por el niño. Otros testimonios hablan de amenazas que suenan lógicas con ella dentro de una cárcel y su hijo en un hogar cordobés.

Cuando los militares llegaron finalmente un día a la “Obra”, el sacerdote habló con Susana, una mujer de tiernos ojos celestes que había dejado su cómoda vida para vivir en el hogar. Todavía era joven y los años con los niños no habían encorvado su espalda cuando supo la verdad. “El Bichi es hijo de María Elpidia, hay que sacarlo por atrás”, ordenó el cura mientras pedía también que el resto de los niños fueran a jugar en el ingreso al hogar para distraer a los militares. Susana corrió, puso al niño en brazos de otra colaboradora y la acompañó hasta la puerta trasera justo antes de que los militares se perdieran en los pasillos en su infructuosa requisa.

Desde ese día el cura reforzó el control sobre el pequeño. “Hay que tenerlo vigilado, saber siempre dónde está”, cuenta Mario Javier que pidió el sacerdote. Y revela que el padre

así instruyó a Susana, que si no controlaba al niño ponía a un adolescente detrás de él o a “La Pato” que le hacía de mamá en ese hogar cerrado con cadenas y candados de noche pero con todas las puertas y portones abiertos de día.

Se dice que posteriormente hubo intentos de rescate organizados por los hombres comandados por Firmenich. Según algunos testimonios, hasta el secretario de la Organización, “Pascualito” Montoto, y la cuñada de Firmenich, Soledad, viajaron clandestinos para sacar al niño del país y llevarlo a la guardería en La Habana. Nadie revela las razones por las que no se logró. Según Mario hijo, la que temía que al intentar rescatarlo fuera asesinado o llevado a un hogar militar era “La Negrita”. El cura le había prometido tenerlo con él y cumpliría. Había casado a Firmenich y su mujer en la clandestinidad y los conocía desde hacía mucho, sobre todo a ella que había dado clases de apoyo escolar a los chicos en el hogar.

Mientras tanto “El Bichi” se formaba con los códigos de la institución, aprendía a compartir lo que había y a no tener nada más que lo puesto, a comer lo que le daban sin quejas ni berrinches, a ser feliz sin saber lo que se sentía tener un papá y una mamá. Fue bautizado con el cura y la esposa de su tío desaparecido como padrinos, en un bautismo colectivo. Creció oculto entre tantos iguales, detrás de esos anchos muros levantados por los jóvenes y bajo la dirección del cura. Construían con piedras, cemento, maderas y botellas. Incluso “El Bichi” ayudaba y corría detrás de los más grandes pero él elegía las piedras más chiquitas, las que no le pesaban en sus manitos más pequeñas que las del resto de los niños de su edad.

—¿Te sentías solo, sufrías como huérfano? —le pregunto.

Responde tan rápido como piensa.

—No. Porque no tenías la sensación de ser huérfano en el hogar. No tenías sentimiento de orfandad porque tenías naturalizado que tu papá era el padre y tu mamá las mujeres

que te cuidaban. Calculo que naturalmente uno se encariñaba con aquella que se encariñaba con vos. El hogar es como una gran familia y La Pato me había medio adoptado

Cuatro años tenía “El Bichi” cuando un día supo que sí tenía mamá. Fue cuando “La Negrita” llegó al hogar a cumplir “prisión domiciliaria”, en diciembre de 1981. “Ese día el cura le dice a todos los grandes de la obra que María Elpidia, a quien todos conocían ahí, era mi mamá, que yo era su hijo. Y entonces me saca de La Pato y me entrega a mi mamá –rememora Marito–. Fue así, ‘a lo bruto’, por lo que yo me escapaba del cuarto donde estábamos con mi mamá y me iba a dormir con La Pato”.

Cuando se estaba adaptando a saber que tenía mamá, supo de golpe que también tenía un padre. Tenía cinco años y cuatro meses cuando el gobierno de facto ordenó el desembarco en las islas Malvinas y se inició una guerra con el Reino Unido. Y el mismo 2 de abril, mientras Fidel Castro –que apoyó a la Argentina en el conflicto armado– se presentaba en la Comandancia de Montoneros a preguntar qué opinión tenía al respecto Mario Firmenich, su hijo empezaba a saber de él. Era de madrugada cuando el padre Luchesse despertó a María Elpidia. “Se declaró la guerra por Malvinas”, le explicó él y ella, que por esos días le consultaba todo, le preguntó qué le parecía si ella huía. “Y, mejor día no hay para que te vayas”, la animó el sacerdote.

Al rato llegó la abuela y junto a su hija y su nieto se fueron a la terminal de ómnibus de Córdoba capital. Tuvieron que esperar la salida del micro, y por primera vez el “El Bichi” comió en un bar.

Las dos mujeres estaban serias y él, ajeno a lo que ocurría, las detuvo en el momento en que estaban por empezar a almorzar. “Hay que bendecir los alimentos”, las amonestó y se puso a rezar.

El viaje de Córdoba a Misiones fue largo. “En el camino mi mamá me contó toda la historia. Me contó que tenía un papá y una hermana. Me dijeron ella y mi abuela que iba a conocerlos”, revela mientras le vienen flashes a la mente en los que se ve jugando a la pelota, mirando tele en el cuarto de “La Tata” y fascinado por los videos del grupo Kiss o haciendo fila en el mes de marzo para que los raparan a todos antes del comienzo de clases, de manera de evitar el contagio de piojos. La otra imagen en su cabeza es él y su mamá trepando al techo del hogar, en medio de una inundación, aquel día en que desbordó el Arroyo Seco, que nunca tiene agua excepto cuando “viene la crecida”. Flotaban muebles, cabras, perros y gatos y los adultos ayudaban a los niños a subir mientras no paraba de llover. “Él –dice por el padre Luchesse– nos hizo subir a todos al techo. Empezó a rezar y cuando el agua estaba al borde del techo paró la crecida, aunque seguía lloviendo, y el agua comenzó a bajar. Por eso piden su beatificación”, relata.

Las Cataratas del Iguazú fueron el gran descubrimiento para el niño. En ese momento lo conmovieron más que conocer la verdad sobre su origen. “Recuerdo el impacto que me provocó conocer que afuera del hogar había otras cosas, me acuerdo que en un hotel nos estaba esperando el hermano más chico de mi mamá, Diego, y Jair Krischke del Movimiento de Justicia y Derechos Humanos de Brasil y que de ahí cruzamos la frontera caminando. Me acuerdo de ir a una casa en San Pablo y asombrarme mucho porque al entrar en la sala, una especie de living, las paredes estaban cubiertas por peceras con tortugas y las tortugas me miraban”, se vuelve a reír pensándose de cinco años con los ojos clavados en el vidrio y el agua. Ahí los recuerdos se le amontonan: conoció a sus primos, hijos del “Turco” Haidar con su primera esposa y los dos hijos que tuvo con Soledad, la hermana de “La Negrita”, a quien también le presentaron en Brasil.

Y después de conocer tanta gente conoció a su papá y a su hermana. No se olvida Mario Javier –a quien su mamá al salir de la Argentina empezó a llamar por su nombre– la llegada al aeropuerto de México donde todos se reencontraron: María Elpidia con su marido y con su hija y Firmenich y su hija con el pequeño Mario.

“Me acuerdo que mi mamá lo señaló y me dijo: Ese es tu papá. Yo fui corriendo y me tiré sobre él. Y lo que más me asombraba era la gomina en su pelo”, se vuelve a reír mientras explica que era “muy poco civilizado” y que “le caminaba por arriba a mi papá, lo tocaba, le revolvió el pelo”.

La casa donde el “Pepe” vivía recibió varias visitas para conocer a su hijo, para saludar a su mujer. El Mundial de Fútbol de 1982 que se jugaba en España era una excusa también para juntarse y ver los partidos televisados. Y se hicieron tiempo para paseos, mientras se adaptaban los unos a los otros hasta que partieran a Cuba para el inicio de clases.

En el Distrito Federal, los Firmenich visitaron un zoológico de animales sueltos. El auto en el que fueron era del Estado mexicano y lo conducían policías vestidos de civil. “Kojak” le decía Mario hijo a uno de los dos porque era calvo como el personaje de una serie de televisión. El niño allí se quedó impresionado con los leones y le preguntó a su papá, durante todo el camino de regreso, si el animal se había subido al techo del auto y cuando bajarán se los iba a comer. Las respuestas de su padre lo tranquilizaban. Igual que antes las que le daba el cura.

A Marito le gustaba mucho la sal y chupaba los saleros. Su padre lo retaba y él casi que disfrutaba los regaños, porque el que lo retaba era su papá. Así que volvía a chupar el salero hasta que Firmenich en medio de una comida tomó la mano de su hijo y la llenó de sal. “Comela”, ordenó y Mario le pasó la lengua con ganas. En un segundo sintió asco y nunca más chupo un salero.

Pero así como inmediatamente –“como algo natural”, explica– Marito quiso a su papá y a su mamá, siguió conservando costumbres de niño institucionalizado que iba y venía en soledad. En México un día salió de la casa como hacía en el hogar, que queda al final de una calle en una zona semirural. Lo buscaron infructuosamente por todos lados. Cuando estaban a punto de empezar a desesperarse una voz mexicana les gritó “está acá”, desde una obra en construcción cruzando la calle. Lo encontraron a pura risa comiendo tacos con los obreros. Después del reto explicó que había ido a jugar, a ver la obra y a charlar.

En esos días en que todos se iban conociendo, Mario fue descubriendo a su hermana María Inés y ella a él.

A veces se tiraban juntos, la espalda contra el piso, a hablar como si fueran amigos y no hermanos.

Él hablaba en cordobés. Ella con acento cubano.

Ella sabía que él existía. Él recién se enteraba.

Él le recitaba los meses del año: “Enero, obrero, marzo, abril”.

Y María Inés lo corregía: “Enero, febrero, marzo, abril”.

Mario repetía: “Enero, obrero, marzo, abril”. Los que lo escuchaban hubieran querido que lo dijera por montonero, por peronista, pero los que conocían su historia estaban casi seguros de que respondía así porque el hogar donde se crió era la obra del padre Luchesse y de los chicos (sobre todo de los grandes) que como obreros ayudaban en la construcción.

También hablaban de Dios. “Ella no sabía, se había criado en Cuba con una lógica atea y yo le explicaba, en la terraza de la casa de la Comandancia en Barrio Satélite, en México –relata y agrega que le señalaba el cielo a su hermana mayor y le mostraba–: Mirá, esa nube se parece a Dios”.

“Nos hicimos muy amigos y desde entonces la relación se mantuvo así, de amigos”, repite Mario, que además siente

que “nunca hubo competencia de hermanos, ella me tenía idealizado porque yo estaba en Argentina y jugábamos mucho y hablábamos mucho”.

Como tantos hijos de montoneros, también Mario tiene dos identidades. Desde que salió de Córdoba recuperó su nombre. “Bichi me dicen solo en el Hogar –relata y agrega–: Mi mamá me decía Mario Javier y de más grande me llaman Mario”.

Le pregunto también qué sintió al conocer tanta gente nueva, familia y compañeros de sus padres a los que a veces escuchaba a escondidas.

–Yo los veía con mucha admiración. Sobre todo a los compañeros hombres porque las mujeres eran más tías en el sentido de malcriarme. La imagen que tengo es mucho más parecida a las de las fotos que se ven de aquella época donde se los ve serios, hombres que infunden respeto. Por ejemplo Yäger me generaba mucho respeto. De algún modo los vinculaba con la forma de ser al padre Luchesse, para mí eran muy parecidos.

Apenas llegaron a Cuba en el mes de agosto de 1982 se fueron una semana a Varadero, de vacaciones, para conocerse más. Y ahí el niño vio por primera vez el mar. Pararon en un hotel de compañeros al que iban solo exiliados. Ahí Mario se hizo amigo de los cocineros y, como en el hogar, se escabullía cada vez que podía y casi siempre, sin pedirlo, le convidaban algo y él se quedaba charlando con ellos en la cocina.

De regreso a La Habana se instalaron solos los cuatro en una casa justo frente a la de Adolfo, el amigo, chofer y guardaespaldas de su papá. Pero no eran él ni los policías los que lo asombraban, casi que ya se acostumbraba a las custodias adonde fuera que estuvieran. “Me impresionaban los aires acondicionados y tenía tanta sed de noche que me iba a tomar el agua que caía de los aparatos”, dice aún con asombro y sin pudor.

También Mario Javier se quedó un tiempo en la guardería donde le tocó un avioncito como identificación en su silla celeste y en cada uno de los elementos que usaba. De ahí, donde estuvo un tiempo que no puede especificar si fue corto o largo, iba y venía a la escuela. La suya fue la escuela César Escalante, en Quinta y 26, justo frente a la Curia. El primer día lo llevaron su mamá y Jesús Cruz, el cubano que ayudaba a los comandantes y a los niños desde 1979 por orden del ministro del Interior. Parado frente al portón, aunque allí ahora ya no hay un establecimiento educativo, Jesús rememora en una charla conmigo el día en que Mario Javier arrancó primer grado: “Él entró solito, muy seguro se metió en la escuela, decidido caminó para adelante y nos dejó a nosotros ahí”. Es otro de los adultos a los que se les llenan de lágrimas los ojos cuando habla de los chicos.

En Cuba el hijo de Firmenich cambió de un plumazo religión por revolución. Algunas frases se le quedaron grabadas de la escuela: “Unidos por el comunismo seremos como el Che”, repetía cada mañana a la hora del ingreso. Su memoria por momentos prodigiosa guarda el olor a la masilla que usaban para jugar, el rostro de su maestra mulata, sus náuseas al tomar la leche y las flores que arrojaban al mar con los demás compañeritos de clase para homenajear a Camilo Cienfuegos. Siente más allá del tiempo y la distancia el afecto de Estela en la guardería, también el de Susana, y la pecera donde se paraba a dar de comer a los peces en la entrada de la casa de calle 14.

Antes de que terminara primer grado los Firmenich se mudaron a Bolivia, por lo que Marito no llegó a estar ni siquiera nueve meses en la isla. “Nunca más volví a Cuba, y el recuerdo que tengo es idílico”, acentúa antes de contar que otra vez emprendió un viaje largo, primero a México y luego a La Paz. Esta vez fueron separados. Los chicos viajaron con la abuela, que los buscó en México. Los adultos, clandestinos. Ya corría

1983 y habría elecciones en Argentina. Creían ingenuamente que podrían operar en “el territorio” y aunque los que volvieron lo hicieron clandestinos, comenzaron a mostrarse más abiertamente. Se empezaban a armar locales políticos de todos los partidos y también Montoneros empezó a cobrar visibilidad. Antes del cambio de poder, de militar a civil, habría más muertos en la Organización.

–Nunca nos escondieron nada, no nos contaban cuentitos de colores. Me acuerdo por ejemplo cuando mi papá nos contó que habían matado a Yäger –recuerda Mario Javier y las palabras se le vuelven lentas.

–¿Qué les dijo? –le pregunto.

–Estábamos en un departamento en Brasil. Mi papá nos llamó, estaba también mi vieja, mi hermana y yo. Mi vieja estaba embarazada otra vez. Él nos dijo “bueno, tengo que contarles que mataron al tío Yäger por ir a participar del proceso democrático que se viene en Argentina, porque queremos volver a vivir allá”.

–¿Qué sentiste?

–Me acuerdo de que fue un shock, es la primera imagen que tengo de una persona a la que conozco que muere. Me acuerdo que lloré, lloró mi hermana, lloró mi vieja y lloró mi viejo también.

–¿Tu papá lloró?

–Sí. Yo me acuerdo de la congoja que sentí. Lo mismo con la desaparición del “Turco” Haidar, aunque como fue en diciembre de 1982 teníamos la esperanza de que no lo hubieran matado. Me acuerdo que mi tía no quería que él volviera. Después de la guerra de Malvinas él quería entrar en el país. Me habían regalado una linternita chiquita que era muy divertida... estábamos en el auto con mi tía Soledad y mi abuela. La linternita se me había caído en el asiento de atrás del “escarabajo” y yo metía la mano para recuperarla

mientras mi abuela y mi tía hablaban sobre la vuelta del “Turco” al país. Mi tía decía que cómo quería volver, que era riesgoso, que no se daban por enterados que los militares seguían en acción, que era como una ilusión querer reconstruir la democracia.

–En cuanto a los cinco años que pasaste en el orfanato, ¿qué sentís? ¿Qué pensás sobre tus padres?

–Nunca lo viví traumáticamente, por lo menos no en forma consciente. Siempre supe que ellos habían querido estar conmigo pero no habían podido. Tener una mamá y un papá era una bendición...

El regreso a la Argentina fue de la mano de su abuela materna. Se instalaron en Mendoza, donde Mario empezó primer grado otra vez. La abuela daba cobertura legal a Firmenich, que compró una casa para ella, Mario Javier y María Inés. También se sumarían a la casa su hijo Polo, que junto a su mujer tenían libertad vigilada.

En esa época los niños Firmenich empezaron a acompañar a su abuela a las marchas de Abuelas de Plaza de Mayo en Mendoza y gritaban: “Ahora, ahora, aparición con vida y castigo a los culpables”.

Unos días antes de la Navidad de 1983 volvieron a partir y Mario conoció Buenos Aires, desde donde se fueron a Brasil. Allí seguía Firmenich, ya con pedido de captura. El 25 de enero de 1984 nació Facundo Firmenich, el tercer hijo del “Pepe” y “La Negrita”. El 7 de febrero el jefe montonero quedó detenido.

“Yo miraba por la ventana y estaba lleno de periodistas y policías. Una pareja de amigos nos llevó al departamento de unos brasileros vecinos y con esa familia salimos”, recuerda Mario Javier. Todo ese año Marito y María Inés se quedaron con su mamá en Río de Janeiro y luego en Brasilia y estudiaron, encerrados con manuales de Kapelusz, para rendir libre

segundo y tercer grado respectivamente. Tras la extradición de Firmenich los tres chicos y la mamá regresaron también a la Argentina, a una casa en Isidro Casanova, cerca de las casas de varios de los principales dirigentes montoneros, incluso de algunos de los niños con los que habían compartido tiempo en la guardería de La Habana y con quienes se reencontrarían para jugar y pasear como en la isla.

Cuestiones políticas y hasta económicas los fueron separando más adelante. Incluso hubo fuertes peleas por la negociación del indulto con el gobierno de Carlos Menem que firmó los decretos respectivos en diciembre de 1990 para la liberación –al mismo tiempo– de Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera, Orlando Ramón Agosti, Roberto Eduardo Viola y Armando Lambruschini, de las juntas militares. De Juan Ramón Alberto Camps y Ovidio Pablo Riccheri, antiguos jefes de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. De José Alfredo Martínez de Hoz y Carlos Guillermo Suarez Mason. Y también de Mario Eduardo Firmenich, condenado a prisión perpetua en 1985.

El “perdón” y liberación de militares junto al jefe montonero para muchos dirigentes fue una traición y rompieron lazos personales y políticos con la Conducción.

Durante once años la familia vivió en un mismo lugar y sin mudarse, en tiempos en que se afianzaba la “teoría de los dos demonios”. Fue el período más largo en la vida de todos ellos en el que estuvo toda la familia junta.

“La Pitoca”

Como su padre de adolescente, Mario Javier dio el examen de ingreso en el Colegio Nacional Buenos Aires donde comenzó a militar con algunos de quienes en el gobierno de los

Kirchner formarían la agrupación juvenil La Cámpora. Durante todo el secundario fue amigo de una jovencita llamada Ana. Incluso fueron compañeros de banco. Recién en sexto año Ana se animó a contarle que de niña la llamaban “La Pitoca” y que había estado como él en la guardería cubana.

Mario la miró asombrado. En cinco años nunca habían hablado de eso.

–¿Podés preguntarle a tu papá sobre los míos? –pidió ella.

El papá de Ana había desaparecido y su mamá, Marta, la había enviado a Cuba tras sumarse a la Contraofensiva de 1979 con su nueva pareja, Ricardo Zuker. En 1980 también se alistaron pero a poco de reingresar en la Argentina ambos se convirtieron en desaparecidos el último día del mes de febrero. El mismo destino que tendría la mayoría de los que ingresaron ese verano.

A “La Pitoca”, cuyas anécdotas y juegos en la oficina de la calle Primera le dieron fama entre los adultos, la buscaron en la guardería sus abuelos maternos, que no aceptaron que la niña fuera criada por compañeros u otros familiares, como pidiera Marta antes de desaparecer. Según la reconstrucción de Cristina Zuker –hermana de Ricardo– en su libro *El tren de la victoria*, los abuelos callaron todo respecto a sus padres y en cambio le dijeron a Ana que ellos estaban trabajando en el exterior, ahorrando plata para volver, y que cuando finalmente iban a su encuentro, cayó el avión en el que volaban.

A Ana Victoria la adoptaron sus tíos, que le cambiaron el apellido materno en la escuela secundaria. Fue y vino en sus intentos por saber la verdad, se inscribió en la UBA en Ciencia Política, empezó a escribir y quiso estudiar teatro. Se reencontró con gente que conoció a sus papás y dejó de verla. Fue y vino. Preguntó y calló. En eso estaba cuando le diagnosticaron cáncer de lengua en 1995. Ana Victoria murió a los veinte años.

Amorcito

En octubre del año 1982 Amorcito Perdía regresó a la Argentina. Sus padres también, pero clandestinos. En febrero de 1983 se fue a vivir con su abuela para comenzar las clases en marzo. Vivió todo ese año recibiendo cartas de sus padres. Después de las elecciones, Amorcito recuerda haberse sentido feliz. Aunque perdió el justicialismo le dijeron que pronto estarían juntos los tres. Perdía le escribió una carta en la que le decía: “Nos estamos acercando, estamos más cerca. El año que viene estaré ahí”.

Eran tiempos en que las cartas tardaban en llegar. Así que para cuando Amorcito la recibió y luego de que terminara de leerla, su abuela se sentó con ella y le explicó que el nuevo presidente, Raúl Alfonsín, había firmado el 13 de diciembre un decreto, el número 157/83. Que ese decreto ordenaba la “persecución penal” de su papá Roberto Perdía y de sus “tíos” y otros miembros de la Organización: Mario Eduardo Firmenich, Fernando Vaca Narvaja, Ricardo Obregón Cano, Rodolfo Galimberti, Héctor Pardo y Enrique Gorriarán Merlo.

La abuela no le explicó los detalles, pero se los acusaba “por los delitos de homicidio, asociación ilícita, instigación pública a cometer delitos, apología del crimen y otros atentados contra el orden público, sin perjuicio de los demás delitos de los que resulten autores inmediatos o mediatos, instigadores o cómplices”.

“Con pedido de captura tu papá no puede acercarse a la Argentina”, terminó su explicación la abuela.

“Fue una sensación de fracaso, sentí algo muy doloroso, pensé ¡para qué me sirve la democracia si no puede venir mi papá!”, recuerda Amorcito mientras se le quiebra la voz. También recuerda que al terminar el ciclo lectivo viajó a Brasil y ahí

pasó un tiempo con sus padres mientras detenían a Firmenich. En Argentina, su madre fue a visitarla no más de dos o tres veces y por fin se reencontraron los tres en 1985 y en Cuba. Allí Amorcito terminó la escuela primaria para volver definitivamente a la Argentina, con su madre, en el año 1986. Su padre en cambio regresaría, junto con Fernando Vaca Narvaja, en 1989, tras el indulto que el entonces presidente Carlos Menem firmó en octubre de 1989 y que indultó a la totalidad de los altos jefes militares procesados y que no fueron beneficiados por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida sancionadas durante la presidencia de Raúl Alfonsín, con excepción del ex general Carlos Guillermo Suarez Mason. A acusados de subversión, que se encontraban prófugos, detenidos, excarcelados o condenados por error. Y a todo el personal militar, de la prefectura naval y de inteligencia que intervino en las rebeliones contra el gobierno constitucional en la Semana Santa de 1987, Monte Caseros (1987) y Villa Martelli (1988).

Gustavito

Todo en él lo hacía parecerse a su padre. Ojos profundos, cejas tupidas, cabello castaño. Su hermana en cambio era “gringuita”, de un rubio casi platinado y el mismo rostro de su madre al sonreír. El niño era extremadamente delgado y sobre sus dos piernitas flacas huía con una fuerza que no podía salirle de ese cuerpecito. Corría, abría la puerta del baño, se metía adentro, le ponía tranca y se sentaba a llorar y gritar.

“Era difícil, conflictivo”, se anima a confesar Gustavo Sabino Vaca Narvaja al hablar de sí ahora que es mayor incluso de lo que era su papá cuando estuvieron en la guardería. Sonríe cálida y amablemente. Cuenta algunas cosas reservadas. Habla de sus padres con nombre y apellido en



Gustavo Sabino
Vaca Narvaja en
Nicaragua donde
vivió junto
a su familia.
Sus padres
se sumaron
al Frente
Sandinista
de Liberación
Nacional.

lugar de mencionarlos como papá y mamá. Tal vez –imagino– eso sea por su formación profesional o una costumbre en la política para separar su militancia o sus méritos de los de sus progenitores. Aun así, habla con cariño y sin rencores y hasta muestra una foto que lleva en su celular, una del padre que acaba de afeitarse el bigote, por primera vez en su vida desde aquellos años 70. Cuenta además que lo que le dolió lo dijo en su momento y en su lugar, es decir allá en la isla y en las idas y venidas a Argentina. A esas penas o enojos de niño atribuye aquellos berrinches por los que en la guardería tuvieron que consultar con una psicóloga amiga que estaba de paso en la isla. Lo mismo acá en el país.

La psicóloga Ethel Cambiasso observó al niño, charló con él, le pidió que hiciera unos dibujos y concluyó: “Necesita a su papá”. El remedio fue sanador para Gustavo Sabino Vaca Narvaja, que finalmente pasaría un tiempo con su padre en Brasil sin tanto ir y venir.

“Mery”

No había llegado a los veinte y “La Gringa” María Fleming ya vivía escapándose. Ingresó a Montoneros en Rosario, a los quince años, detrás de su hermana mayor Catalina. Lo primero que le tocó fue atender el teléfono, concertar citas o pasar datos a los compañeros que le indicaran. Un día Catalina sumó a su hermanita a una reunión en un barrio donde se cruzó con Fernando Vaca Narvaja. Se enamoraron, se casaron, ella quedó embarazada, la Organización los destinó a Chaco y ella se fue feliz con su marido y su panza creciendo a vivir en la que sería su primera casa.

Mery estaba como embriagada de amor y de militancia. Llovía a cántaros aquella noche chaqueña. Su marido llegó y ella, que por ese entonces todavía era más ingenua que él, le contó así como al pasar que un hombre había golpeado a la puerta un rato atrás y que había preguntado qué calle era esa.

“Armá el bolso, nos vamos –se alarmó él–. Nadie viene a este barrio a esta hora a preguntar por la calle”, le advirtió. Tenía razón. Al “Vasco” nunca se le escapaban los detalles y eso le salvaría la vida varias veces. Lo comprobaron al día siguiente cuando Vaca Narvaja volvió al almacén de enfrente disimuladamente y se enteró de que los habían ido a buscar.

Fue su primera huida, y Buenos Aires fue su destino. Se quedaron escondidos hasta que Mery sintió que le había llegado la hora del parto. Tomó un colectivo y viajó a Rosario

con un pequeño bolso en el brazo, golpeó la puerta de la casa de su hermano que al verla se asustó. “Rajate”, le ordenó y a las apuradas le contó que había caído un familiar. Mery se volvió a la terminal y tomó otro colectivo que en cinco horas la dejaría en la Capital. En su panza el bebé se movía y no la dejaba respirar. Apenas bajó en la terminal llamó a pedir auxilio a una de sus cuñadas que le dio la dirección de una clínica y el nombre de un doctor por el que tenía que preguntar. A las ocho de la mañana del 1° de marzo de 1975 empezó el trabajo de parto y diez horas después nació el niño al que llamaron Gustavo Sabino por Gustavo Ramus (de quien también el “Vasco” tomó el nombre como alias), en memoria de cuya muerte el 7 de septiembre conmemoran el Día del Montonero. Ramus, uno de los iniciadores de la Organización, arrancó su militancia en un grupo católico junto al Padre Carlos Mugica, se fue luego a defender a los hacheros en Tartagal e incluso fue uno de los secuestradores del general Pedro Aramburu a quien enterraron en un campo que era propiedad de sus padres. Además, diseñó la estrella federal de ocho puntas con la V y la P adentro, símbolo de Perón Vuelve. Murió al tratar de lanzar una granada en un enfrentamiento con la Policía. El niño debe su segundo nombre a otro histórico, José Sabino Navarro, uno de los doce fundadores de Montoneros y quien quedó como jefe desde el asesinato de Abal Medina y Ramus en 1970 y hasta 1971.

Cuando Gustavo Sabino cumplió seis horas de vida en la clínica apareció su padre. “¿Estás en condiciones de irte?”, preguntó Vaca Narvaja a su mujer. Era casi medianoche cuando ella, con sus jóvenes diecinueve años se puso de pie lista para correr. “La cana está abajo”, explicó él mientras alzaba al pequeño. Los llevó por las escaleras mientras ella sentía que se empezaban a abrir, de a uno, los puntos de su cesárea. Tal vez se equivocaron y la Policía no estaba allí por



Mery Fleming de
Vaca Narvaja con
sus hijos Gustavo
Sabino y Susana.

ellos. Nadie los vio al salir y en un rato ya se habían escondido en una casa en el partido de San Martín donde “El Vasco” curaría las heridas de su mujer.

Estaban clandestinos desde 1974 y después de la decisión de Montoneros de sacar del país a los jefes, Vaca Narvaja aceptó pero puso una condición: que él se haría cargo de las Relaciones Exteriores de la Organización y del Operativo Horizonte, que consistía en la provisión de armas e infraestructura bélica. Salió detrás de Firmenich y después de salvar su vida, por poco, en enero de 1977.

Vaca Narvaja era una de las únicas dos personas que conocía el domicilio del jefe de Montoneros en Italia. En

Buenos Aires tenía una cita pactada con Antonio Langarica, –ex preso en Trelew en 1972 e integrante del grupo de apoyo de la fuga del penal de Rawson– para combinar la entrega de material, en Europa, a Firmenich. “Tonio” manejaba una cuenta en Suiza de un millón y medio de dólares que usarían para comprar armamentos. Pero no confirmó su cita y Vaca Narvaja sospechó que algo andaba mal aunque desalentó los fantasmas recordando que el compañero había probado por años su compromiso y amistad.

En ese mes de enero de 1977, en una casa en Avellaneda convivían los Vaca Narvaja, ya padres de Gustavito y Susana, con el comandante Raúl Yäger, su esposa y su hijo Marito. También estaba Julio Roqué –el autor del “Manual Roqué”, el que se iría a la casa del Oeste en la que estaba Perdía– junto a su hijo Martín.

El plan era quedarse por lo menos hasta el 14 de enero, día de la cita con “Tonio” a la que Vaca Narvaja fue en su “renoleta”. Se detuvo en el lugar indicado pero no bajó del auto. Algo lo hizo dudar. No los dos hombres parados fumando junto al Falcon, aunque debería haberse fijado en ellos. Desabrochó la tapa de su mochila y dejó a mano la Magnum mientras arrancaba ocho minutos antes de la hora pactada con “Tonio”. En la esquina se le atravesó una camioneta y al mismo tiempo que el conductor se bajaba y huía Vaca Narvaja oyó una balacera detrás de sí que perforó la chapa de la “renoleta”. Enseguida su cuerpo fue despedido con fuerza hacia el techo del auto: una bala de Itaka lo había alcanzado en su omóplato derecho. Medio tumbado manejó con la mano izquierda sobre el volante hasta que otra bala le atravesó el hombro izquierdo. Siguió cien metros más y se metió en un galpón metalúrgico donde un grupo de obreros lo auxilió. Uno de los hombres paró una “citroneta” en la calle, pidió ayuda al conductor y Vaca Narvaja huyó en ese vehículo.



Susana "Susu"
y Gustavo Sabino
en Cuba, vestidos
con el uniforme
escolar de
los "pioneros".

Según cuenta su hermano en el libro *Fernando Vaca Narvaja, con igual ánimo*, el dueño del coche le dijo:

–Rajate, flaco, yo también soy peronista.

A pesar del dolor y la pérdida de sangre manejó hasta la casa de Avellaneda a la que llegó sudado, pálido y a punto de desmayarse. Entró y al que primero se topó fue a su hijo Gustavito que con un grito llamó a los demás.

Una semana estuvo inconsciente en la cama hasta que decidieron que debían operarlo. Un médico lo hizo en un improvisado quirófano en la cocina de esa casa de Avellaneda.

Cuando sanó se exiliaron en México y después, con todos los comandantes, se instalaron en Cuba, aunque Vaca Narvaja por su rol estaría entre los que viajaban más y hasta le tocaría sumarse junto con su mujer al Frente Sandinista de Liberación Nacional de la Revolución de Nicaragua. Fue por eso que a principios de ese año, "Susu" y "Gustavito" se quedarían durante dos meses en la guardería. Luego vivirían en la

casa de 28 con los Firmenich, con los Perdía y otra vez con los Yäger y sólo por algunos días en alguna de las dos guarderías. Hasta que en 1982 se quedaron por un largo período en la casa de la calle 14 donde por entonces quedaban pocos niños. Fueron de los últimos allí. Seis meses exactamente se alojaron ahí sin sus padres, que volvieron clandestinos a la Argentina. “La Gringa” dice que no fue fácil, que cada vez que veía un niño en guardapolvo blanco por la calle lloraba y sentía como una tonelada de piedras apretándole la espalda. A la misma psicóloga que vio a su hijo Gustavo le contó incluso que de noche, durante esos meses, ella lloraba. Y que su marido una mañana le dijo: “Si seguís llorando, tenés que dejar esto”. Ella no dejó pero hubo un día en que decidió, después de muchas vueltas, no separarse más de los chicos.

Organizar en su memoria los viajes o las fechas en su caso es difícil. El período más largo en que todos estuvieron distanciados fue en 1982. “Volvimos fundamentalmente porque consideramos que la dictadura se estaba terminando y debía acabarse, y además estaba Malvinas”, recuerda Mery Fleming.

Le cuesta definir lo que sentía al dejar a sus hijos en Cuba o cuando dejó a Gustavo en Rosario con la vuelta de la democracia. “Contar qué siente una mamá cuando no está con sus niñitos es realmente una tarea difícil, sólo la convicción de pensar que uno estaba haciendo lo que tenía que hacer, extrañas, tenés angustia, no sabés qué te pasará a vos, y por lo tanto qué les pasará a ellos. En fin no sé muy bien cómo explicarlo, salvo un dolor físico de contractura, y una *saudade* del alma”.

Pero Gustavito no soportaba estar sin ellos y en Cuba y en Rosario buscó la manera de expresarlo. Mientras participaba de un congreso de psicología en La Habana, Ethel Cambiasso, hermana de un importante dirigente amigo de Vaca Narvaja, los visitaba en la casa de la calle 28 antes de 1982. Allí todavía

Gustavo Sabino estaba en la escuela primaria. Eran circunstancias especiales por lo que la psicóloga hizo una excepción y accedió a atenderlo aun cuando tuviera un vínculo personal con el niño y la familia. Gustavo Sabino dibujó muchas cosas, dibujó a toda su familia, y a su padre lo dibujaba como un mago. También dibujaba tormentas, huracanes, agua y cielos oscuros. El secreto profesional impide a Ethel Cambiasso revelar las “fantasías temerosas” que tenía el niño respecto a lo que podía pasar con su papá y las muchas otras cosas que sentía por él y por su madre, y que cuando le preguntaban por ellos lloraba. De todos modos “era amoroso”, así lo recuerda ella que hasta pasó un fin de semana en la playa con toda la familia junta. Su diagnóstico no era difícil: “La presencia del padre lo va a tranquilizar”. Lo decía por el niño e incluso por el vínculo con su mamá, con quien pasaba más tiempo.

Cuando Cambiasso se fue y los padres de Gustavo Sabino volvieron a viajar, un matrimonio también rosarino que pasó un tiempo en la guardería lo contuvo. Mery confiaba en ellos y el niño los quería. Todavía hoy recuerda, con enorme cariño, a Guillermo y Graciela, quienes estuvieron también allí algún tiempo y para él fueron una gran compañía.

Además de Cuba (con idas y venidas entre 1982 y 1987) y México, los Vaca Narvaja vivieron con sus niños en Nicaragua, en Bolivia y en Brasil.

Con la vuelta de la democracia no volvió la familia Vaca Narvaja. Pero sí lo hizo Gustavo Sabino que otra vez, como en la guardería, quedó solo.

Mery le pidió a Ethel Cambiasso, que acababa de perder a su hermano y estaba muy triste, que la ayudara. Ethel acondicionó un cuarto en su casa en Rosario para Gustavo y le buscó un colegio. “Que no sea una escuela muy exigente”, le sugirió Amor Perdía sabiendo de la tristeza de Gustavo Sabino, otra vez separado de sus padres. Por problemas en

la inscripción el primer año de secundaria tuvo que rendirlo libre y a pesar del consejo de Amor, rindió todas las materias bien y con excelentes notas. Al año siguiente, ya en el Nacional 1, hasta lo eligieron delegado. En ese aspecto tuvo más suerte que su hermana Susana, que se quedó con su mamá. Durante el tiempo que fue a la escuela primaria en Rosario, recibiría las cargadas y los reproches de sus compañeros, incluso de algunos docentes. “A ver cómo enseña Fidel”, la pusieron a prueba alguna vez. A Gustavo Sabino en cambio en el Nacional lo llamaban, con cariño, “El Cubanito”.

Mientras se quedó en casa de Ethel Cambiasso y su marido, recibía la visita de los hermanos de su madre, pero ni siquiera se relajaba con sus tíos. Se lo notaba casi siempre retraído aunque se dejaba llevar y traer por Raúl Ernesto, el hijo de la psicóloga, que ya estaba en la universidad y se ocupaba de acompañarlo a las clases particulares.

Cuando arrancó segundo año en el Nacional volvió Mery y se lo llevó a vivir con ella, con Susana y con el pequeño Camilo. Con el bebé, Gustavo Sabino era especialmente cuidadoso. “Esto es bueno, Camilo”, le decía al darle algo de comer o al mostrarle alguna cosa. O en cambio le advertía: “Esto es malo, Camilo”. Con los demás, seguía lejano y hablaba poco.

Durante casi un año escolar pasó a diario por el frente de la casa de Ethel Cambiasso, pero nunca golpeó su puerta. Su colegio quedaba en la esquina y Gustavo Sabino iba inmerso en sus pensamientos. Así caminaba un día en que Raúl se topó con él y con alegría exclamó: “¿¡Qué hacés!? ¿Cómo andás?”. Gustavo lo miró con aire de lejanía y le preguntó: “¿Qué hora es?”. Y se fue.

Gustavo Sabino nunca se sentó a darme un reportaje. Sin embargo nos vimos decenas de veces y nos hablamos y escribimos otras tantas. En cada ocasión me fue contando



Fernando Vaca Narvaja y Roberto Perdía, a fines de 1989, al regresar a la Argentina luego de dictado el indulto en su favor. En brazos de Vaca Narvaja su hijo Camilo.

cosas y pidiéndome que buscara a los que lo habían ayudado. Insistió para que hablara con Ethel y con el matrimonio rosarino y lo ayudara a hilvanar aquellos silencios y aquellas lágrimas. Pidió a su madre que contara sobre sus dibujos. A su padre que agregara datos. A su hermana que buscara fotos. Me dijo que estar solo era “horrible”. Y me contó en cambio que uno de los mejores tiempos en su vida fue cuando, impedido su padre de regresar a la Argentina por el decreto con pedida de captura firmado por Raúl Alfonsín, la familia aceptó el consejo de Ethel Cambiasso y él se fue a vivir junto con su papá en un departamento que compartía con un amigo en San Pablo.

A Gustavo los tiempos se le mezclan y lo que para él fue un año con su padre, para su mamá fueron unos meses, hasta que ella también decidió que había que asumir “todo lo que Sabino expresaba” y tomó la decisión de no separar más a

la familia aunque eso provocó que ni Susana ni Gustavo terminaran nunca un ciclo completo de escuela primaria. “Sus berrinches tendrían que ver con la misma *saudade* y angustia de sus papás, pero al revés. Él expresaba esa sensación que todos teníamos, que estar separados no estaba bueno”, recuerda Mery, su madre.

A lo largo de todos nuestros encuentros, Gustavo reveló siempre con una sonrisa aquello que le dolió. Con cariño habló de sus padres. Con amor se refirió a quienes lo ayudaron.

Lo que más me sorprendió es que a pesar de ser tan movedido e inquieto me llamara con tranquilidad en el camino de regreso a su casa, mientras iba a reencontrarse después de la jornada laboral con su mujer y su hijo. Pero más me llamó la atención un detalle: siempre cortó la llamada antes de llegar. Era la hora de estar en su casa. Y con ellos.

“Juani”

El 30 de marzo de 1982 Adela Segarra también fue parte de los montoneros que estaban en Argentina. Sus hijos y las hijas de Mario Montoto, los cuatro, quedaron en la guardería en Cuba.

Al entrar en el “territorio” pensó que la mejor manera de esconderse era a la vista de todos y volvió por el Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Tal vez, piensa hoy, necesitaba pagar la culpa de no haber acompañado a Joaquín Areta a aquella cita en la que fue detenido. Al reingresar, entre sus ropas llevaba escondida la libreta roja con los poemas.

Volvió a Cuba a mediados de año, incluso pasó antes por Ciudad Satélite en México donde conoció al recién llegado hijo de Firmenich.

El regreso definitivo también fue vía México y, como la mayoría de sus compañeros, Adela envió a Ana, Fernanda,

Jorge y Laura con sus padres, Alfredo y Nelly Segarra, que de grandes se hicieron montoneros pero en Argentina estaban libres de sospechas.

También ellos fueron a vivir a Isidro Casanova y como muchos de sus vecinos pasaron necesidades. Dos veces Adela perdió la libreta. La primera vez la llevaba en el bolsillo, en un portadocumentos, cuando se la robaron en un colectivo en Morón. La tiraron en una farmacia que estaba de turno y tres meses después alguien llamó a la casa de la calle Roma donde vivía para avisarle que la habían encontrado. La segunda vez fue a fines de la década de los 90, cuando vivían ya en Mar del Plata. Una joven la encontró en una confitería y llamó a la madre de Adela para devolvérsela. Adela la llevaba encima como siempre y no se dio cuenta en qué momento la perdió.

“Juani” crió a sus hijos y a las hijas de Montoto y Raverta. Jorge Areta, el niño que tuvo con Joaquín, siempre la vio con esa libreta de poemas que luego mecanografió. No escuchó al entonces presidente Néstor Kirchner cuando leyó en público el poema “Quisiera que me recuerden” en el año 2005 y ni siquiera sabía de la compilación de poemas y biografías en la que había sido incluido.

Su mamá le regaló entonces la libreta manuscrita. Y él aceptó publicar los poemas completos. “Sé que no hay futuro sin memoria y sobre todo, sé que no hay futuro sin poesía”, escribió Jorge en el prólogo a la edición que contó con el auspicio de Presidencia de la Nación.

Ana

Escribo las últimas líneas de este libro cuando Ana Binstock, la hermana mayor de Miguel, la hija de Edgardo y Mónica,

el matrimonio que estuvo a cargo de la primera guardería en Siboney, me envía un e-mail.

Acaba de leer algo de lo que escribí y ahora ella necesita decir.

Es algo que me suele ocurrir. Al principio cuesta conversar, duele abrir la puerta para contar. Y de pronto es una necesidad, un impulso, una forma de reencuentro con la verdad, con los que ya no están.

Aunque Ana era más grande que Miguel, no recuerda. Apenas tiene imágenes sueltas en su cabeza. Y son tres.

“Al igual que el resto de los hijos, siempre esperé que mi mamá volviera por arte de magia. La misma magia que la había desaparecido. El día que pude conmigo misma poner en palabras que la buscaba en todos lados, fue cuando vi un documental que se llama *CheVoCachai*, un filme sobre hijos de desaparecidos de Argentina, Uruguay y Chile. En una de las escenas una chica chilena dice algo así como que cada vez que sube a un colectivo busca en las caras de las personas a su papá o cuando está sentada espera que subiera en la siguiente parada. Si no dijo esto, esto fue lo que sentí”.

Ana tenía una fantasía: “Me imaginaba que mi mamá estaba en un país lejano, que había perdido la memoria, que un día la iba a recuperar y me iba a venir a buscar. Si bien ya soy una mujer adulta, debo reconocer que daría hasta lo que no tengo para que se convirtiera en realidad. Supongo que uno siempre sigue esperando, incluso teniendo más que clara la realidad”, se sincera.

Con respecto a la guardería, solo son tres las imágenes sueltas en su cabeza. La primera es una tortuga gigante. Alguien más me habla de la tortuga, Nicolás Machi, el hijo de Nora Patrich que estuvo en la segunda guardería. Ir detrás de la tortuga fue una ardua tarea porque ambos niños la recuerdan gigante y, sin embargo, no hay tortugas gigantes en

Cuba, excepto una que vivió un tiempo en el Zoológico de La Habana. Era grande, dicen los dos que solo se cruzaron en la guardería un tiempo durante 1980, cuando la mamá de Ana y Miguel había desaparecido y Nora llegaba con sus hijos a Siboney junto a Hugo Fucek.

Sea como fuere la tortuga, lo que recuerda Ana es una fila larga de chicos de no más de cuatro años, como ella, o incluso más chiquitos. Uno detrás de otro caminaban para verla detrás de un cerco. Eso se acuerda. Nicolás en cambio recuerda que lo subían sobre el caparazón de la tortuga e insiste en que de tan alta que era sus piecitos quedaban colgando. Alguien me dice que la tortuga de la guardería que llevaron Saúl y algunos compañeros desde la playa era grande, no gigante, pero tenía algo así como 50 centímetros.

La segunda imagen de Ana es ella misma en un círculo infantil, a la hora de la siesta. Ana no quería descansar y una mujer que la cuidaba la retaba: “No me decía cosas muy contenedoras, palabras que una nena de casi cuatro años necesitaría”, escribe y agrega que se calmaba gracias a otra señorita que aparecía y le brindaba mimos y afecto.

La tercera escena en su cabeza es la que querría olvidar. La describe como quien cuenta un sueño, o una pesadilla. Ocurrió cuando su papá, Edgardo, volvió solo a la guardería y los sentó frente a él. Ana le había regalado un dibujo que “Edy” miró con los ojos llenos de lágrimas. Lo dice mejor de lo que yo puedo escribir: “Era un salón bastante grande (aunque quizás influye qué tan grande lo veía a esa edad), había un sillón de dos cuerpos en un costado del salón, de espaldas a un pasillo, a cada lado dos sillones individuales y una mesa ratona en el medio. Mi papá nos comunicaba por qué no volvía mamá. Después yo salía corriendo en dirección al pasillo para compartir con el resto de los nenes que mi mamá también estaba desaparecida”.

Y mientras ella corría, Edgardo se guardó el dibujo que tenía fecha del 11 de marzo de 1980, el día anterior a que se-cuestraran a la mamá de Anita.

Eva y Gaby

Eva y Gaby Rubio regresaron a la Argentina en 1981 junto con sus papás, “El Preso” y Marina. Antes pasaron incluso a ver a los dos hijos mayores de él por Brasil y entraron por las Cataratas, en Misiones, como si fueran turistas. Vivieron alternadamente en Córdoba y Buenos Aires. A Eva, sin embargo, le costó mucho adaptarse al país, a tener que mentir sobre el lugar donde habían estado, a las miradas de reproche de sus compañeros o los padres de sus compañeros en el colegio allá por la década de los 80. En 1996 se fue a Cuba, donde estudió y trabajó hasta el año 2003.

“Crecí en lugares donde no tenía cerca a nadie que hubiera vivido lo que yo viví, y siempre fui como la rara... Cuando yo hablaba de esto en la escuela, o con las amigas del barrio, yo era un bicho raro y mis padres eran vistos de mala manera. Y, claro, yo quería hablar de lo que había pasado, pero fueron años de bastante mediocridad y sobre todo de hacer como si nada hubiera ocurrido, por lo menos donde yo vivía”, recuerda Eva y agrega: “Cuba me salvó dos veces, porque nuevamente fui allí tratando de encontrarme a mí misma y de hallar un lugar donde yo no me sintiera un marciano. Y así fue”.

En la actualidad todos viven en Granada, España.

FINAL Hoy

Gustavo Sabino

Gustavo Sabino se desempeña como Director de Relaciones Internacionales del Senado de la Nación, aunque incluso trabajó con su padre en la gomería familiar en la avenida Juan B. Justo. Fernando Vaca Narvaja se convirtió a fines de 2012 en el primer integrante de la conducción de Montoneros en tener un cargo público al convertirse en Ministro de Obras Públicas de la provincia de Río Negro, luego de estar a cargo de la gestión de la firma estatal Tren Patagónico. Al asumir, juró “por Dios, la Patria, Perón, Evita y los que ya no están, Néstor y el Gringo (se refería al gobernador Carlos Soria asesinado por su esposa el año anterior) y por los 30 000 desaparecidos, especialmente mi padre”.

Fernanda

Fernanda Raverta volvió de luna de miel a “la Isla del Triángulito”, como la llamaba Adela Segarra, a quien considera su mamá aunque también, por supuesto, no deja de llamar mamá a “La Flaca Inés”. Es licenciada en Servicio Social y fue

fundadora de la agrupación Hijos en Mar del Plata adonde se sumó al Movimiento Evita, agrupación en la que milita Segarra y también Cecilia Calcagno, otra mamá que dejó a sus hijas en la guardería.

Como muchos jóvenes, Raverta es militante de La Cám-pora y actualmente es diputada de la provincia de Buenos Aires. Para ejercer su cargo se mudó a La Plata con su marido y sus dos hijas a quienes no deja excepto por un día. Un patrón de comportamiento que tiene la mayoría de quienes pasaron por la guardería. Preside la Comisión de Derechos Humanos y lanzó un programa al que llamó “Yo mamá” que apunta a asistir a embarazadas y madres jóvenes.

En su escritorio tiene una foto en blanco y negro donde se la ve parada junto a su mamá María Inés Raverta en la oficina de la Comandancia en Cuba.

Un día Hugo Fucek fue a una muestra de arte de Nora Patrich y le escribió una nota en el libro de visitas. Se reencontraron y Nora le cont que había hallado entre las cosas que guarda la carta en la que María Inés Raverta (quien era su responsable directa) le pedía que si un día no estaba les contara a sus hijas, Fernanda y Ana, las razones por las que ella partía y su elección política. Hugo le dijo a Nora que podía hablar con las jóvenes. Desde Canadá, donde entonces vivía, Nora prefirió mandarles una fotocopia para no arriesgar el original. “Deciles que las quiero, explicales”, pedía por escrito “La Flaca” Inés.

Adela Segarra

Adela Segarra es diputada nacional y preside la Comisión de Juicio Político. Aún llora cuando recuerda los años en Cuba y cuenta que nunca volvió a la isla. Recién ahora, confiesa, empieza a tener fuerzas para intentar hacerlo.

Pancho y Cristina

Cristina Pfluger al regresar al país se reintegró a trabajar en el Servicio Social del Hospital Posadas. Hoy trabaja en el Sitio de Memoria “El Chalet” como integrante de la Comisión de Derechos Humanos por la Memoria, la Verdad y la Justicia del Hospital Posadas. Con Pancho tienen tres hijos y tres nietas; continúan “abrazando la misma militancia política” (así lo explica) y juntos asisten a los Juicios de Lesa Humanidad que se siguen desarrollando. Con frecuencia se ven o se escriben con los ya jóvenes adultos, exniños de la Guardería.

Edgardo Binstock

Edgardo Binstock nunca dejó la militancia. A su regreso a la Argentina, con el retorno de la democracia, se reinsertó en el peronismo de Morón, provincia de Buenos Aires. Luego de la etapa menemista en la década de los 90 (a la que se opuso), y tras la caída y el fracaso de la Alianza; acompañó desde el principio a Néstor Kirchner y luego a Cristina Kirchner. Explica que está convencido de que el kirchnerismo expresa “lo mejor del movimiento nacional y popular” y que para muchos de su generación esta etapa política representa “una segunda oportunidad para construir, ahora en democracia, una patria más justa”. Milita en el Movimiento Evita “porque allí se expresan y defienden los intereses de los más humildes y desprotegidos”. Fue secretario de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires en el período 2005 - 2007 y subsecretario de Atención a las Adicciones de la misma provincia entre los años 2009 y 2010.

Hugo Fucek

Hugo Fucek es abogado y trabaja en fábricas recuperadas. Está en contacto con muchos de quienes participaron de la guardería cubana, chicos y grandes. Su ropa, la que usaba cuando se disfrazaba de la “Tía Porota”, aún está guardada en un baúl de Bella Vista, el baúl cargado con los recuerdos que Nora Patrich llevó durante sus años en el exterior y que atesora en la casa que comparte con su pareja, el historiador Roberto Baschetti.

Nora Patrich

Nora Patrich crió a sus hijos en Canadá. Guardó por años la ropa de la “Tía Porota” y conserva un álbum lleno de fotos. Las muestra y admite que no debió salir de Cuba con tantas fotos de la guardería. Fue un riesgo. Aún recuerda el sabor de los caramelos picantes que pedía que le llevaran desde México a la isla.

En la Plaza Colón, el jardín de la Casa Rosada, se inauguró un monumento a las víctimas del bombardeo en Plaza de Mayo en 1955. Nora creó la escultura “Del cielo los vieron llegar”.

Jesús Cruz

Jesús Cruz está retirado aunque es hiperactivo. Recibe en La Habana a cada chico de la guardería que lo visita. Quiere erigir un monumento a Evita en el Parque 26 de Julio, frente a la Curia, en diagonal a la escuela a la que asistía Marito Firmenich, con la vista al Sur. Le gustaría –dice y trabaja para ello– fortalecer los lazos políticos entre la juventud

argentina y la cubana y fomentar la relación entre Argentina y la isla. En noviembre de 2012 organizó en un teatro en La Habana la proyección de *Néstor Kirchner, la película*. Asistieron 1400 personas a esa función.

Saúl Novoa

Saúl Novoa ya no tiene el pelo oscuro, lo tiene todo blanco. Al preguntarle por la guardería su cara se ilumina: “Vida, gaucha, me has traído vida”. Habla de cada niño como si fuera su hijo. En mi visita a Cuba me lleva al departamento donde vivían sus papás en La Habaja Vieja y me presenta al carnicero que aún vive en el último piso y que les conseguía carne para Ana y Fernanda Raverta. Él las llevaba allí de visita algunos fines de semana y sus papás las cuidaban como si fueran sus nietas. “Filma, gaucha, filma”, me pide y mientras enfoco agrega: “A ver si las niñas recuerdan”.

Roberto Perdía y Amorcito Perdía

Roberto Perdía estuvo preso por la Contraofensiva. Fue liberado y escribió un libro que acaba de reeditar. Es abogado laboralista. Junto a su mujer, Amor, pasan muchos días junto a su hija Amorcito, que es profesora de historia y madre de dos niños. Fue la primera en hablarme de la guardería.

Mario Firmenich y Mario Javier Firmenich

Mario Eduardo Firmenich vive en Barcelona con su mujer que cada tanto visita a sus hijos en Argentina. Después de

María Inés y Mario, tuvieron dos hijos más. Él ejerce como profesor de Ciencias Económicas. Políticamente, por ahora, no puede regresar a la Argentina, aunque nada se lo impide legalmente. Muchos de los que lo conocieron quieren que regrese al país. Sí acompañó a su hijo Mario, en Córdoba, cuando se casó con Berta, una joven catalana. La ceremonia religiosa tuvo lugar en la capilla del hogar del Padre Luchesse en Villa Allende.

A Mario Javier, en ese momento, le faltaban tres materias para recibirse de licenciado en Ciencias Económicas, por lo que dejó a su mujer y sus hijos en el hogar, viviendo como vivió él, y se fue a rendir los exámenes a Barcelona. En el hogar Berta, de noche, leía cuentos a todos los niños.

Cuando Mario volvió pensó en comprar una casa ahí mismo, en Villa Allende. Optaron finalmente por una casa en Salsipuedes y Mario ayudó a formar La Cámpora cordobesa.

Chachi y Rosana

En 1983 ante la inminente vuelta de la democracia también los dirigentes de las Ligas Agrarias planificaron su regreso al país. Los abuelos maternos de Chachi (Omar) y Rosana viajaron a Brasil a buscarlos, los llevaron con ellos al norte de Santa Fe y los cuidaron. Carlos y Cecilia, en cambio, se quedaron en Misiones porque no estaban dadas las condiciones para su vuelta al norte santafesino. Allí fueron detenidos en septiembre de ese año. Cecilia estuvo en la Guardia de Infantería hasta una semana antes de parir a Juan Augusto, que nacería el 20 de febrero de 1984. Entonces ella quedó bajo arresto domiciliario mientras que su marido fue liberado en julio de 1984.

Carlos Cremona fue elegido delegado de las Ligas Agrarias de la colonia de Villa Adela. Los delegados zonales lo

eligieron para integrar una comisión central con mandato de las bases para estar en contacto con otras provincias y funcionarios. Esa comisión lo designó extensionista y asumió la función de visitar a los campesinos de las distintas colonias. En la actualidad trabaja en la Subsecretaría de Agricultura Familiar de la Nación en Santa Fe. Es referente de los departamentos General Obligado, Vera y 9 de Julio. Su función es colaborar con el delegado provincial, trabajando con los equipos de terreno de esos departamentos.

Cecilia fue militante de base de las ligas de la colonia Villa Ocampo, uno de cuyos objetivos es discutir sobre los costos de producción de las cosechas y “un precio justo a demandar a los gobiernos”, reclamos para los que realizaban grandes movilizaciones. En la actualidad participa en el foro de agricultura familiar, espacio desde el que “las organizaciones del sector articulan, debaten, proponen y reclaman políticas de desarrollo para las familias rurales”, explica.

Chachi vive en Catamarca, es papá de un niño y le gusta escalar montañas y cerros. Rosana vive en Villa Ocampo, provincia de Santa Fe y es madre de un varón; está muy unida con su hermano menor, Juan. Chachi y Rosana estudiaron en las escuelas EFA, las Escuelas de la Familia Agrícola, aunque ninguno de los dos se dedica al campo. Juan escribe poesías, algunas de ellas sobre desaparecidos.

A la hora de la siesta de aquel domingo del año 2012 en que conocí a la familia Cremona, Rosana me llevó a caminar por el cañaveral y me enseñó a chupar el azúcar de las cañas. Después nos sentamos debajo de un parral. Hacía tanto calor que las dos nos descalzamos y subimos los pies a un banquito. Entonces Rosana me miró y me pidió: “Contame todo lo que mi papá y mi mamá te contaron sobre la guardería”.

EPÍLOGO

La casa del flamboyán (2012-2013)

Camino hasta la máquina expendedora de gaseosas y coloco un billete de cinco pesos en la ranura. Se lo traga y a cambio me da nada. Estoy a punto de embarcar y tengo sed. Hace tres horas salí de casa dejando a mis niñas atrás. Lloraban y sus abuelos, mis papás, estaban con ellas. En el trayecto entre Caballito y Ezeiza pensé que así también otras madres dejaron a sus hijos aunque ellas lo hicieron poniendo en riesgo su vida. Lo mismo los papás. ¿Serían sus razones más importantes que las mías? ¿Será lo mío importante? ¿Lo serían las razones que ellas tenían? ¿Era posible lo que ellas querían? Sabían que podían morir, no lo deseaban, pero era la realidad.

Sentada con mi mochila, mientras espero el llamado para mi vuelo, veo a mis hijas paradas en la escalera de casa y después bajando tras de mí. Porque cada vez que escribo sobre niños ellas están ahí y hacen que me pregunte por qué y cómo otros padres y otros hijos vivieron y sobrevivieron o no pudieron hacerlo. *De vuelta a casa. Historias de hijos y nietos restituidos* fue mi libro desde aquel día en que regresé a la mía después de una entrevista en Abuelas de Plaza de Mayo, una tarde calurosa de diciembre del año 2006. Entonces las mellizas tenían solo once meses y todavía tomaban la teta. Me pregunté ese día cómo una mujer se quedaba con el hijo

de otra y cómo esos niños continuaban su vida. Ahora mis hijas ya saben leer y escribir y tienen la edad de los mayorcitos de la guardería. La noche anterior a mi partida lloraron las dos. Caterina lloró con lágrimas largas que de pronto se secó para sonreír. Maia me miraba seria. A punto de partir y cuando estaban por quebrarse, las dos me abrazaron fuerte. Cati me miró fijo a los ojos y me dijo: “Mami, espero que encuentres en Cuba lo que vas a buscar”. Maia dijo algo parecido y agregó que seguramente allá haría calor y yo podría tomar sol. Sentí culpa y con mi culpa y las ganas de encontrar las historias que iba a buscar subí al taxi y las vi caminar por la vereda. Arrancó el chofer y ellas empezaron a correr. Siempre que alguien se va de viaje hacen lo mismo. Corren y saludan las dos hasta que pierden el auto de vista.

Me voy a Cuba la tarde del lunes 27 de agosto del año 2012. Es un viaje que postergué y postergué. Sin embargo, por más estrujado que tenga el corazón, siento mientras parto que debo y necesito ir. Desde el Aeropuerto Internacional escribo un mensaje de texto a María de las Victorias Ruiz Dameri, porque fue por ella y para contar su historia en mi libro anterior que supe que hubo una guardería en La Habana. “Voy a buscarte –escribo–, y voy a traerte de vuelta”. “Gracias”, responde, seguramente con los ojos mojados, allí donde esté.

Y entonces, me voy. Subo al avión, saluda el comandante, despega. Me voy a buscar esa casa que Miguel Binstock me dijo que no buscara porque no eran paredes la guardería. Ni ventanas. Ni hamacas. Ni cuartos gigantes para muchos chicos.

El vuelo de Taca con destino a Lima embarca a las 17:15 y despega casi dos horas después. Tres veces comeré en este viaje con escala en Perú y también en El Salvador. Cena argentina, desayuno peruano y de almuerzo sándwich de “poio” o de chorizo.

La escala limeña es la más extensa, toda una noche de

ocho largas horas intentado dormir recostada en tres asientos, sobre mi lado derecho y con las piernas dobladas en posición fetal. Me despierto y paseo y pruebo el pisco gratis que ofrecen en el *free shop*. No me conecto a Internet. Prefiero no gastar y ya creo que es hora de estar con todos los sentidos en cada lugar y empezar a alejarme del mundo virtual. Dudo, lo admito. Pero decido que estoy en viaje y no estoy ni allá, ni más allá, estoy acá, justo en el medio, entre Argentina y Cuba.

En el aeropuerto de Lima apoyo mi cabeza sobre la mochila color bordó y tapo mis ojos con la manga de mi buzo para poder dormir. Los ruidos van y vienen, las voces también. En algún momento incluso sueño y dormito con el temor de confundir la hora local con la de mi país. Así que duermo poco y antes de que llamen para embarcar ya voy y vengo de nuevo de acá para allá hasta que me siento frente a la puerta de embarque para partir a San Salvador donde haré una nueva escala.

En San Salvador un cura argentino se sienta a mi lado y me dice que me vio en el aeropuerto anterior. Está volando a misionar en Cuba porque desde el viaje del papa Juan Pablo II todo es algo más sencillo para la Iglesia Católica. Estará un mes más que yo y de regreso tendrá un vuelo directo desde La Habana a Buenos Aires. Me da envidia. Perdón debería pedir por esa sensación. Me habla con una Biblia en la mano y yo no quiero hablar. Me pide que le cuide su bolso porque le sangra la nariz. Pucha digo, no puedo ni salir a caminar. Finalmente él vuelve por su bolso mientras llaman para el embarque, muestro mi pasaporte, mi pasaje y mi visa. Y subo al avión para las últimas tres horas de vuelo.

Después de volver a comer, de pronto miro hacia abajo y veo el mar, el Caribe, el agua donde pescó su tiburón aquel viejo de *El viejo y el mar*, uno de los libros más lindos que leí en mi vida y uno de los primeros que leí. Veo abajo que

el mar cambia de color, y bordea la isla, esa isla, la isla del Che. Enseguida aparece la selva y lo imagino luchando. Me pregunto si yo hubiera nacido veinte años antes de lo que nací, qué hubiera hecho. No puedo responder porque uno lo ve desde la realidad actual y no lo haría o desde el romanticismo de la idealización del Che y entonces puede creer que sí pero no es lo mismo imaginar que poner el cuerpo y llevar un arma en la mano.

El avión comienza a descender. Tal vez sea la ansiedad que siento o que pienso en cada uno de los que vinieron a la guardería treinta y tres años atrás o tal vez sea simplemente el vuelo, lo cierto es que me siento descompuesta, a punto de vomitar. Recuerdo a cada niño sin mamá o sin papá e incluso a los que no los perdieron pero que algo perdieron también en el camino. Y no puedo evitar sentir ganas de llorar.

De pronto recuerdo lo que me dijo Cecilia Cremona sobre el sofocón que sintió al descender del avión para dejar a sus hijos en la guardería. Lo mismo siento yo cuando bajo a la pista y necesito, urgente, ir al baño.

Aunque a mí no me esperan de Tropas Especiales hago los trámites de migraciones sin problemas. Una joven mujer negra me mira y sin sonreír me dice: “Bienvenida”. Abre la puerta y sigo de largo. Del otro lado paso mi mochila por los rayos X y otra mujer vestida de blanco y color caqui me escanea a mí. Sonríe. Camino cuatro metros y ahí me piden otra vez mis papeles. “¿Viene a estudiar?”, me preguntan con amabilidad y recuerdo que en unos días comienza el ciclo lectivo en la isla.

Levanto la vista y un amigo de un amigo está allá, esperándome. A cambio solo tengo que pagarle la gasolina. Nos saludamos con un apretón de manos. Me pregunta, como ya preguntó vía e-mail, si deseo ir en su carro porque, explica, no se ofende si cambio de opinión. Su auto es viejo y chiquito,

apenas entramos los dos y en el asiento trasero mi valija. Le digo que no. Prefiero la calidez del amigo de mi amigo a la comodidad de un desconocido. Eso digo. Y es cierto.

Como él, cada cubano con quien esté en los nueve días siguientes me mostrará la solidaridad típica de la isla. Se toman su tiempo para hablar y escuchar, para compartir. No hay redes sociales, pocos llevan celular, no encuentro en qué gastar en la isla que sigue intentando escapar al sistema capitalista. Alfredo me hace un tour en el camino hacia Miramar, donde pararé, me lleva a una “cadeca” para que cambie euros por CUC y pesos cubanos, me regala dos botellas de agua mineral y me deja en donde he rentado una habitación, una casa donde me harán sentir como si fuera hija y no extraña.

Después de ducharme (lo haré tres veces cada uno de los días posteriores), llamo a Jesús Cruz, aquel cubano del Departamento América que media hora después de cortar la comunicación conmigo ya está de visita. Lo mismo ocurrirá al día siguiente con Saúl Novoa quien, solícito, no se despegará de mi lado y será también mi guía como lo era de los montoneros cuando estaba en Tropas Especiales.

Cruz llega con una hoja en la que tipeó un listado de lugares para ver. Escuelas, parques, hospitales, círculos infantiles, la “Embajadita”, la Comandancia en calle Primera, los lugares de recreación y las dos casas donde funcionó la guardería. Con ese papel como guía hacia todos esos lugares vamos la primera mañana de mi estadía. Suele hacer eso con los niños que lo buscan de la guardería.

El trato con Jesús es también que lo ayude con la gasolina. Es cara en Cuba y yo pago en CUC que al cambio equivale casi al valor del dólar para los argentinos. Todo el día estamos arriba de su Lada blanco y cuando ya pasó mucho rato de la hora de almorzar me pongo ansiosa. Hemos visto la casa de la calle 14 donde funcionó la segunda guardería

pero no hemos ido aún a Siboney, donde fue sacada la foto más conocida de la guardería, de aquella primera con los primeros chicos, aquella donde la mamá de Miguel, Mónica, se sacó la última foto con los dedos en V.

Recuerdo que muchos chicos que vivieron ahí intentaron volver pero nunca encontraron la casa porque está en un área de difícil acceso, rodeada de estrictas medidas de seguridad porque por ahí cerca vive Fidel Castro.

Miguel sí me mostró una foto y cuando por fin Jesús encamina el auto hacia Siboney, toma un camino, da la vuelta y la vemos. Está ahí, en la esquina, igualita a la foto de Miguel. Entonces Saúl dice que no es la casa y Jesús dice que sí. Estacionamos, bajamos del auto, damos vueltas, miramos, ellos señalan posibles reformas. Saco la fotocopia de la foto y volvemos a mirar. Los niños tapan el frente en la imagen pero por lo poco que se ve, no se parecen. Lo que sí es seguro es que se trata de la casa donde se fotografió Miguel aunque él me dijo que la guardería era mucho más que una casa. Entonces golpeamos la puerta y nos abre una empleada que llama al dueño. El señor que allí vive aparece en bata y nos invita a pasar. Jesús y Saúl vuelven a discutir. Uno dice que la tela metálica que cubre las ventanas es la que puso Fernando Vaca Narvaja cuando volvió de México, para que no entraran bichos y picaran a los chicos. El otro dice que el patio no se parece al patio donde él hizo poner arena para que los niños jugaran. Y el hombre, que nos invita a sentar y nos convida café, dice que esa casa no puede ser y nos cuenta una larga historia de cómo y cuándo fue a vivir ahí, en la época en que era piloto de Fidel. Quiero creer que se equivoca y miro cada recoveco y repregunto intentando saber si esa casa es o no es.

Cuando nos vamos Saúl y Jesús siguen la discusión y recorreremos toda el área buscando la casa. De pronto el auto se

para y deja de andar. Jesús busca ayuda y Saúl y yo caminamos muertos de calor, no nos resignamos a no buscar. Pensamos que nos habíamos quedado sin combustible y le compramos a unos campesinos, el auto arranca y apenas entramos en Miramar, se vuelve a parar. Por varios días nos quedaremos sin el carro hasta que se pueda arreglar, por lo tanto mientras Jesús se ocupa de eso y otras cosas, yo me dedico a conocer a otra gente que estuvo en contacto con los niños de la guardería, a recorrer algunos lugares a pie, a ir a la playa donde se perdió el hijo de Jesús y juntar caracoles y guardar arena en botellas de agua mineral. Son souvenirs para llevar a Buenos Aires para gente que añora el tacto de esa arena.

Me cuentan muchas cosas, encuentro gente que recuerda con cariño a niños y grandes. Saco fotos. Filmó. Y de noche, cada noche, hago un *backup* de todo en la computadora y mientras tanto leo y pienso y pienso que tal vez me vaya sin encontrar la casa y siento que necesito verla. Entonces pienso en lo que me dijo Miguel, que la guardería no fue una casa sino el lugar donde él estuvo por última vez con su familia. Y pienso en los papás que pasaron días ahí, en los niños que jugaban en el patio a la guerra. Y pienso que mientras ellos jugaban, los padres volvían a la Argentina a intentar acciones armadas contra la dictadura y que muchos fueron secuestrados o cayeron en enfrentamientos.

Recuerdo cada entrevista y vuelvo a pensar en lo que dijo Miguel, y aun así, no me resigno a no verla.

Trato de reflexionar allá sobre qué significó la guardería. Para algunos fue tener familia y hermanos, para otros fue un shock emocional, pasar de vivir clandestinos, de no ir a la escuela, de estar escondidos, a vivir una vida colectiva. Para algunos fue vivir con la verdad, sentir coherencia entre el discurso de los padres y el de la sociedad cubana. Para otros fue vivir como entre algodones hasta tener que oír la peor verdad

que un niño puede escuchar que es enterarse de la muerte de su mamá, de su papá o de ambos al mismo tiempo. Para otros no fue la guardería sino Cuba en sí misma la salvación, aunque a la mayoría luego le haya costado vivir otra vez en un sistema capitalista en la Argentina, país adonde volvieron después de 1982 porque la mayoría de los padres no se resignaban a no volver. Para eso luchaban, les decían, para volver y para tener un país mejor. De hecho, de aquellos niños no son pocos los que vuelven una y otra vez a Cuba o que incluso han estudiado en la isla, donde además buscan aquellos afectos que tuvieron.

La mayoría de las personas a las que he entrevistado guardan un buen recuerdo, quizás por eso algunos hayan querido preservar la guardería hasta convertirla casi en un secreto. Para otros, de las personas con las que hablé debo decir que son los menos, allí estaban algunos “demonios” a los que responsabilizan, no directamente pero sí de alguna manera, por las decisiones que implicaron los riesgos que corrieron sus papás.

Algunas cuestiones serán más tarea de la psicología que de esta periodista. Sobre todo cómo cada cual procesó su historia, si perdonaron a sus padres, si consideran que algo había que perdonar, si los entendieron, si creen en sus mismas ideas y las continúan, si necesitan hablar de lo que les pasó o si prefieren, en cambio, preservarlo sólo para sí mismos.

Políticamente, debo también decir que encontré a muchos de los que estuvieron en la guardería, defendiendo las convicciones ideológicas de sus padres. Incluso hay quienes, entre aquellos niños y aquellos adultos, consideran que durante años tuvieron que “resistir” y “esperar” y que en la actualidad, desde la llegada del matrimonio de Néstor y Cristina Kirchner al poder, algunas cosas de las que entonces buscaban, son posibles. Quienes así piensan y se enrolan en distintas vertientes políticas ligadas al kirchnerismo (Frente para la Victoria, Movimiento Evita, Nuevo Encuentro, La Cámpora, por ejemplo)

aseguran que la Contraofensiva no fracasó sino que fue una manera de sembrar y así me lo han dicho.

Otros, debo decirlo, confrontan profundamente con este Gobierno y no encuentran en los Kirchner continuidad con las ideas setentistas.

Me preguntaron muchos por qué quería escribir este libro. Casi siempre fue la primera pregunta que mis entrevistados me hicieron a mí. A veces no supe qué responder. Lo cierto es que la historia me buscó y también varios de sus protagonistas.

Como con *De vuelta a casa*, creo que ni ellos ni nosotros, los que no estuvimos allí, podemos ser sujetos ajenos a episodios que tienen que ver con la historia trágica argentina y que los y nos atraviesa también. Quizá mi aporte diferente sea la manera de contar y es que nuevamente me cuesta pensar la historia fríamente, sin preguntarme cómo sus protagonistas, madres, padres, hijos, hermanos, hicieron lo que hicieron y cómo lo vivieron. Creo, definitivamente, que ningún proceso político puede pensarse ni remotamente sin buscar el punto inicial en el ser humano que cada uno es y de donde parte a hacer lo que fuere.

Es por eso que no puedo escindir en mí a la madre de la periodista, ni en ellos a los padres de los militantes que fueron, cualquiera haya sido su grado o su participación en este caso en la guardería y en la Contraofensiva montonera.

Y quizás, en un gesto mesiánico que no me ennoblece, me haya movido también la necesidad de ayudar a sanar alguna herida de esas que me mostraron aún abiertas.

De chica rezaba para que aparecieran con vida todos los desaparecidos, entre ellos mi tío Beto y mi primo Hugo, así repetía cada noche antes de dormir, acostada en mi cama pintada de verde.

Dejé de rezar a los doce años después de la guerra de Malvinas. Entonces, cuando llegó el gobierno democrático, pensé que si no aparecían mi tío y mi primo sería porque mi fe no era del tamaño de un grano de mostaza y de alguna manera asumí

que algo de responsabilidad tenía esa niña de solo doce años.

Tal vez por eso escribí *De vuelta a casa*, para que aparezca algún niño desaparecido y salvarme a mí de mí misma.

Tal vez por eso fui al Pozo de Bánfield con Carlos D'Elía Casco y miré las paredes de las celdas buscando una señal de cuando su mamá estuvo allí secuestrada y detenida antes de parirlo en esa maternidad clandestina.

Tal vez por eso mismo fui a Cuba.

Tal vez por eso cuando en el octavo día aún no había encontrado la primera guardería sentía una enorme frustración. Insistí ante Jesús y Saúl y volvimos los tres a Siboney con los datos que nos dio un doctor.

Hicimos el mismo recorrido que el primer día. Y cuando tomamos la calle 222 y doblamos en la Avenida Novena exactamente en el sentido inverso que la vez anterior, la casa quedó sobre mi derecha y a través de una reja en medio de un paredón azul la vi. Y grité al verla: “¡Son los ladrillos rojos de la foto!”. Saqué la foto y le mostré a Saúl. Jesús detuvo el vehículo y pidió permiso para ingresar. La respuesta fue que no se podía, aunque al contar la historia nos dieron permiso. Entonces nos fotografiamos en el frente de ladrillos rojos, en el camino en U, y entramos en la casa. La cocina está igual y el piso de granito es el mismo que trapeaba Mónica, la mamá de Miguel y Ana, la mujer de Edgardo Binstock. Todo lo demás fue cambiado para que funcione la empresa que allí está en la actualidad. El patio trasero incluso no existe. Pero sigue allí verde y perenne y con flores rojas el mismo flamboyán en el patio lateral, donde estaba el arenero y jugaban los niños.

Juro que no quería irme de la casa aunque no fuera el espacio físico lo que hace a esta historia, como me dijo Miguel.

Además no lo podía creer. La casa del flamboyán queda exactamente enfrente de la entrada lateral de la primera casa que vimos, la del piloto de Fidel Castro. Lo que nos la ocultó

fue el tremendo tapial. ¿O sería como me dijo Miguel, la ceguera de la negación, el miedo de ver?

Cuando por fin nos fuimos con Jesús y Saúl supe que estaba lista para volver. Y entonces al día siguiente tomé mi vuelo de Taca con una escala en Perú aún más larga que la anterior. Desde el aeropuerto de La Habana volví a escribirle a María de las Victorias. Quería traerla de vuelta a casa sin que nadie la secuestrara en la frontera. En el mismo momento en que embarqué comenzó a llover torrencialmente como hacía mucho no llovía. Cuando descendí en Buenos Aires, también.

Ocupada en mis trámites de migraciones olvidé aferrar fuerte e imaginariamente a María de las Victorias y a Marcelo.

Lo advertí al subir al remís y sentí lo mismo que cuando a los doce años dejaba de rezar por mi tío y mi primo. Entonces me di cuenta de que nada tenía que ver con el tamaño de mi fe. Y me sentí horrible por atreverme siquiera a pensar que podía traer algo para los niños de la guardería.

Y no. Es así. Sólo les traje un puñado de fotos, el recuerdo del piso que pisé en la casa de Siboney y dos botellas de arena de la playa de Santa María, además de algunos caracoles que junté.

Entonces otra vez Miguel Binstock, sin saberlo, viene en mi auxilio. Me envía por e-mail el discurso que leyeron con su hermana Ana el sábado 9 de agosto de 2008 cuando colocaron una baldosa para “marcar los pasos” de su mamá, Mónica, frente a la casa donde vivió de adolescente, en Córdoba al 3386. Le hablaban los dos a ella y entre otras cosas muy fuertes, decían que “en esta mezcla de retazos que fuimos acumulando, nos fuimos acercando a vos, y reconstruyéndonos”.

Quizá sean los retazos de treinta, cuarenta o cincuenta niños y sus papás lo que intenté unir en este libro.

Quise contar y reencontrar la historia de la guardería de los hijos de los montoneros en Cuba. Sin juzgar. No es mi rol ni pretendo hacerlo.



La casa donde funcionó la guardería en 1979 y principios de 1980, treinta y tres años después. La fachada no ha cambiado: los mismos ladrillos rojos, la misma entrada en U por donde subían los autos y la “guagua”.



Junto a Jesús Cruz (izq.) y Saúl Novoa (der.), del Departamento América y Tropas Especiales respectivamente. Eran los cubanos que asistían logística y políticamente a la guardería y a Montoneros.

AGRADECIMIENTOS

A los que confiaron en mí y me contaron su historia. Sé que no fue fácil para ninguno de ellos.

A Amor Perdía y su familia, porque abrieron la primera puerta. Y a la niña que fue por ser tapa de este libro.

A María de las Victorias Ruiz Dameri, que siempre sigue luchando para ser feliz.

A Constanza Brunet por el respaldo, por la sintonía, por ser siempre mucho más que mi editora. A Virginia Ruano y a todos los que son parte de Marea y por cuyas manos pasó este libro.

Una vez más a Roberto Baschetti.

En Cuba gracias infinitas a Jesús Cruz, Saúl Novoa, Omar Morales, María Elena Duarte, Astrea Damiani y a su hija. También a los vecinos, conocidos, médicos, y demás cubanos que estuvieron en contacto con los chicos de la guardería y que con una enorme calidez hablaron conmigo. A la embajadora Juliana Marino y a la gente de la librería de la Casa del Alba, a Alfredo, a Mariela y a Leysy y Manolo. A Francisco Muchuli y a los suyos.

A Fernando Gonzalez por la confianza, a Hernán de Goñi por el aliento, a Walter Brown por todo lo que enseña a diario. Y a todo el equipo de la sección política del diario *El Cronista Comercial* por el día a día.

A mis amigos por estar ahí cuando termino este libro porque en el mientras tanto seguramente les he faltado muchas veces.

A Andrés Klipphan y por supuesto a Larisa Serrano.

A Silvio Rodríguez y Vicente Feliú porque conocerlos fue increíble. A Victoria Enquin porque se lo debo.

A la comunidad del jardín “La Torre de Cubos” y de la Escuela San Juan, especialmente a las mamás y los papás que muchas veces jugaron con mis niñas para que yo pudiera avanzar sintiéndonos contenidas las tres.

A la abuela de mis hijas, Clara.

Y a mi primo Franco Ferreyra.

Esta vez a mis primos Vesco que son, además, algo así como mis guardianes: Ramiro, Ruben y Enzo.

Por sobre todas las personas que tanto me han ayudado en la vida, a mis papás, Marta Comment y Santiago Argento porque sin ellos respaldándome no podría haber ido a Cuba ni haría tanto de lo que hago ni podría lo que puedo. Por lo mismo a mi hermano Adrián Argento, que es, además de todo lo que es, un gran escritor. A Ana Argento, mi hermana, por su amor y por marcarme el camino con su ejemplo. A mis cuñados Susana y Marcelo y a mis sobrinos Juan Pablo, Melina, Tomás, Matías y Esteban.

A mis hijas por esperarme para jugar, por ser mis más fieles y divertidas compañeras, por creer conmigo que es posible volar.

Y en el impulso final, gracias a Armando Peláez Capó. También es para ti. Por enseñarme que en Cuba no hay tortugas gigantes pero sí hombres buenos.

BIBLIOGRAFÍA

- ARETA, Joaquín: *Siempre tu palabra cerca*, City Bell, Libros de la Talita Dorada, 2010.
- ARETA, Joaquín: *Siempre tu palabra cerca*, San Martín, Universidad Nacional General San Martín, 2011.
- ARGENTO, Analía: *De vuelta a Casa. Historias de hijos y nietos restituidos*, Buenos Aires, Marea, 2008.
- ASTIZ MONES RUIZ, Eduardo: *Lo que mata de las balas es la velocidad*, La Plata, De la Campana, 2005.
- BASCETTI, Roberto: *La memoria de los de abajo. 1945-2007*, vol. 1 y 2, La Plata, De la Campana, 2007.
- CELESIA, Felipe y Pablo WAISBERG: *Firmenich. La historia jamás contada del jefe montonero*, Buenos Aires, Aguilar, 2010.
- COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS POR LA MEMORIA, LA VERDAD Y LA JUSTICIA DEL HOSPITAL POSADAS: *Semblanzas 1*, Morón, 2011.
- GASPARINI, Juan: *Montoneros. Final de cuentas* (ed. Ampliada), La Plata, De la Campana, 2005.
- LARRAQUY, Marcelo: *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*, Buenos Aires, Aguilar, 2006.
- MICELI, Jorge: *Monte Madre. Heroica historia de compromiso y dignidad*, Reconquista, Jorge Miceli, 2006.
- PERDÍA, Roberto Cirilo: *La otra historia (testimonio de un jefe montonero)*, Buenos Aires, Ágora, 1997.

- VACA NARVAJA, Gustavo y Fernando FRUGONI: *Fernando Vaca Narvaja, con igual ánimo. Pensamiento político y biografía autorizada*, Buenos Aires, Colihue, 2002.
- ZUKER, Cristina: *El tren de la victoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

FILMES DOCUMENTALES

- Infancia clandestina*, de Benjamín Ávila.
- Papá Iván*, de María Inés Roqué.

WEBS

- www.cubadebate.cu
- www.penultimosdias.com
- www.edificiodeloschilenos.blogspot.com.ar/
- www.pparg.org
- www.cedema.org

DIARIOS

- Clarín*
- La Nación*
- La Razón*
- Miradas al Sur*
- Página 12*

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Siboney (1979).....	9
Hijos de la Contraofensiva.....	12
Montoneros y Cuba (1976-1979).....	19
Los hermanos Ruiz Dameri.....	31
Novena y Doscientos veintidós.....	39
La guardería.....	50
¡Feliz cumpleaños!.....	58
Vía México.....	62
“Nosotros queremos vivir”.....	65
“Pioneros” y montoneros.....	68
Desaparecidos.....	74
Navidad de 1979 y final.....	78

SEGUNDA PARTE

Calle 14 (La Habana, 1980-1981).....	87
Los “caídos”.....	91
La guardería de 1980.....	95
Nora y la “Tía Porota”.....	98
Marielitos.....	106
La casa de Miramar.....	112
Aprender a callar.....	115

El Batallón 601	130
A ver el mar	135
Como una sola flor.....	142
Amigos.....	149
Peligro en las fronteras (junio de 1980).....	156
La libreta roja	158
Juegos	165

TERCERA PARTE

Regresos (de Cuba a la Argentina, 1980-1987)	173
“Pajarito”	173
Vicki.....	178
Marito.....	183
“El Bichi”	186
“La Pitoca”	202
Amorcito.....	204
Gustavito	205
“Mery”	207
“Juani”	216
Ana	217
Eva y Gaby.....	220

FINAL

Hoy.....	221
Gustavo Sabino	221
Fernanda	221
Adela Segarra.....	222
Pancho y Cristina	223
Edgardo Binstock.....	223
Hugo Fucek.....	224
Nora Patrich	224
Jesús Cruz	224
Saúl Novoa	225

Roberto Perdía y Amorcito Perdía.....	225
Mario Firmenich y Mario Javier Firmenich	225
Chachi y Rosana	226

EPÍLOGO

La casa del flamboyán (2012-2013)	229
---	-----

AGRADECIMIENTOS.....	243
-----------------------------	------------

BIBLIOGRAFÍA	245
---------------------------	------------

ÍNDICE.....	247
--------------------	------------

Esta edición de
La guardería montonera.
se terminó de imprimir en Nuevo Offset,
Viel 1444, Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2013